



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA

PSICOLOGÍA

**CREENCIAS SOBRE LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE
EN JÓVENES Y ADULTOS MAYORES
DE LA ZONA METROPOLITANA DEL VALLE DE MÉXICO**

**T E S I S
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A :
JUAN CARLOS TORRES MARTÍNEZ**

JURADO DE EXAMEN

DIRECTOR: DR. JOSÉ DE JESÚS SILVA BAUTISTA
COMITÉ: DR. RODOLFO HIPÓLITO CORONA MIRANDA
DR. JUAN CRISÓSTOMO MARTÍNEZ BERRIOZABAL
DR. FAUSTO TOMÁS PINELO ÁVILA
LIC. NALLELY VENAZIR HERRERA ESCOBAR

PAPIIT IN303316

CIUDAD DE MÉXICO

OCTUBRE, 2017





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

Abbá, mi Dios y amigo, ¿cómo podré pagarte todo el bien que me has hecho? A ti dedico todo cuanto soy y todo lo que tengo, has sido siempre para mí un rescate en tiempos de aflicción. Porque en ti me muevo, existo y soy. Hoy como el discípulo puedo decirte: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo.

A mis padres, los dos seres más maravillosos que tengo. Con ustedes he logrado uno de mis más grandes objetivos en la vida: vivir el amor incondicional. Gracias por tanto y perdón por tan poco.

A todos aquellos que tienen un significado importante para mí. Gracias por ayudarme a comprender la vida desde otra perspectiva y porque por ustedes he sabido que aún puede haber esperanza.

Y finalmente y en primer lugar, a mí mismo. Hoy quiero compartir este logro con ustedes. Gracias por ser parte de mí.

“En el ocaso de nuestra vida seremos juzgados en el amor (San Juan de la Cruz)”.

*“A Dios nadie lo ha visto jamás.
El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre,
es quien nos lo ha revelado (Jn. 1, 18)”.*

Investigación realizada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e
Innovación Tecnológica (PAPPIT) de la UNAM

<<IN 303316>>

<<Creencias acerca del origen de la vida y la vida después de la muerte en personas con
escolaridad básica y personas con grado académico de doctorado y su relación con la
edad>>

Agradezco a la DGAPA-UNAM la beca recibida

Contenido

RESUMEN.....	7
INTRODUCCIÓN	8

PARTE I. FUNDAMENTOS TEÓRICOS

1. Creencias	16
1.1 Definición.....	17
1.2 Formación.....	22
1.3 Función	24
1.3.1 Creencias y actitudes.....	28
1.4 Clasificación y tipos	30
1.5 Teorías psicológicas de la consistencia	35
1.5.1 Teoría del equilibrio.....	36
1.5.2 Teoría de la disonancia cognoscitiva	39
1.5.3 Teoría de atribución.....	41
1.5.4 Teoría de la comparación social.....	43
1.6 Teoría de la acción razonada.....	44
1.7 Teoría de la acción planeada	46
2. Vida despues de la Muerte.....	49
2.1 Aspectos históricos.....	51
2.2 Perspectivas sobre la muerte y la vida después de la muerte	54
2.2.1 Visión científica sobre la muerte	55
2.2.1.1 Perspectiva biologicista.....	57
2.2.1.2 Perspectiva materialista	61
2.2.2 Visión moral-religiosa sobre la vida después de la muerte	63

2.2.2.1 El cristianismo	64
2.2.2.1.1 El infierno	68
2.2.2.1.2 El purgatorio	69
2.2.2.1.3 El cielo.....	71
2.2.2.1.4 La resurrección	72
2.2.2.2 El hinduismo y el budismo	74
2.2.2.3 El judaísmo.....	75
2.2.2.4 El Islam	75
3. Estado del Arte.....	78

PARTE II. METODOLOGÍA

1. Planteamiento del Problema.....	90
2. Preguntas de investigación.....	92
3. Objetivos.....	92
4. Hipótesis.....	93
5. Variables de investigación	93
6. Diseño y tipo de Investigación	94
7. Población y muestra.....	94
8. Instrumento	95
9. Procedimiento.....	96

PARTE III. RESULTADOS

1. Estadístico de Fiabilidad: Alpha de Cronbach	98
2. Estadísticos Descriptivos.....	99
3. Análisis Factorial	104
4. Análisis Correlación de Pearson.....	108
5. Análisis <i>t</i> de Student.....	110
6. Análisis de Varianza (ANOVA).....	112

PARTE IV. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Discusión	122
Conclusiones	133
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	139
ANEXOS	155

Resumen

El estudio de las creencias ha sido uno de los marcos más utilizados en psicología social para explicar el comportamiento humano, dado que éstas constituyen un punto de referencia a partir del cual se pueden explicar e interpretar los fenómenos de la realidad. Las creencias constituyen el determinante inmediato de la actitud y son disposiciones a la acción, por lo que resulta necesario su estudio. A partir de esto, surgió la necesidad de estudiar las creencias sobre la vida después de la muerte como un marco de referencia que permite a las personas moverse en su mundo y satisfacer su necesidad de seguridad y conocimiento sobre el futuro. Se seleccionó una muestra constituida por 120 jóvenes y 120 adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México a quienes se les aplicó un cuestionario con tipo de respuesta Likert de cinco puntos. La investigación es descriptiva, de campo y transversal, con un diseño ex post facto, intragrupo y multivariado. Los resultados indican diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos de edad: los jóvenes presentan una tendencia a inclinarse por las creencias científicas, mientras que los adultos mayores hacia las creencias religiosas. Las creencias presentes en ambos grupos obedecen a contextos diferentes y determinan la interacción de las personas con su entorno y consigo mismos.

Palabras clave: creencia, vida después de la muerte, jóvenes, adultos mayores.

INTRODUCCIÓN

Las personas son lo que creen; se constituyen a partir de las interacciones y las prácticas sociales que establecen; sus procesos sociales se manifiestan en contextos culturales, históricos e institucionales; el conocimiento que adquieren se produce de una forma social y éste se asume como verdad absoluta la mayoría de las veces; lo mismo sucede con las prácticas sociales, las cuales vienen a ser principios dogmáticos que guían las conductas. Las personas obran a partir de sus creencias, razonamientos, valores, intuiciones y respuestas emocionales (Rodríguez, 2002). Todo se construye desde las creencias: lo que se hace o lo que se deja de hacer, las costumbres, tradiciones y ritos religiosos, las decisiones que se toman, incluso las grandes civilizaciones que han desaparecido y las que aún existen han llegado a prevalecer gracias a la compleja construcción de sistemas de creencias que dictan sus modos de vida y de cohesión social, así como sus particulares formas de pensamiento y de explicación sobre sí mismos, los otros, la naturaleza y el entorno.

Las creencias determinan la forma en cómo se asume la realidad a través de la generación de explicaciones las cuales se traducen en el individuo como una disposición a actuar con base en los razonamientos que se ha formado. La cosmovisión que se tiene del mundo y que caracteriza a las personas y a los grupos humanos surge del sistema de creencias que se tiene y que es propio de una época o momento histórico.

El estudio de las creencias puede pensarse como algo controvertido en cuanto a que se percibe como un tema de misticismo, algo que no puede ser claramente definido o un tema que no es útil en la investigación, incluso se ve como un tópico que exclusivamente compete a la filosofía o a la religión (Pajares, 1992). Si bien, muchas creencias refieren a entidades no reales en términos de una existencia material tangible, por lo cual, se llega a argumentar que las creencias se encuentran fuera de la legítima investigación científica. Sin embargo, aquí no se argumenta el que exista una creencia dentro de un orden objetivo material, sino más bien el hecho real de que la gente cree y mantiene este tipo de creencias (Pepitone, 1991).

Por ello, la psicología social es la disciplina que ha estudiado de manera particular el tema de las creencias como un tema importante en el estudio de las actitudes. No obstante, la idea de “creencia” tiene un sentido difuso y poco diferenciado de entre otros tipos de conocimiento (como las opiniones, conjeturas, ideologías, etc.), de ahí que la bibliografía psicosocial contenga relativamente poca información sobre el tema de las creencias y sea la actitud el concepto más indispensable, de donde se tendría que explicar la asimetría entre ambas (Pepitone, 1991; Burgoa, 2007). Por ello, es que existe una diversidad de formas de definir las y abordarlas.

Al ser las creencias estructuras relativamente estables que representan para el individuo lo que existe, incluso más allá de la percepción directa, y que refieren a conceptos sobre las cosas, las personas, los eventos y los procesos de la realidad, cuya existencia es asumida (Pepitone, 1991), se han estudiado las creencias acerca del origen de la vida, la naturaleza humana, el sentido de la vida y la vida después de la muerte. Los temas mencionados constituyen aspectos que han despertado en la humanidad la formulación de planteamientos filosóficos, teológicos, antropológicos o psicológicos, y que en ocasiones provocan debates entre la ciencia y la religión.

Por ello, en esta investigación se han explorado las creencias sobre la vida después de la muerte desde las perspectivas científica y religiosa como formas de explicar este fenómeno, ya que constituyen concepciones que permiten satisfacer la necesidad de la humanidad de darles seguridad ante las situaciones de peligro, frustración o incertidumbre

(Quintana, 2001) así como de proporcionar un tipo de conocimiento que influye en la percepción, interpretación y categorización de los objetos del mundo (Burgoa, 2007).

Se ha elegido a la población de jóvenes y adultos mayores dado que en estos dos sectores de la población se pronuncian las divergencias entre los diferentes tipos de creencias. De igual forma, se ha encontrado que las creencias tienen una función específica para ambos grupos y que éstas se presentan en relación con otras variables psicológicas (Clarke, Hayslip, Edmondson y Guarnaccia, 2003; Sandtrok, 2006; González-Celis y Araujo, 2010; Menéndez, 2014).

La estructura de este trabajo se divide en cuatro partes principales: la primera aborda los aspectos teóricos que fundamentan la presente investigación, seguida de la segunda parte que explica la metodología que se utilizó y una tercera parte que reporta los resultados hallados. Finalmente, la cuarta parte presenta la discusión y las conclusiones de esta investigación en donde se exponen los datos más relevantes del estudio.

En el Capítulo 1. Creencias, se trata la teoría que engloba la amplia variedad de conceptos y definiciones que la literatura propone sobre lo que son las creencias. Puesto que son diversas las posturas teóricas, en este trabajo se ha adoptado la que propone Pepitone (1991) quien las define como estructuras relativamente estables que representan para el sujeto lo que existe más allá de su percepción directa; las creencias refieren a conceptos acerca de la naturaleza, las causas, las cosas, los eventos, las personas y los procesos, cuya existencia es asumida.

Se aborda también cómo es que surgen las creencias, ya sea a partir de la experiencia directa, de la información proveniente de los demás o mediante procesos de inferencia (Ajzen y Fishbein, 1980, como se citaron en Martínez y Silva, 2010); se habla también de la forma en que las creencias aparecen como un sustituto a la idea de un mundo que es inestable, ambiguo y dudoso, presentando así la función de satisfacer la necesidad que tiene el hombre de comprender el sentido de su vida y del mundo que comparte con los otros, otorgándole sentido a las conductas y orientándolas a la acción (Sola, 1999; Quintana, 2001; Fernández, 2006; Villoro, 2008).

Dado que las creencias aparecen frecuentemente junto a las actitudes, se habla acerca de los aspectos distintivos de ambas. Las posturas que se exponen hablan de la concepción tripartita de las actitudes, en donde las creencias constituyen la dimensión cognitiva de éstas (Briñol, Falces y Becerra, 2007) y que se manifiestan mediante la expresión verbal de la creencia (Myers, 1991; Martínez y Silva, 2010). Cabe poner énfasis en el aspecto de que la actitud es una organización de creencias en torno a un objeto y que permite explicar la consistencia de las conductas en relación con las creencias (Villoro, 2008).

Otro punto que se detalla es de las clasificaciones tipológicas de las creencias. Cada autor aborda la creencia desde un elemento en particular; para Ajzen y Fishbein (1980, como se citaron en Martínez y Silva, 2010) interesa la clasificación que versa en función del origen y el proceso de formación de la creencia, mientras que a Pepitone (1991) le interesan las propiedades conceptuales y el contenido de la creencia al igual que a De la Pienda (1999).

Para finalizar este capítulo se describen las teorías llamadas de la consistencia. En estas teorías se habla sobre la estructura de las actitudes que enfatizaban el papel del componente cognitivo, es decir, las creencias como unidad básica de las actitudes (Pallí y Martínez, 2004). Si bien, las principales teorías son las de la acción razonada de Fishbein y Ajzen (1975, como se citaron en Morales, 1999) y la teoría de la acción planeada de Ajzen (1991, 2001, como se citó en Franzoi, 2007); en ambas se habla de cómo la conducta está determinada por la intención de llevar a cabo una conducta específica, la cual está unida a una norma social subjetiva y a un control conductual percibido, de donde la actitud y las creencias determinan todas las anteriores.

En el capítulo 2. Vida después de la muerte se aborda la temática de la vida y la muerte desde las perspectivas científica y religiosa. En este apartado se desarrolla una visión científica sobre la muerte desde las posturas biologicistas (Jaramillo-Magaña, 1993; Anaya y Padilla, 2010; García-Rillo, García-Pérez y Duarte, 2012) y materialistas (Ducasse, 1961; Langton, 1996; Díaz, 2012; Doore, 2012; González, 2012), así como los progresos científicos en torno al tema de la prolongación de la vida o la posible superación de la muerte (Kurtzman y Gordon, 1978; Hamilton, 2005; Willis, 2009; Cereijido, 2012; Pérez, 2012; Sheldrake, 2013). Por otra parte, se presenta la visión religiosa desde diferentes credos,

donde el cristianismo es la religión en la que se pone mayor énfasis y a partir de la cual se construirá la perspectiva religiosa del instrumento de medición empleado en esta investigación; esta visión aborda la existencia del alma y su destino final en el cielo o el infierno como lugares de recompensa y castigo, o mediante el premio de la resurrección; esta visión se encuentra fundamentada en la biblia y en el Catecismo de la Iglesia Católica (Biblia de Jerusalén, 1975; Catecismo de la Iglesia Católica, 2008; Lenoir, 2012; Antaki, 2015).

En el capítulo 3 se expondrá el estado del arte de las variables de investigación en cuestión con la finalidad de enriquecer y fundamentar teóricamente el estudio. Las investigaciones recolectadas se dirigen en las siguientes direcciones: se han estudiado las creencias sobre la muerte y la vida después de la muerte en relación con otras variables como lo es la actitud de aceptación y miedo ante la muerte (Uribe, Valderrama y López, 2007) y si estas creencias repercuten en la ansiedad, la depresión o el afrontamiento del duelo (Carr y Sharp, 2014). También se exponen los estudios que han abordado estas creencias en la población de jóvenes y adultos mayores en donde se afirma que ambos grupos de edad tienen concepciones diferentes en torno al mismo tema (Vilches, 2000; Pinazo y Bueno, 2004; Méndez, 2015) y que a mayor edad se está más de acuerdo con la creencia religiosa (Arenas, 2017; Lince, 2017; Martínez, 2017).

El capítulo 4 desarrolla la metodología mediante la cual se describe la parte empírica de esta investigación. El objetivo y la pregunta de investigación enfatizan el “conocer cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México”; a partir de esto la hipótesis formula que ambos grupos mantienen creencias que se fundamentan en la ciencia y en la religión. El tipo de investigación es descriptiva, de campo y transversal, con un diseño ex post facto, intragrupo y multivariado; las variables son (VD) creencias sobre la vida después de la muerte, (VI) jóvenes y adultos mayores, y variables sociodemográficas de sexo, edad, estado civil, escolaridad y religión. La muestra estuvo conformada por 120 jóvenes (20 a 24 años de edad) y 120 adultos mayores (mayores de 65 años de edad) de la Zona Metropolitana del Valle de México a quienes se les aplicó el IMCVDM con una escala tipo

Likert de cinco puntos que evalúa las creencias científicas y religiosas sobre la vida después de la muerte.

En lo que respecta al análisis de los resultados, el capítulo 5 describe los estadísticos realizados mediante el Paquete Estadístico SPSS-Versión 20. Los resultados obtenidos mediante las diferentes pruebas (estadístico de fiabilidad, análisis factorial, correlación de Pearson, análisis *t* de Student y análisis de varianza ANOVA), indican que existe una correlación negativa entre las creencias científicas y religiosas presentes en los participantes de la investigación. Así mismo, se observan diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos: en los jóvenes hay una tendencia a inclinarse por las creencias científicas, mientras que los adultos mayores hacia las creencias religiosas. Los resultados también señalan que la creencia científica se incrementa de forma gradual a mayor grado o nivel de escolaridad, que las personas casadas se inclinan más por las creencias religiosas en comparación con los solteros y que las personas que no dicen profesar alguna religión presentan una tendencia a preferir las explicaciones científicas.

Posteriormente, en la discusión se presentan las interpretaciones sobre los resultados hallados y se realiza una comparación con otras investigaciones realizadas. Dado que se abordan ambos tipos de creencias, y que estas responden a contenidos y contextos socioculturales diferentes, cada uno de los grupos de edad estudiados responden también en función de su contexto particular (Park, 2012).

En la sección de Conclusiones se retoman los hallazgos y contribuciones de esta investigación y se mencionan sus limitaciones. Finalmente, se realizan recomendaciones que sirvan como fundamento para futuras investigaciones o líneas de trabajo que se relacionen con el tema.

Las obras consultadas para la elaboración del marco teórico en el cual se sustentó esta investigación se presenta en la sección de Referencias bibliográficas.

Finalmente, en la sección de Anexos se presenta el Instrumento de Medición de las Creencias sobre la Vida Después de la Muerte (IMCVDM) que se les aplicó a los participantes.

De esta forma, la presente investigación permite conocer cómo es que las creencias cumplen su función de dar orientación a la vida de las personas, proporcionándoles un marco explicativo e interpretativo sobre la realidad que les rodea. Así mismo, las creencias dirigen el comportamiento del ser humano con respecto a su conocimiento, valores, juicios y disposiciones.

Las creencias sobre la vida después de la muerte, al ser solo un tipo de creencia en particular, proporcionan a las personas una perspectiva conceptual y pragmática que ejercen influencia sobre sus acciones.

PARTE 1

FUNDAMENTOS TEÓRICOS



CAPÍTULO 1

CREENCIAS

“La realidad es eso que, cuando dejas de creer en ello, no desaparece (Philip K. Dick)”.

El estudio de las creencias constituye un campo teórico amplio y diverso. Este hecho lleva a pensar la importancia que ha tomado su estudio en el desarrollo de varios campos de investigación empírica con el fin de demostrar su operatividad científica, sin embargo, con todo esto los psicólogos no han logrado ponerse acuerdo en una definición (Martínez y Silva, 2010).

Acorde con autores como Fishbein y Ajzen (1975) y Pepitone (1991), las creencias hacen alusión a la certeza, o al menos a la convicción que tienen las personas sobre la veracidad de alguna cosa o información. Esta información puede ser cierta o no, dado que una de las características de las creencias es que se asumen como verdades; si bien, las creencias no cuentan con la seguridad objetiva de la existencia de una cosa, por eso es que muchas veces se asemejan a la evaluación.

1.1 Definición

Dilts (2003) define las creencias como juicios y evaluaciones que las personas hacen de sí mismas, de los demás y del mundo que les rodea. Pueden también ser vistas como generalizaciones acerca de la causalidad, el significado, los límites en el mundo circundante, el propio comportamiento, las capacidades y la identidad.

Por su parte, Dorantes (2009) menciona que las creencias se refieren a las interpretaciones que las personas dan a los acontecimientos y que constituyen filtros a través de los cuáles las personas integran la información que proviene de su mundo interior y exterior. A su vez, las creencias no derivan de la evidencia ambiental o conductual, sino que éstas vienen antes y son las que le dan significado.

Para Bachman, Osses y Schiefelbein (2012) las creencias “(...) son versiones simplificadas de la realidad que tienen organización interna, son estructuradas y sistemáticas, permitiendo a los individuos interpretar los acontecimientos y tomar decisiones respecto de los sucesos que ocurren” (p. 303).

Así mismo, las creencias constituyen “teorías” acerca del mundo social y no social. Se consideran como elementos constitutivos de diversos conceptos, como lo son las actitudes, valores, ideologías y prejuicios, los cuales son relevantes en la explicación del comportamiento humano (Myers, 2000).

Goodenough (1963, como se citó en Usó, 2007) apoya estas nociones y establece que las creencias son proposiciones que permiten tener un juicio de aprobación o desaprobación acerca de alguna situación y que son aceptadas como guías para evaluar el futuro al ser usadas como apoyo en la toma de decisiones. Las creencias proporcionan una estructura de organización cognitiva coherente de la experiencia y establecen un vínculo entre las percepciones del ambiente y las explicaciones culturales acerca del universo (Goodenough, 1963, como se citó en Geoffrey, 1990).

Russell (1973; 1981, como se citó en Defez, 2005) considera la creencia como “(...) un hecho mental en el que la relación de juzgar o creer es la que unifica, ordena y da sentido a la relación en que se dice que están los objetos del hecho creído” (p. 203).

En relación con esto, Sigel (1985) y Harvey (1986, como se citaron en Pajares, 1992) definen las creencias como construcciones y representaciones mentales de la experiencia de un individuo acerca de la realidad que se encuentran concentradas e integradas en esquemas y conceptos que se juzgan como lo suficientemente verdaderos, válidos y creíbles como para guiar el pensamiento y el comportamiento. De esta forma, las creencias se pueden explicar como disposiciones para la acción y como las principales determinantes de la conducta, las cuales ocurren en un tiempo y contexto específico (Brown y Cooney, 1982, como se citaron en Pajares, 1992).

Siguiendo esta línea, para Fishbein (1963) la creencia hace referencia a la información que una persona tiene sobre un objeto que se encuentra asociado con otros objetos, conceptos o valores. Es una hipótesis con una dimensión de probabilidad o improbabilidad de un concepto en relación con la naturaleza del objeto.

Fishbein y Ajzen (1975, p. 131) agregan que:

Las creencias se refieren a los juicios de una persona de probabilidad subjetiva sobre algún aspecto discriminable de su mundo y que se ocupan de la comprensión de la persona misma y de su mundo. Las creencias se definen como la probabilidad subjetiva de la relación entre el objeto de la creencia y algún otro objeto, valor, concepto o atributo. Esta definición implica que la creencia comprende el establecimiento de un vínculo entre dos aspectos cualesquiera del mundo del individuo.

Por su parte, Pepitone (1991, p. 63) expone:

Las creencias son estructuras relativamente estables que representan lo que existe para el individuo más allá de la percepción directa. Las creencias son conceptos acerca de la naturaleza, las causas, cosas, eventos, personas y procesos, cuya existencia es asumida.

En este mismo sentido, Arias (1980) define las creencias como aquello que es aceptado como cierto acerca de un objeto psicológico sin importar su veracidad. En este orden, las creencias pueden ser consideradas como proposiciones en las cuales se tiene al menos un grado mínimo de confianza y que pueden ser acerca de los atributos de algún objeto con

otros objetos, haciendo que, desde la perspectiva de la persona que mantiene la creencia, su proposición tenga probabilidad de ser verdadera (Bar-Tal, 1990).

Villoro (2008) identifica a la creencia como un estado interno del sujeto y como un componente subjetivo del saber, la cual no versa sobre algo presente en la percepción o en los recuerdos, sino que versa sobre lo representado en el juicio. Así mismo, plantea dos concepciones del término creencia: como ocurrencia mental y como disposición.

La ocurrencia mental se refiere a una cualidad mental que acompaña a una proposición y que se añade a la representación de esta, esto es que la creencia refiere a algo “mentalista” o “idealista” en cuanto a que es un dato de la conciencia subjetiva y privada y, por lo tanto, solo accesible al sujeto.

En la creencia como disposición se hace alusión de que creer conlleva a la tendencia a actuar en aquello que se cree que es verdadero. Por lo tanto, creer implica tener una serie de expectativas formuladas a modo de hipótesis que regulan las acciones ante el mundo y las relaciones con el entorno. La disposición se define como “[...] una clase de estados no observables en que debe estar algo para que, dadas determinadas circunstancias, se produzcan determinados comportamientos” (p. 39).

Al considerarse la creencia como algo mental se tiene que ésta se encuentra dotada de un contenido representacional, semántico y proposicional y, por lo tanto, ese mismo contenido es susceptible de ser verdadero o falso. A su vez, la creencia tiene una conexión con otros estados mentales y contenidos representacionales, siendo relevante y eficaz con respecto a los deseos, las acciones y las otras creencias del sujeto (Defez, 2005).

En este orden de ideas, otro de los elementos a considerar es la diferenciación entre creencia y conocimiento. Al respecto Usó (2007) esboza que el conocimiento es un producto del pensamiento que se considera verdadero y refiere a información objetiva, por lo tanto, se le podría atribuir el elemento de “verdad”, mientras que la creencia debe ser advertida como entendimientos subjetivos e individuales, es decir, verdades idiosincrásicas. Nespó (1987, como se citó en Usó, 2007) distingue las creencias del conocimiento argumentando que las primeras suelen ser estáticas, mientras que el

segundo es susceptible al cambio en cuanto a que las personas pueden evaluarlo y transformarlo.

En concordancia con esto, Pajares (1992) presenta la diferencia entre creencia y conocimiento de la forma siguiente: considera que las creencias son estáticas y representan verdades absolutas que permanecen sin cambios, independientemente de las situaciones; en cambio, el conocimiento es fluido y cambia a medida que las nuevas experiencias son interpretadas e integradas a los esquemas existentes. Otra característica diferencial es que las creencias fomentan diversos tipos de pensamiento, mientras que el conocimiento es único para el individuo que lo posee; las creencias se encuentran rodeadas de una parte emocional que dicta acierto o error, no así el conocimiento que es emocionalmente neutral.

Por su parte, Villoro (2008) establece esta diferencia de la forma siguiente: la creencia tiene un sentido restringido ya que quiere decir tener algo por verdadero pero sin estar seguro de ello ni tener pruebas suficientes, equivale a suponer, presumir, conjeturar, pero nunca a estar en lo cierto; por su parte, el conocimiento es una guía de la práctica debido a que está firmemente asegurado en razones, es decir, orienta de forma acertada y segura a la acción. De esta forma, la creencia abarca todos los asuntos de los cuales la persona no tiene un conocimiento seguro, pero sobre los cuales tiene suficiente confianza para actuar (Dewey, 1993, como se citó en Pajares, 1992).

De las anteriores exposiciones, queda claro que las creencias difieren del conocimiento en cuanto a que el segundo es evidente y objetivo ya que constituye, en su mayor exactitud, la ciencia; en cambio, la creencia es una especie de actitud de quien reconoce que algo es verdadero, pudiéndose probar o no la evidencia de ello debido a que existen creencias fundadas y otras no fundadas (Quintana, 2001).

Villoro (2008) añade que la creencia es la disposición de un sujeto considerada en cuanto a que tiene relación con la realidad tal como le sucede a ese sujeto, es decir, en cuanto a que tiene relación con la verdad. En efecto, la creencia aparece frente a aquello que es considerado como verdadero ya que despierta el interés del sujeto por el conocimiento del mundo; la creencia es una disposición determinada por hechos tal y como son aprehendidos por el sujeto, mientras que el conocimiento es la disposición

determinada por hechos tal y como en realidad. De esta forma, se define a la creencia como “un estado disposicional adquirido, que causa un conjunto coherente de respuestas y que está determinado por un objeto o situación objetiva aprehendidos” (p. 71). En concordancia con esto, Sola (1999) entiende que no todas las creencias se ven reflejadas en acciones, sino que más bien toda creencia va acompañada de la disposición a actuar de manera coherente con ella si fuera posible emprender alguna acción al respecto; la creencia no determina la acción concreta, sino un patrón de conductas guiadas u orientadas por ella. Por lo tanto, la disposición es similar a una regla o norma de conducta.

Resulta oportuno mencionar lo expuesto por Quintana (2001) quien afirma que las creencias son algo diferente a otros constructos como son las convicciones y los juicios, en cuanto a que la creencia tiene que ver más bien con algo en lo que hay que saber y esperar. De esta forma, las creencias son un conjunto de realidades metaempíricas y de ideas que una persona o un grupo aceptan, reconocen y afirman como principio de cuanto deben pensar, hacer y esperar en relación con la orientación última de su vida. Por ello es que cuando un juicio de valor tiene por objeto un ideal y no algo instrumental o sensible, entonces se puede afirmar que se habla de una creencia.

Cabe agregar que las creencias poseen algunos rasgos característicos que permiten entender mejor su definición. Nespore (1987, como se citó en Pajares, 1992) identificó algunos de estos rasgos, entre los que se encuentran:

- Presunciones existenciales: hacen referencia a las verdades incontrovertibles y personales que todos los individuos poseen. Se refieren a que las creencias son aceptadas incluso sobre la realidad física y social, así como sobre los aspectos de uno mismo y los otros.
- Carga afectiva y evaluativa: las creencias poseen componentes afectivos y evaluativos más fuertes que el conocimiento y que afectan a la cognición asociada con dicho conocimiento.
- Estructura episódica: hace referencia a cómo las creencias extraen su poder de episodios o eventos anteriores que matizan la comprensión de eventos posteriores.

- Alternatividad: hace referencia a cómo los sistemas de creencias no requieren un consenso general o de grupo en cuanto a la validez de sus creencias, esto implica que los sistemas de creencias son indiscutibles, más inflexibles y menos dinámicos que los sistemas de conocimiento. De esta forma, cuando las creencias llegan a cambiar no es la razón o el argumento lo que las modifica, sino la conversión o el cambio de su forma.

En efecto, resulta complicado contemplar una única definición de lo que son las creencias debido a la variedad de posturas y a la riqueza teórica de cada uno de los autores citados. Sin embargo, se puede concluir que las características que engloban tal concepto se concentran en que son sistemas interpretativo-explicativos de la realidad y que refieren al aspecto de lo cognitivo (Quintana, 2001; Park, 2012). Luego de este planteamiento es importante conocer de dónde surgen estos sistemas y cuál es su funcionamiento.

1.2 Formación

Las creencias provienen de dos fuentes principales básicas: la experiencia personal y los demás. Perlman y Cozby (1987) categorizan estas fuentes de una forma más específica:

- La experiencia personal directa: la mayor parte de las creencias proviene de las experiencias personales. De esta forma, dichas creencias, pueden ser consideradas como más confiables que la información obtenida de los otros.
- Los demás: para muchos fenómenos sociales, no se tiene una experiencia personal directa, por lo que se depende de los otros para la información y las creencias.
- Los padres: debido a la profunda influencia de los padres hacia los individuos es como se adoptan muchas creencias; esto se relaciona con el respeto hacia ellos, así como la confianza y el amor que se les tiene.
- Grupo de compañeros: se depende de los compañeros y amigos para obtener información debido a que éstos sirven como un importante grupo de referencia. Mediante el grupo, los individuos adquieren creencias, actitudes y conductas con la finalidad de tener un estándar de comparación entre sí mismos.

- Instituciones: algunas de ellas como lo son la escuela o la iglesia, mantienen un amplio contacto con los individuos desde una edad muy temprana, modelando así muchas de sus creencias y actitudes.
- Los medios de comunicación masiva: transmiten una gran cantidad de información que de otra forma sería imposible obtener; también, los medios definen la realidad para su público, ya que seleccionan y presentan los eventos para hacer hincapié en algún elemento en particular interpretándolo y comentándolo. De esta forma, se tiene gran confianza acerca de lo que los medios de información muestran.

De esta forma, se puede observar que las fuentes a partir de donde surgen las creencias se presentan de manera interdependiente, es decir, las fuentes funcionan dentro de un sistema donde cada una es influida por las otras. De ahí, que el sistema de creencias sea amplio y combinado. Al respecto, Dorantes (2009) apoya esta noción al afirmar que las creencias no se presentan de forma aislada, sino en sistemas que proporcionan un significado a algo.

Ajzen y Fishbein (1980, como se citaron en Martínez y Silva, 2010) mencionan que así como las creencias se forman mediante la experiencia directa y la información proveniente de los demás, también se forman mediante procesos de inferencia. Las personas al relacionarse inicialmente con algún objeto consideran las características no observables de dicho objeto, lo que las hace generar otras creencias relacionadas con ese objeto. De la misma forma, una persona tiene un cúmulo relativamente pequeño de creencias acerca de un objeto dado, por lo que si se presenta un nuevo objeto asociado con algún atributo, el individuo entonces indicará su creencia con base en otras creencias prioritarias para él. Todo esto ocurre con la mera presentación de un objeto y un atributo.

Por otra parte, Quintana (2001) plantea que las creencias que mantienen las personas surgen de cuatro fuentes:

1. La razón y el conocimiento: las creencias suponen un elemento de conocimiento mediante las cuales se combaten las dudas, permitiendo así la transformación del propio ser humano. Las creencias surgen como un sustituto a la idea de un mundo

que es inestable, ambiguo y dudoso; esta ocurrencia se considera más firme, por lo que se asume como verdadera y hace que la ambigüedad desaparezca.

2. El sentimiento y el deseo: la creencia responde a una conveniencia y a una necesidad. De aquí es que surge el impulso a creer aquello que puede llegar a ser incluso superior que el conocimiento propiamente dicho. Se puede incluso pensar que la creencia proviene de un sentimiento interior.
3. La influencia de la sociedad y la cultura ambiental: las creencias se aprenden también por la mediación de la cultura social con sus funciones de inculturación y aculturación de los individuos.
4. La voluntad de creer del propio individuo: a pesar de que el individuo puede ser muy influenciado, nunca es totalmente determinado por el ambiente, sino que cuenta con una personalidad, una libertad y una vida de cual puede hacer lo que le plazca. Lo mismo sucede con las creencias, las cuales pueden ser alimentadas, educadas o eliminadas por el propio individuo; creer es un acto intuitivo que implica una decisión voluntaria y preferencial.

Es así como se puede reafirmar la idea de que las creencias son, a la vez, personales y sociales. Personales en cuanto a que cada persona tiene las suyas propias que se ha ido formando y que se pueden modificar a lo largo de su vida y, sociales, en cuanto que lo mismo ocurre con las creencias de los grupos o la influencia, por ejemplo, de los medios de comunicación. Pero poseer creencias no se limita a solo obtenerlas o construirlas, ya que también cumplen diversas funciones las cuales se enuncian a continuación.

1.3 Función

La funcionalidad de las creencias son abordadas por las ciencias sociales ya que éstas son portadoras del sentido de la interacción humana y debido a que se construyen desde la interioridad subjetiva de cada persona, se proyectan a los otros a través de las relaciones, se reconfiguran, se moldean y se generan de formas inacabadas o recursivas. Las creencias constituyen también la dimensión no tangible del existir humano, en cuanto a que refieren historias personales y acontecimientos sociales; por otra parte, eminentemente tienen una

función social que permite la comprensión y explicación las relaciones sociales. En este sentido, los sistemas de creencias son elaborados y transmitidos por el hombre en contextos significativos que dan sentido al comportamiento social, constituyen el elemento cultural que da historia y dinámica al grupo, otorgan sentido a las conductas orientándolas a la acción y satisfacen la necesidad que tiene el hombre de comprender el sentido de su vida y del mundo que comparte con los otros (Quintana, 2001; Fernández, 2006).

De igual forma, Parajes (1992) plantea que las creencias son importantes en la manera en cómo se conceptualizan las tareas y la forma en que se aprende con base en la experiencia, así mismo, influyen en el conocimiento cognitivo. Los individuos caracterizan los fenómenos que les rodean a partir de las creencias, dando así sentido a su mundo.

En concordancia con esto, Quesada (1998, como se citó en Defez, 2005) plantea que las creencias son guías de la conducta y que esta función es más compleja de lo que parece ya que no existe una causación directa entre creencia y acción, sino más bien, existe una causación indirecta e inferencial, es decir, no se puede aseverar que las creencias causen algún tipo concreto de acción, por ejemplo, que las creencias, junto con un deseo, causen una acción que pretenda satisfacer el deseo, sino que más bien, las creencias intervienen en la satisfacción de muchos deseos mediante complejos procesos de inferencia, de donde surgen otras creencias que, a su vez, modifican y dan lugar a otros deseos. De esta manera, la función básica de las creencias es adaptar los estados causales de acción (como podría ser el deseo), a ciertas condiciones del entorno (el contenido de las creencias), de manera que las conductas que provocan se encuentren en acuerdo con esos otros estados (la satisfacción de los deseos): las creencias fomentan conductas que son apropiadas a ciertas condiciones del entorno.

Las creencias van fuertemente ligadas a la motivación, es decir, refuerzan o inhiben determinados comportamientos y capacidades. Estas operan en un nivel distinto que el comportamiento en cuanto a que influyen sobre la experiencia y la interpretación de la realidad, conectando la experiencia con los sistemas de valores (Dilts, 2003).

Por otra parte, Quintana (2001) enfatiza que la funcionalidad de las creencias se aprecia en el hecho de que aparecen en todo aquello que para las personas es relevante,

significativo y, a la vez, problemático. Por lo tanto, las creencias son vistas como un intento de solución u orientación. Incluso en situación de frustración o peligro, el hombre, por reacción natural, presenta un impulso a forjarse creencias. Desde esta perspectiva, lo que importa de las creencias son sus repercusiones prácticas en el ordenamiento de la vida común y su valor depende de cómo contribuyen a orientar a las personas, dándoles seguridad y cohesión social.

Siguiendo esta línea, Burgoa (2007) afirma que las creencias, al ser un tipo de conocimiento, influyen en los procesos de percepción de la realidad, así como en los procesos de interpretación y categorización de los objetos del mundo. Del mismo modo, cobran importancia en los procesos de certificación o seguridad de las acciones humanas. Este autor distingue las siguientes funciones básicas de las creencias:

- **Función cognoscitiva:** las creencias cumplen la función de ser medios o maneras de adquirir los conocimientos que no se pueden conseguir por uno mismo. Son también configuraciones de la mentalidad para la percepción e interpretación del mundo, desde las cuales se forman los esquemas y las ideologías.
- **Función emocional:** las creencias suscitan en las personas formas de rechazo o aceptación que no dejan lugar a la indiferencia emotiva. Esta función explica cómo las creencias son motores internos que motivan la actividad de las personas hacia la satisfacción de las necesidades y aspiraciones de los individuos, lo que incluso los lleva a asumir peligros y riesgos.
- **Función actitudinal o práctica:** las creencias dan origen y determinan las actitudes, actúan como un juicio práctico y, a su vez, los dirigen sobre lo que hay que hacer o dejar de hacer ante diversas situaciones. La actitud viene a ser un estado mental de organización de creencias en torno a un objeto o situación, el cual es construido a partir de la experiencia y que predispone al sujeto a responder de una determinada forma (Rokeach, 1968; Allport, 1935; como se citaron en Burgoa, 2007). De esta forma, las personas actúan en función de sus creencias y juicios.

En consecuencia, se puede entender cómo es que las creencias abarcan la totalidad de los individuos, tanto en el aspecto interno como en el externo: las dos primeras funciones

hacen alusión a la esfera vivencial interior, esto es, el conocimiento y la afectividad; mientras que la tercera función refiere a la vida práctica de las acciones.

Rokeach (1968, como se citó en Pajares, 1992) presenta una concepción similar a la anterior y que se asemeja al concepto de actitud, ya que argumenta que las creencias tienen un componente cognitivo que representan el conocimiento, un componente afectivo capaz de activar la emoción y, un componente conducta que se activa cuando se requiere la acción.

De manera análoga, Pepitone (1991) clasifica las funciones de las creencias de la siguiente forma:

- Función emocional: las creencias sirven para manejar las emociones.
- Función cognitiva: las creencias proporcionan una estructura cognoscitiva que permite tener un sentimiento de control sobre la vida.
- Función moral: las creencias regulan la asignación de la responsabilidad moral entre la persona y el grupo del que forma parte.
- Función grupal: las creencias promueven la solidaridad del grupo al conferir a las personas una identidad común.

De las funciones planteadas es claro el papel que juegan las creencias en la vida del ser humano, ya que no solo le proporcionan un tipo de conocimiento, sino que también tienen una repercusión práctica en el ordenamiento de su vida. Las creencias orientan a las personas, les proporcionan seguridad y sentimientos como la paz y la alegría, así como la cohesión de sus comunidades (Quintana, 2001), traducándose muchas veces en actitudes y conductas.

Puesto que las creencias poseen diversas funciones y se presentan junto con otros constructos como lo son las actitudes, es necesario diferenciar ambos conceptos y conocer la manera en que se presentan simultáneamente.

1.3.1 Creencias y actitudes

Concluir si las actitudes determinan la conducta es formular una pregunta fundamental sobre la naturaleza humana. Son varias las disciplinas que se han esforzado en especular la relación entre el pensamiento y la actitud, por lo que una de las presunciones predominantes es que las creencias y opiniones, así como los sentimientos, determinan la conducta (Myers, 1991).

Una actitud puede definirse como el grado en que una persona le agrada o desagrada un objeto, donde éste puede hacer referencia a cualquier aspecto del mundo individual. Dentro de la teoría de la acción razonada, las actitudes son las únicas directamente convenientes para entender y predecir el comportamiento humano. La actitud está determinada por las creencias que la persona mantiene respecto a un objeto, de esta forma, al obtenerse las creencias que determinan las actitudes hacia las conductas, es esencial que exista una correspondencia entre los elementos de acción, dirección, contexto y tiempo que definen la conducta, es decir, el conjunto de creencias que subyacen a la actitud de una persona puede ser diferente dependiendo de la definición de la conducta involucrada (Martínez y Silva, 2010).

Lo mismo expresa Arias (1980), quien menciona que al realizar con agrado o desagrado una tarea es porque se tiene una actitud favorable o desfavorable respecto a esa actividad; si se dice que algo gusta o disgusta se está expresando una opinión; y, si se dice que al realizar una tarea (que no se conoce y que nunca se ha realizado) ésta puede dañar o beneficiar, entonces se está manifestando una creencia.

Para Ajzen y Fishbein (1980, como se citaron en Martínez y Silva, 2010; Ajzen y Fishbein, 1977, 1980; Ajzen, 1987, 1988, como se citaron en Echebarría y Valencia, 1991) existe una correspondencia entre las creencias y las actitudes, por el hecho de que las creencias son el determinante inmediato de las actitudes. Ciertamente, un sujeto puede tener un gran número de creencias hacia un objeto actitudinal, sin embargo, no todas sus creencias serán consideradas para realizar la evaluación sobre dicho objeto, sino solo un número reducido de las mismas y que resultan relevantes para él.

Al respecto, Morales (1999) menciona que las creencias son la expresión o manifestación externa, propiamente dicha, de los pensamientos y las ideas, y que se realizan mediante una evaluación positiva o negativa de un objeto. Dicha evaluación ocurre en una doble secuencia: primero se establece una asociación de naturaleza probabilística entre un objeto y alguno de sus atributos (la creencias), en función del resultado de este primer paso ocurre el segundo, que es la evaluación y que deriva de la connotación positiva o negativa del atributo. De esta forma, las creencias vienen a ser el componente cognitivo de las actitudes; la evaluación de un objeto actitudinal guarda una estrecha relación con las creencias acerca de tal objeto, es decir, sobre lo que se piensa sobre él. No se debe confundir el concepto de actitud del de creencia; la actitud es el estado interno evaluativo, mientras que la creencia constituye una vía de su expresión.

Lo anterior viene de lo que se conoce como la concepción tripartita de las actitudes, la cual menciona que las actitudes constan de tres componentes: el cognitivo, el afectivo y el conductual, en donde el componente cognitivo hace referencia a los pensamientos y creencias de una persona sobre un objetivo actitudinal (Briñol, Falces y Becerra, 2007).

Myers (1991) apoya esta noción al afirmar que la actitud se expresa mediante creencias y Martínez y Silva (2010) explican que cuando se miden las actitudes de una persona hacia un objeto, sus respuestas implican una serie de creencias que pueden ser consideradas como expresiones verbales a favor o en contra del objeto. De esta forma, para entender las actitudes se deben investigar los enunciados verbales (opiniones y creencias), entendiéndose que estos no son la actitud misma, sino solo su expresión. Por lo tanto, para separar la creencia de otros componentes de la actitud se deben distinguir claramente las respuesta verbales que expresan creencias de aquellas que expresen afectos o intenciones (Villoro, 2008).

Volviendo al punto anterior, sobre el grado de importancia de cada una de las creencias, cuando se quieren medir las actitudes de forma general, el primer paso para comprenderlas es el conocer las creencias sobresalientes que tiene una persona con respecto a la ejecución de una conducta. Posteriormente, se debe obtener la combinación de las diferentes creencias sobresalientes para así determinar la actitud. Las personas normalmente creen que si realizan una conducta en particular, obtendrán consecuencias

positivas o negativas; sus actitudes corresponden a que las consecuencias totales de la conducta sean favorables o desfavorables. Cada actitud es evaluada con base en la fuerza de las creencias de la persona que realiza la conducta, las cuales le llevarán eventualmente a cada una de sus consecuencias, sin embargo, aunque una o más de las creencias de esa persona pueden cambiar, la actitud puede conservarse. Así mismo, puede esperarse que el cambio de una actitud lleve al cambio de una creencia (Martínez y Silva, 2010).

Toda creencia, aún la más abstracta, implica expectativas formuladas a modo de hipótesis y que regulan las acciones del individuo ante el mundo. De esta forma, las creencias operan como guías de las posibles acciones en situaciones particulares, es decir, la creencia “dispone” al sujeto a responder de determinadas maneras y no de otras. No se establece aquí que una creencia tenga necesariamente que llevar a acciones, sino que, si se presentan determinadas circunstancias, la persona se comportará de modo que suponga la existencia de un estado disposicional a actuar. En este sentido, la creencia es un estado interno del sujeto que determina una estructura general de conducta, porque guía y orienta las acciones. Por su parte, la actitud se concibe como una organización de creencias en torno a un objeto y que puede explicar la consistencia de las conductas en relación con las creencias (Villoro, 2008).

En suma, las creencias y las actitudes se presentan conjuntamente; puede decirse que en la creencia la principal nota distintiva es lo cognitivo, mientras que en la actitud lo volitivo (Quintana, 2001). Ahora bien, las creencias se presentan de formas diversas y a la par con otros sistemas en cuanto a que constituyen sistemas cognitivos interpretativo-explicativos de la realidad, esto lleva a considerar las diferentes clasificaciones en donde cada una destaca situaciones o fenómenos específicos de la vida de la persona que mantiene sus propias creencias. Estas clasificaciones se presentan a continuación.

1.4 Clasificación y tipos

Ajzen y Fishbein (1980, como se citaron en Martínez y Silva, 2010) mencionan que en el curso de la vida de una persona sus experiencias la llevan a formar muchas nuevas creencias, a modificar otras o a mantenerlas en el transcurso del tiempo, sea por la

observación directa o indirectamente mediante la adquisición de información de fuentes externas. De la misma forma, las creencias pueden generarse a través de procesos de inferencia. Por lo tanto, de acuerdo a su origen y su proceso de formación, las creencias pueden clasificarse en:

- Creencias descriptivas: se forman como resultado de la experiencia de la observación directa con los objetos (la relación entre el objeto y su atributo).
- Creencias inferenciales: se establecen por medio de los procesos de inferencia que provienen de otras creencias acerca del objeto. Esto ocurre cuando las personas van más allá de lo que observan directamente, por ejemplo, tomar en cuenta características no observables de un objeto, lo que les lleva a formar nuevas creencias sobre éste.
- Creencias informativas: este tipo de creencias se aceptan debido a que provienen de una fuente externa. En este tipo de creencias son numerosos los factores que determinan el grado en que la información que proviene del exterior se acepte y así se forme una nueva creencia.

Por otra parte, Pepitone (1991, p. 64-69) propone la siguiente clasificación de las creencias en función de sus propiedades conceptuales:

- Creencias natural-materiales: hacen referencia a aquello que existe en el mundo material o a todo aquello que se define como material en algún nivel de análisis. Esta categoría engloba creencias científicas y creencias sobre la historia y la sociedad.
- Creencias religiosas: refieren a los lugares y objetos sagrados, a eventos sobrenaturales como la resurrección y la reencarnación, así como a entidades y poderes espirituales como dioses y ángeles. Este tipo de creencias se encuentran presentes dentro de organizaciones relativamente estructuradas, como las religiones, en donde versan sobre la creencia en deidades, la obediencia a las leyes divinas, los rezos o la vida del alma después de la muerte. De esta forma los creyentes, mediante ritos o sacrificios, controlan en alguna medida los eventos de sus vidas y su destino mismo. Las creencias que se encuentran dentro de este rubro son creencias difundidas de manera considerable y son muy resistentes a la extinción.

- Creencias seculares sobrenaturales: incluyen también creencias religiosas, sin embargo, en comparación con las religiosas, éstas se encuentran menos interconectadas. Este tipo de creencias hablan sobre el destino (poder impersonal que es parte de un sistema cósmico), la brujería (poderes sobrenaturales practicados por personas que se consideran como extraordinarias, esto mediante trucos, maldiciones y conjuros, con el objetivo de dañar a los otros), la suerte (creer que existe un poder externo que opera de formas misteriosas y no predecibles, y que afecta los resultados positivos o negativos de las situaciones) y la casualidad (la creencia de que los eventos de la vida no tienen una relación causal entre ellos, afectando así la conducta de las personas quitándole a éstas la posibilidad de controlar lo que les pasa).
- Creencias psicológicas: se refieren a procesos mentales y estructuras de las personas que determinan y/o facilitan ciertos resultados. Este tipo de creencias se basan en estimaciones de motivación, inteligencia, talento, entre otras, que proporcionan el poder a las personas para controlar los resultados que éstas en realidad poseen en mayor o en menor grado.
- Creencias morales: este tipo de creencias tienen que ver con los estados de bondad y rectitud, así como la forma para lograr dichos estados. Un pronunciado cúmulo de estas creencias se relaciona con la justicia, mismas que se encuentran vinculadas a las deidades y los poderes divinos, así como a las fuerzas abstractas y a la metafísica, sin embargo, el contenido de estas creencias no necesariamente es religioso o político.

En el orden de las ideas anteriores, De la Pienda (1999, p. 242-243) desarrolla la siguiente clasificación:

- Creencias existenciales: este tipo de creencias actúan como evidencias de lo que la gente siente, pero que si intenta demostrar no puede. Éstas creencias son experimentadas por las personas de forma inconsciente, ya que se da por hecho que el mundo existe fuera de un mismo, independiente de las propias percepciones, además, son creencias que al ser analizadas resultan inseguras, a pesar de actuar con una base de la seguridad mental de la vida diaria.

- Postulados fundamentales de cada cultura: las creencias que se clasifican dentro de esta tipología hacen referencia a todos aquellos postulados mediante los cuales se organiza y desarrolla una cultura y que se transmiten en un sistema educativo de una forma relativamente consciente y formal. Son creencias de tipo cultural y engloban creencias sobre la naturaleza del mundo, la humanidad, lo bueno y lo malo, la cosmovisión de la propia cultura, etc.
- Creencias científicas: constituyen el fundamento del saber científico ya que refieren a una fe científica, son intuiciones en las que se apoyan los postulados y axiomas de la ciencia, de esta forma, son creencias que se aceptan como principios o fundamentos que tienen evidencia por sí mismos. Este tipo de creencias condicionan el éxito o fracaso de las teorías desde las cuáles se desarrollan.
- Creencias religiosas: constituyen la base de la fe religiosa y se estructuran por las religiones en un conocimiento disciplinado, como lo es la teología, adquiriéndose por revelación divina o por experiencias personales no repetibles a voluntad. Este tipo de creencias refieren al conocimiento religioso, el saber sobre el universo y los designios de Dios, así como explicaciones causales de dimensiones sobrenaturales.

Sin embargo, las creencias no se limitan a una clasificación en cuanto a su origen y contenido, sino también de acuerdo a lo que conductualmente dictan y que lleva a las personas a realizar o dejar de realizar una acción. La Teoría de la Acción Razonada da cuenta de esto, ya que afirma que las creencias pueden clasificarse en conductuales y normativas. Las creencias conductuales son aquellas que subyacen a las actitudes de las personas hacia la conducta, esto es, cuando una persona tiene creencias acerca de que la ejecución de una determinada conducta tendrá resultados positivos o negativos, entonces presentará una actitud favorable o desfavorable hacia la realización de esa conducta. Por otro lado, las creencias normativas son aquellas que subyacen a las actitudes personales y éstas son específicas de individuos o de grupos que tenderían o no a la realización de una conducta (Martínez y Silva, 2010).

Asimismo, otra clasificación es la presentada por Dilts, Hallbom y Smith (1996), quienes refieren que las creencias pueden ser de significado, identidad y causa, refiriendo al mundo exterior, las demás personas y el propio “yo”:

- Creencias sobre la causa: involucran las creencias acerca de lo que causa algo. Este tipo de creencias son un tipo de respuesta a las preguntas ¿cuál es la causa?, ¿a qué se debe?, ¿qué le hace realizar eso?, en donde palabra “porque” indica a la creencia sobre la causa, ya sea de una forma explícita o implícita. Este tipo de creencias provienen de los filtros de la experiencia, ya que si una persona cree que “X” causa algo, entonces su comportamiento se orientará a provocar que “X” ocurra o deje de ocurrir.
- Creencias sobre el significado: incluyen las creencias acerca de lo que significan los acontecimientos o las conductas y sobre lo que es importante o necesario. Este tipo de creencias se traducen en comportamientos congruentes con la creencia, esto es, si una persona cree que sus dificultades para dejar de realizar una acción se derivan de la existencia de “X” y “Y”, entonces trabajará para integrar esas partes, y si cree que esas partes tienen otro significado, entonces emprenderá una acción diferente.
- Creencias sobre la identidad: este tipo de creencias incluyen causa, significado y límites. Con este tipo de creencias las personas se preguntan acerca de la causa de algún comportamiento, el significado y los límites personales de realizar una conducta; de esta forma, las creencias sobre la identidad pueden hacer que las personas se conviertan en personas distintas o pueden llevar a impedirles cambiar en cuanto a que son creencias de las que a menudo no se es consciente.

Se observa claramente que existe una amplia clasificación sobre las creencias, y debido a que llegan a ser procesos inconscientes de pensamiento organizado es que son difíciles de identificar (Dilts, Hallbom y Smith, 1996), por ello es que las creencias y demás constructos como las actitudes, han sido sometidas a la investigación a lo largo de los años por diversos teóricos, motivo que ha llevado a la formulación de diversas teorías que las describen y tratan de explicarlas.

1.5 Teorías psicológicas de la consistencia

En psicología social uno de los enfoques más influyentes ha sido la noción de que las personas están motivadas para mantener sus propias cogniciones (creencias, actitudes, autopercepciones) de una forma organizada, coherente, consistente y libre de tensión. A este enfoque se le conoce con el principio de consistencia cognoscitiva y partir de este se formularon las teorías de la consistencia, mismas que moldearon el estudio de las actitudes (Franzoi, 2007).

Estas teorías surgieron a partir de los años cincuenta y sesenta, todas ellas sobre la estructura de las actitudes que enfatizaban el papel del componente cognitivo, es decir, las creencias como unidad básica de las actitudes (Pallí y Martínez, 2004).

Las teorías de consistencia tienen como base el criterio de que las personas se esfuerzan por mantener cierto grado de coherencia en las opiniones que tienen sobre sí mismos, sobre el medio y las relaciones con los otros. En algunas ocasiones este esfuerzo es causa de que el individuo realice acciones que pudieran parecer ilógicas o irracionales, pero que al ser examinadas detenidamente resultan bastante lógicas, esto en función de las conductas pasadas y los esfuerzos por mantener un equilibrio y una consonancia entre los elementos de su vida (Lindgren, 1990). Visto de otra forma, se puede decir que el campo de fuerzas psicológicas del individuo se orientará al equilibrio, por lo que las desestabilizaciones tenderán a ser corregidas. De esta manera, estas teorías aplican a las relaciones sociales el principio de la noción perceptiva de la “buena forma” de la Gestalt, de donde suponen que las creencias constitutivas de las actitudes se encuentran organizadas de forma coherente y organizada, llevando así a la persona a tener siempre la mayor consistencia posible en su sistema cognitivo (Pallí y Martínez, 2004).

1.5.1 Teoría del equilibrio

La teoría del equilibrio fue formulada por Heider (1946, 1958, como se citó en Franzoi, 2007) la cual afirma que la gente desea la coherencia o el equilibrio cognoscitivo en sus pensamientos, sentimientos y relaciones sociales. Debido a este deseo de coherencia es que las relaciones equilibradas resultan gratificantes, mientras que las relaciones desequilibradas (aquellas en las que la persona sostiene pensamientos inconsistentes o discrepantes) son desagradables. En una relación entre dos personas se crea el equilibrio cuando ambas partes valoran las mismas cosas, de esta forma se desarrolla una relación de agrado: la semejanza da lugar a la atracción.

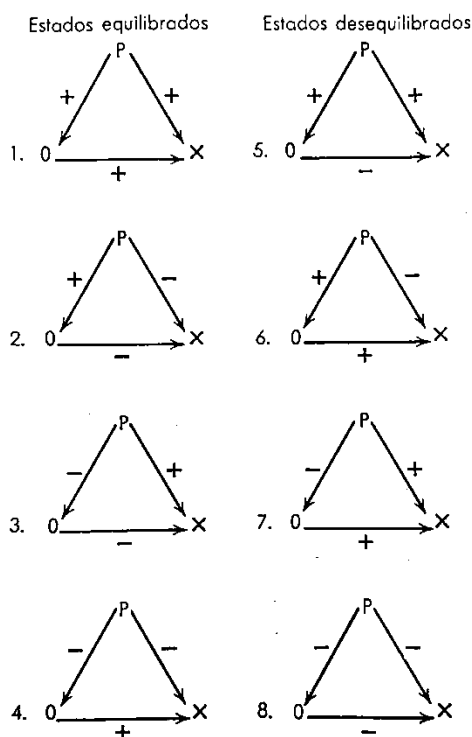
Heider (1958, como se citó en Lindgren, 1990) describe el equilibrio como un estado de homeostasis cognoscitiva, en donde las actitudes tienen una tendencia a desarrollarse y orientarse de modo que se cree un estado de coherencia. En esta teoría se identifican tres estados del sistema cognoscitivo: 1) estado normal (equilibrio), 2) estado de intromisión de fuerzas y acontecimientos que modifican el estado normal (desequilibrio), y 3) estado de operación de los mecanismos o procesos con la finalidad de reestablecer el estado normal del sistema (stress para cambiar con objeto de reestablecer el equilibrio).

La noción de equilibrio surge a partir de la idea de los individuos poseen una teoría general del comportamiento llamada psicología ingenua y que les permite tener una visión coherente de su entorno, es decir, del campo social en el que se sitúan, en donde se tendrán valencias positivas o negativas (elementos del campo que resulten agradables o desagradables) y que pueden tener efecto sobre su comportamiento (Léonar, 1975).

Los estados del sistema cognoscitivo permiten realizar 8 combinaciones posibles de las valencias de situación sobre las relaciones entre dos personas y la actitud hacia un objeto, las cuatro primeras representan un estado de equilibrio y las restantes refieren desequilibrio (Lindgren, 1990, p. 163) (véase FIGURA 1):

1. Al individuo (P) le agrada la otra persona (O) y ambos están favorablemente dispuestos hacia el objeto (X) con quien tiene una relación.
2. Al individuo (P) le agrada la otra persona (O) y ambos están desfavorablemente dispuestos hacia el objeto (X) con quien tiene una relación.
3. La otra persona (O) se comporta o se siente negativamente con respecto al individuo (P) y al objeto (X), sin embargo, al individuo le agrada el objeto (X).
4. La otra persona (O) se comporta o se siente positivamente con respecto al objeto (X), sin embargo, al individuo (P) le desagradan ambos.
5. Al individuo (P) le agrada la otra persona (O) y el objeto (X), sin embargo, al otro (O) le desagrada el objeto (X). Esto lleva al individuo (P) a que cambie su actitud hacia el objeto (X) o para conseguir que el otro (O) cambie de actitud.
6. Al individuo (P) le agrada la otra persona (O), pero le desagrada el objeto (X) el cual resulta agradable para el otro (O). Este desequilibrio se podría resolver haciendo que el individuo (P) o la otra persona (O) cambien su actitud hacia el objeto (X).
7. Al individuo (P) le desagrada la otra persona (O), pero le agrada el objeto (X) el cual resulta agradable para el otro (O). Este desequilibrio se podría resolver haciendo que el individuo (P) cambie su actitud respecto a la otra persona (O) o hacia el objeto (X).
8. Al individuo (P) le desagrada la otra persona (O) y el objeto (X) el cual resulta también desagradable para el otro (O). Este desequilibrio se podría resolver haciendo que el individuo (P) cambie su actitud respecto a la otra persona (O) o hacia el objeto (X).

FIGURA 1. Diagramas que representan estados equilibrados y desequilibrados y que describen las relaciones entre un individuo (P), otra persona (O) y un objeto (X) según Heider (1958), en donde + refieren a las valencias positivas (agrado) y - refieren a las valencias negativas (desagrado)



Fuente: Lindgren (1990). *Introducción a la psicología social* (3a. Ed.). México: Trillas (p. 163).

Este modelo del equilibrio intenta definir las reglas que dan la valencia de una situación cuando se conocen las valencias de sus componentes, esto es, se puede determinar la significación positiva o negativa de cada uno de los estados del campo social del sujeto por el mismo sujeto (Léonar, 1975).

De esta forma, se puede observar cómo es que los estados de equilibrio se caracterizan por el bienestar y la armonía que existe entre sus elementos, mientras que los estados de desequilibrio se caracterizan por el malestar, la falta de armonía y la generación de actividad para así restablecer el equilibrio. Los sistemas desequilibrados están presentes en la vida cotidiana mediante los conflictos psicológicos, principalmente entre las creencias, las actitudes y la conducta hacia los demás (Lindgren, 1990).

Por su parte, Newcomb (1963, como se citó en Lindgren, 1990) elaboró un sistema teórico similar al de Heider en el que habló sobre la formación de las actitudes en el proceso de proceso de conocer a otras personas. Este autor afirma que, a medida que los miembros de un grupo interactúan, cada miembro selecciona y dispone información sobre los objetos de interés común y sobre otros miembros del grupo en función de las actitudes que compartan entre sí. De esta forma, la información que se seleccionó queda disponible para evitar las incongruencias y los conflictos que podrían llevar a relaciones desequilibradas. Los cambios de actitudes resultan de la necesidad de adaptarse a la nueva información y del deseo de mantener relaciones equilibradas. De forma simultánea, los miembros de las diadas o grupos mayores al interactuar tienden a hacer cambios en las actitudes mutuas. Si estos cambios se basan en información real suelen producir relaciones satisfactorias, ya que la información con la que se cuenta aumenta el conocimiento, y cuando se combina con otras tendencias, lleva al equilibrio y a facilitar la atracción.

1.5.2 Teoría de la disonancia cognoscitiva

De acuerdo con la teoría de la disonancia cognoscitiva de Festinger (1957, como se citó en Franzoi, 2007), las personas aunque pueden parecer lógicas en su pensamiento y comportamiento, con frecuencia hacen uso de un pensamiento irracional y desadaptativo para mantener la consistencia cognoscitiva. De igual forma, esta teoría describe cómo es que las personas dedican mucho tiempo a racionalizar el comportamiento llegando así a moldear las actitudes, en lugar de ocuparse en una acción racional concreta.

Festinger (1957, como se citó en Lindgren, 1990) se basa en el supuesto de que el individuo intenta siempre establecer armonía, coherencia o congruencia entre sus opiniones, creencias, actitudes, conocimientos y valores, a los cuales les denomina “elementos cognoscitivos”. Cuando los elementos en relaciones mutuas no tienen nada que ver entre sí se les llama impertinentes, cuando un elemento deriva del otro, entonces se habla de una consonancia, y se habla de disonancia cuando lo contrario de un elemento deriva del otro.

Al respecto, Myers (1991) y Franzoi (2007), aluden que si una persona sostiene al mismo tiempo dos cogniciones que son inconsistentes (disonantes), es decir, que no concuerdan entre sí, verá frustrado su deseo de consistencia cognoscitiva, esto le llevará a experimentar un sentimiento de incomodidad conocido como disonancia cognoscitiva, por lo que de forma natural se verá motivada a tratar de reducir o eliminar dicho sentimiento. La disonancia advierte a la persona de que va en contra de su actitud o que ha tomado una decisión favorable a determinada opción, aún cuando había razones en favor de una opción distinta.

En efecto, los anteriores autores indican que con la finalidad de reducir o eliminar este sentimiento de incomodidad, el sujeto recurrirá a algunas estrategias como pueden ser: cambiar actitudes (con el fin de hacerlas consistentes), añadir cogniciones (cuando hay pensamientos discrepantes, se agregan más pensamientos que sean consonantes), alternar la importancia de la discrepancia (tanto de los pensamientos consonantes como discrepantes), reducir la opción percibida (las personas se convencen de que no están eligiendo libremente presentar el comportamiento discrepante) o cambiar de comportamiento (de modo que ya no esté en conflicto con sus actitudes).

De esta forma, la disonancia funciona como un impulso, una necesidad o una tensión que actuará de acuerdo con el grado de disonancia. Cuando ésta aparece, el individuo realizará una acción con el objetivo de solucionarla o, al menos, de reducirla, ya que se están cambiando, añadiendo o reduciendo la importancia de los elementos cognoscitivos que la componen (Lindgren, 1990). La disonancia es un proceso consciente ya que las discrepancias entre las conductas y las actitudes son percibidas por el individuo y debido a eso es que algo surge en él que le lleva a la acción (Myers, 1991).

Tanto la teoría de la disonancia como la del equilibrio tratan acerca de los esfuerzos que realiza el individuo para mantener una coherencia entre sus elementos cognoscitivos: percepciones, creencias, actitudes y conductas que derivan de estos estados o motivos. Por una parte, la teoría del equilibrio explica el modo en que éste se mantiene, mientras que la teoría de la disonancia da cuenta sobre la anticipación de lo que ocurrirá cuando el equilibrio no se mantiene (Lindgren, 1990).

1.5.3 Teoría de atribución

Como se ha venido mencionando, los seres humanos siempre tratan de dar una explicación sobre los fenómenos de la realidad, del cual, uno de ellos es la conducta de los otros. En ocasiones, pasan mucho tiempo analizando y discutiendo por qué los otros se comportan de la forma en que lo hacen, principalmente cuando pasa algo contrario a lo que ellos esperaban. A partir de la teoría de la atribución es que se examina de qué manera es que las personas explican la conducta de los otros a partir de sus causas (Myers, 1991).

Con referencia en lo anterior, Franzoi (2007) indica que un individuo, al formarse la primera impresión sobre otra persona, intenta determinar qué características de él explican su comportamiento. Otros elementos que considera al hacer esta precisión son el contexto situacional y la influencia que otros pueden tener sobre esa persona en particular. De manera general, las personas tratan de entender a los otros y de obtener un porqué sobre lo que observan que hacen. El proceso mediante el cual usan esta información para obtener deducciones sobre las causas del comportamiento o de los eventos se denomina atribución.

Heider (1958, como se citó en Franzoi, 2007) también desarrolló la teoría de la atribución. Como ya se mencionó, este autor parte de la idea de que las personas poseen una psicología ingenua por medio de la cual las personas buscan las explicaciones de los eventos sociales, es decir, las atribuciones. De igual forma, pensaba que las personas están motivadas a llevar a cabo este proceso por dos necesidades primarias: la necesidad de tener una visión y un sentido coherente del mundo y la necesidad de tener control sobre el ambiente. Cuando las personas son capaces de predecir cómo se van a comportar los otros se puede lograr mucho para la satisfacción de estas dos necesidades, ya que, si se puede explicar y predecir adecuadamente las acciones de otros, entonces es más probable que las personas vean el mundo como algo coherente y controlable. Heider también afirmaba que las personas actúan de una forma parecida a ser científicos ingenuos, puesto que se prueba de manera racional y lógica las hipótesis sobre el comportamiento de los otros.

Las atribuciones causales sobre algún comportamiento determinado pueden ser explicadas a estados y disposiciones internas, así como a factores y circunstancias externas.

Una atribución interna (también llamada atribución de persona) consiste en cualquier explicación que ve la causa como algo interno a la persona, pueden ser sus rasgos de personalidad, sus estados de ánimo, motivos, actitudes o capacidades. Por otra parte, una atribución externa (también llamada atribución de situación) es aquella donde la explicación de la causa se ubica en lo externo a la persona, como puede ser el comportamiento de los otros, la naturaleza de la situación o incluso la suerte (Heider, 1958, como se citó en Franzoi, 2007; Myers, 1991).

Sin embargo, la formación de las atribuciones sobre el comportamiento de los demás no siempre es el resultado de un proceso eminentemente racional, sino que también pueden llegar a ocurrir errores predecibles que distorsionan dichos juicios. En este sentido, Myers (1991) dice que cuando se explica el comportamiento ajeno existe la tendencia a subestimar el impacto causado por la situación y, por el contrario, a sobreestimar la correspondencia con los rasgos y actitudes característicos de la persona, es decir, la influencia disposicional. A esta subestimación de los efectos situacionales se le conoce como error fundamental de atribución.

De hecho, las personas son más propensas a cometer el error fundamental de atribución al explicar la conducta ajena; es más frecuente que quienes actúan expliquen su conducta en función de la situación, mientras que los observadores interpretan que al actor le corresponde toda la responsabilidad de la acción. Dicho de otra forma, se tiene la tendencia a atribuir los actos del otro a sus disposiciones personales (“Él se mostró agresivo porque naturalmente lo es”) aun cuando una acción propia parecida se atribuye a factores externos (“Fui agresivo, pero ese día me fue muy mal”) (Myers, 1991).

1.5.4 Teoría de la comparación social

La teoría de la comparación social de Festinger (1954; Wedell y Parducci, 2000, como se citaron en Franzoi, 2007) postula que los seres humanos tienen una fuerte necesidad de tener visiones exactas de sí mismos y del mundo social. Para ello, una de las formas mediante las cuales las personas se pueden conocer y entender mejor el ambiente social es la comparación con respecto a los otros. Partiendo de esta comparación es que el individuo puede evaluarse a sí mismo.

La comparación social es el proceso mediante el cual se evalúan las propias opiniones y capacidades por comparación entre el individuo mismo y las demás personas. Dicha evaluación puede ser considerada como inherente a la naturaleza humana, dado que siempre se comparan los puntos de vista con los que sostienen otras personas. Necesariamente este proceso lleva a la acción, inclusive una persona es capaz de expresar opiniones, que puede considerar como agresivas, si descubre que otras personas comparten el mismo punto de vista, más allá de lo que suponía (Festinger, 1954, como se citó en Myers, 1991). Si bien, la persona necesita tener una autoimagen positiva y, además, ser percibido positivamente por los otros, hecho por el que buscará aquellas situaciones por las confirme sus propias actitudes (Pallí y Martínez, 2004).

De igual forma, por lo general, las personas prefieren realizar dicha comparación con otros que sean similares, esto ocurre porque entre más similares sean los otros con respecto a uno, más probable es que se use esa información para la comprensión y el entendimiento de las acciones futuras propias (Festinger, 1954, como se citó en Franzoi, 2007) e, igualmente, asegure así la corroboración de sus actitudes deduciéndolas como correctas (Pallí y Martínez, 2004). Esto se explica a partir del proceso de polarización grupal definido como un reforzamiento de las tendencias e inclinaciones individuales preexistentes producto de la acción grupal, es decir, las personas se asocian con las personas cuya actitud es similar a la suya. Gracias a esto es que las interacciones grupales intensifican las actitudes compartidas y, a su vez, las relaciones se fortalecen (Myers, 1991).

Sin embargo, Pallí y Martínez (2004) expresan que cuando hay una discrepancia entre el individuo y su grupo, éste intentará modificar sus propias actitudes y las hará converger

hacia la actitud dominante, la actitud normativa, razón por la cual las actitudes propias terminan pareciéndose a las actitudes de otros miembros del grupo. Esta teoría postula también que la gente se siente atraída mutuamente según la similitud de las actitudes sociales.

Continuando con los planteamientos de estos autores, se puede ver cómo es que los grupos son elementos clave en la formación y desarrollo de las actitudes, pero sobre todo en los grupos de referencia con los que el individuo se identifica psicológicamente; el grupo viene a ser una referencia positiva o negativa para las actitudes, ya que éstas se moverán hacia las actitudes del grupo o en una dirección opuesta. Por ello es que el estudio de los grupos sociales resulta importante para la teoría de la comparación social en la explicación de cómo surgen, se mantienen o se modifican las actitudes.

1.6 Teoría de la acción razonada

La teoría de la acción razonada (Fishbein y Ajzen, 1975, como se citaron en Morales, 1999) afirma que la actitud hacia un objeto es producto de las creencias que una persona mantiene hacia dicho objeto. De igual forma, una actitud dirigida hacia realizar un comportamiento es producto de un proceso racional de dos factores: 1) las creencias sobre las consecuencias de ejecutar un comportamiento en particular y 2) la evaluación de las posibles consecuencias (Fishbein y Ajzen, 1975, como se citaron en Franzoi, 2007).

Por ello, para conocer las creencias de las personas acerca de un objeto es necesario recabar dos tipos de informaciones (Fishbein y Ajzen, 1975, como se citaron en Morales, 1999):

- Grado de probabilidad subjetiva de la creencia: consiste en el grado de oscilación sobre lo que cree la persona acerca el objeto. Esta oscilación va desde un punto considerado como “extremadamente improbable” (+3) a un “extremadamente probable” (-3) con un punto medio “ni probable ni improbable” (0).

- Grado de deseabilidad subjetiva de la creencia: consiste en el grado en que la persona cree que las consecuencias expresadas por la creencia son positivas o negativas. Se mide de la misma forma que la probabilidad subjetiva.

En este caso, cuando existe una relación entre la probabilidad subjetiva y la deseabilidad subjetiva, y en el caso en que ambas sean muy elevadas (extremadamente probable, +3), dicha creencia contribuirá a que la actitud sea positiva. Sin embargo, cuando se presenta una probabilidad muy elevada (extremadamente probable, +3) y otra muy baja (extremadamente improbable, -3), entonces se tendrá una creencia que contribuirá a que la actitud sea negativa. En el caso de que la persona se sienta indecisa acerca la probabilidad y la deseabilidad, presentará valores iguales a cero (ni probable ni improbable, 0), por lo que esa creencia no contribuirá de modo alguno a la actitud.

De esta forma se puede entender de manera intuitiva la complejidad interna de una actitud, ya que esta se concibe como el resultado de la combinación de un conjunto de creencias. Según el planteamiento de los mismos autores, no es que todas las creencias (creencias normativas) influyan en la determinación de la actitud, sino que, más bien, existen un grupo de creencias “salientes” (creencias operativas) para cada persona que son las que determinan la actitud final de la persona.

Sin embargo, la actitud no es lo único que pesa en la persona y que lo lleva a realizar una conducta. Fishbein y Ajzen (1975, como se citaron en Morales, 1999) agregan que la “norma social subjetiva” también ejerce una influencia en la realización de un conducta, ésta resume la presión social que recibe la persona de su contexto social próximo y se manifiesta en dos pilares: el primero lo constituyen las “creencias normativas” las cuales expresan la probabilidad de que la conducta por realizar resulte aceptable o no para los demás, de quienes dicha opinión cuenta mucho y deba ser considerada (contexto social más próximo); el otro pilar es la “motivación para acomodarse” la cual indica la disposición de la persona a seguir o conformarse con esas opiniones. Finalmente, la intención de la persona a realizar una conducta es otro elemento a considerar, la cual se define como la suma de la actitud más la norma social subjetiva. De esta manera, la intención viene a ser un predictor más exacto de la conducta, en comparación con la actitud y la normal social subjetiva por separado.

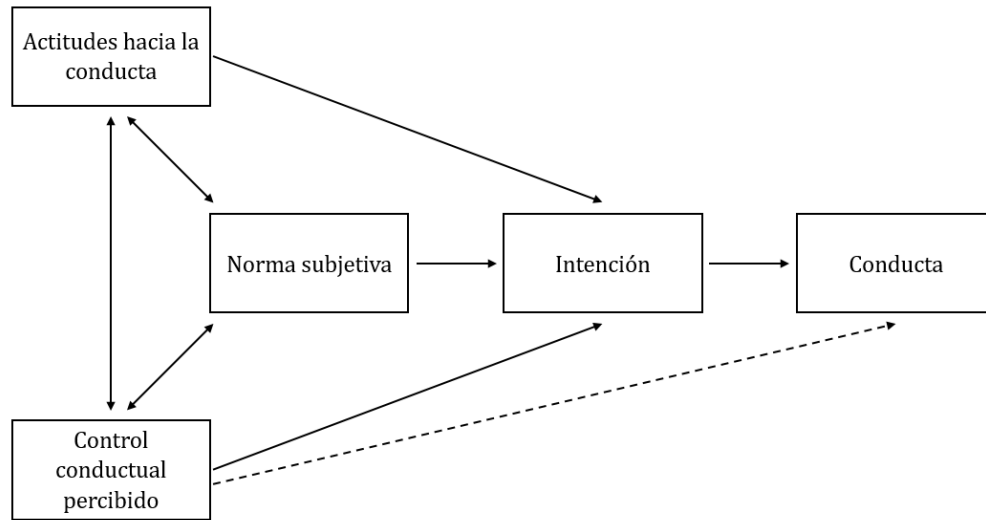
La causa más inmediata del comportamiento no son las actitudes propiamente dichas, sino más bien las intenciones conductuales, las cuales son decisiones conscientes de llevar a cabo acciones específicas. En función de esto, se puede decir que las actitudes influyen en el comportamiento debido a su influencia en las intenciones (Sheeran, Orbell y Trafimow, 1999, como se citó en Franzoi, 2007). Esto significa que si se quiere predecir la conducta, es suficiente medir lo correspondiente a las intenciones conductuales, sin embargo, para un entendimiento más profundo de los factores que influyen en la conducta, es necesario buscar los determinantes de las actitudes y los componentes normativos. Esta búsqueda lleva a tomar en cuenta a las creencias que las personas mantienen sobre sí mismos y el mundo que les rodea; las creencias se encuentran detrás de las actitudes de una persona, mientras que las normas subjetivas determinan las intenciones y la conducta (Martínez y Silva, 2010).

1.7 Teoría de la acción planeada

Ajzen (1991, 2001, como se citó en Franzoi, 2007) desarrolló más la teoría de la acción razonada y la renombró como teoría de la acción planeada o del comportamiento planeado.

Esta teoría postula que la intención para realizar una conducta depende de la actitud hacia la conducta, de la norma subjetiva a la conducta y del control conductual percibido. Los primeros dos determinantes fueron abordados por la teoría de la acción razonada, por lo que puede vislumbrarse que la teoría de la acción planeada es una continuación de la primera, lo que se añade aquí es la consideración que percibe la persona sobre la facilidad o dificultad para realizar una conducta. En esta nueva teoría la intención es la suma de la actitud, más la norma social subjetiva, más el control percibido. Éste último está basado en creencias de control a partir de las cuales la persona establece qué recursos y habilidades posee y cuáles son necesarios para llevar a cabo una conducta, además, si cuenta o no con las oportunidades adecuadas (Morales, 1999) (véase FIGURA 2).

FIGURA 2. Representación gráfica de la teoría de la acción planeada de Ajzen (2005).



Fuente: Martínez, J. y Silva, J. (2010). Creencias psicológicas. En, J. Durand y I. Grande-García (Coord.), *Psicología y Ciencias Sociales: Teoría y Alcances* (pp. 113-130). México: FES-Z, UNAM (p. 127).

En este sentido, cuando las personas creen que tienen poco control sobre la ejecución de un comportamiento debido a la falta de recursos y habilidades, entonces sus intenciones conductuales serán bajas sin dar importancia a sus actitudes o normas subjetivas (Ajzen, 1985, 1988, como se citó en Franzoi, 2007).

Si bien, la importancia de las teorías de la acción razonada y de la acción planeada reside en que en ambas se explica el comportamiento a partir de las creencias, es decir, de la información con la cual cuenta el sujeto sobre determinada conducta. Las creencias vienen a ser la base para la formación posterior de las actitudes, las normas subjetivas y el control conductual percibido (Garcés, 2013).

Es evidente así como cada una de las teorías revisadas en este apartado comparten una característica común, a saber, la función que las creencias desempeñan dentro de cada una de ellas y cómo éstas influyen directamente al comportamiento y a la situación en la cual se ha de realizar, facilitando o impidiendo su ejecución (Herrera, 2014).

Por lo precisado en este capítulo, sean cuales fueran las muchas definiciones sobre el tema de las creencias, el contenido de éstas, su funcionalidad, etc., se puede concluir que éstas permiten dar dirección y orientación a la vida social de las personas. Por lo que, una vez conocido el tema de las creencias, es necesario realizar una revisión de las mismas desde la orientación y reflexión social de fenómenos como lo son las creencias sobre la muerte y la vida después de la muerte, las cuales dan sentido a la vida de las personas en cuanto a que les proporcionan esperanza y seguridad sobre su presente y su fin último. Esta revisión se realiza en el siguiente apartado.

CAPÍTULO 2

VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

*“La muerte es una vida vivida, y la vida es una muerte que viene.
Todos los días morimos un poco, renaciendo una y otra vez (Jorge Luis Borges)”.*

El ser humano siempre ha estado interesado en el tema de la muerte y la vida, ya que son procesos inherentes a su existencia misma. En esta línea, la especie humana se ha encontrado con una gran paradoja: sabe cómo ocurre el fenómeno de la muerte, pero aún no logra entenderla. La muerte es en esencia un fenómeno enigmático y a la vez contradictorio. Por ello, el hombre ha intentado tener acercamientos explicativos sobre lo que es la muerte desde el entendimiento de lo que es la vida (Málishév, 2003; Anaya y Padilla, 2010).

La creencia de que las personas siguen viviendo después de la muerte es una de las creencias más difundidas y, en algunos casos, han sido el elemento central de las religiones (Micklem, 1953). Feuerbach (como se citó en Fraijó, 2016) afirma que si no existiera la muerte, no existiría la religión; todas las religiones plantean la idea de salvar al hombre de la muerte y del final definitivo, es decir, dar un consuelo ante el hecho de morir.

Díaz (2012) encuentra que la creencia en la inmortalidad tiene su razón de existir en el deseo del ser humano en seguir siendo siempre el mismo y de ser un dios, así mismo, propone que esta creencia es más bien un asunto de fe y no una cuestión de duda. Ducasse

(1961) dice que el deseo de supervivencia es un deseo que se ve frustrado por el hecho de la muerte y que encuentra su resolución en esta creencia. Con el hecho de la creencia en la vida después de la muerte se satisface el deseo de reencuentro con los seres queridos y se cumple la oportunidad de crecer en logros, capacidad, sabiduría o carácter, en este sentido, la vida después de la muerte es vista como un estado de trascendencia.

De igual modo, la idea en una vida posterior a la muerte puede ser entendida como una estrategia de afrontamiento ante el hecho de la mortalidad humana. Mitologizar la muerte ayuda a entenderla de mejor forma y a alejar su presencia con el planteamiento de que la muerte no es algo que sucederá (Elías, 1987, como se citó en Fernández, 2012).

Por su parte, Ducasse (1961) agrega que la creencia en la vida después de la muerte puede tener su origen en alguno de los siguientes supuestos:

- Psicológicamente las personas creen que la vida propia y la de los semejantes tiene asegurado un mañana, es decir, sus expectativas se fundamentan en la creencia de que continuarán viviendo al día siguiente.
- El hecho de que las personas vivas y muertas aparecen en los sueños de una forma viva y plausible, lo que lleva a considerar que las personas que han muerto regresan a través de los sueños.
- Las supuestas comunicaciones con personas que han muerto y que reportan datos sobre dicha persona y su identificación, así como las “apariciones” de personas muertas.
- El planteamiento de argumentos metafísicos sobre la inmortalidad.

Otra explicación a la creencia en la vida después de la muerte y en una vida eterna es la que propone Málishev (2003), quien esboza que la razón de ser de esta creencia responde a la necesidad de la actividad humana a estar siempre orientada a lograr un objetivo que está siempre presente en el futuro en donde se puedan cumplir los sueños, las ilusiones y los deseos: “tenemos la esperanza de que en un futuro nos podremos liberar de nuestras deficiencias y penas vividas en el presente” (p. 57).

Creer en otra vida, significa para las personas que la muerte no es lo que parece, sino que representa solamente un final como prueba fehaciente para los sentidos, pero que al final de cuentas no es algo verdadero (Párres, 2005).

Si bien, tanto la ciencia como la religión pueden proporcionar diferentes explicaciones en torno a temas como son la vida y la muerte, sin embargo, es la religión a través de la fe la que permite encontrar el sentido a la realidad de todo cuanto existe y, de esta forma, dar un punto de vista más optimista para el futuro del ser humano (Jouvé, 2014).

2.1 Aspectos históricos

En el transcurso de la historia, ante la certeza de la muerte, el ser humano se ha angustiado y ha tenido que mitigar con esta realidad ante la ignorancia de lo que habrá de suceder después de la muerte; por ello, para satisfacer esta curiosidad y plantear estrategias que la pospongan, comenzó a desarrollar civilizaciones, religiones, historias y leyendas (Cereijido y Blanck-Cereijido, 2002).

Debido a que la muerte de un ser querido produce un trauma en las personas, fue que en los sueños, o estando despiertos, los seres amados y venerados se “les aparecían”, les hablaban y recibían consejos; es lógico, entonces, que los seres humanos pensaran que continuaban viviendo de alguna forma una vez que estuvieran fallecidos. Surge así el culto a los muertos, de donde también se llegó a la conclusión de que cada hombre tenía un cuerpo mortal que se corrompía y un doble indivisible que llamó alma y que continuaba viviendo, aunque no sabía de qué forma, dónde o cómo. En efecto, surgió así la postura dualista del cuerpo y del alma (De Orbaneja, 2013). Si bien, la muerte causa dolor, por ello, ante la idea de la muerte propia y la de los seres queridos, el hombre primitivo inventó los espíritus y por su propia culpabilidad los pensó como peligrosos. Razón a esto es que el alma se consideró como lo más valioso del ser humano (Cereijido y Blanck-Cereijido, 2002).

Málishév (2003) menciona que el hombre al tener conciencia de la muerte introdujo una ruptura profunda entre sí y el animal, en cuanto a su capacidad de ir más allá de fabricar utensilios, hablar y pensar. Quizá el ser humano se convirtió en hombre desde el

instante en que comenzó a enterrar los cadáveres, inventó los rituales funerarios y elaboró las creencias sobre la supervivencia o la resurrección.

Según lo que plantea Bowker (2008), son pocas las religiones que tuvieron en su origen alguna creencia sobre la existencia de una vida después de la muerte, de hecho, asegura que es equivocada la idea de que las religiones surgieron para tranquilizar a la gente afirmando que la muerte no es el final. La creencia en la vida después de la muerte surgió en todas las religiones por razones diferentes y de formas distintas.

En concordancia con esto, Schopenhauer (1989, como se citó en González, 2012) explica que el interés que suscitan las religiones se debe a los dogmas que prometen la perdurabilidad después de la muerte, en donde la idea de la existencia de Dios se da en función de la relación de esta con la idea de la inmortalidad.

Por otra parte, lo religioso responde a una actitud interna de las personas y se concreta en instituciones, doctrinas y prácticas de diversa naturaleza. La religión ofrece a la persona humana una sensación de seguridad en su vida y esa seguridad aminora su temor a la más terrible de todas las condiciones: la muerte (Von, 2009).

De Orbaneja (2013) dice que “la única forma para tratar de averiguar las creencias religiosas de los hombres primitivos son los enterramientos, Por ellos cabe deducir que creían en “otra vida” después de la muerte (p. 26)”. Ejemplo de ello es la religión del antiguo Egipto, la cual es un determinante en todas las religiones en su idea de la muerte como elemento central de su credo y como representante de la práctica religiosa, de hecho fueron ellos los primeros en crear una teología sobre la vida después de la muerte (Lenoir, 2012). Los primeros registros que hablan acerca de esto se encuentran en el Libro Tibetano de los Muertos el cual habla que en el momento de la muerte las personas atraviesan una especie de túnel e ingresan en un viaje hacia la luz. Es precisamente esta interacción con la luz la que tiene relación con el misticismo que engloba los conceptos de muerte y vida (Sheldrake y Fox, 1999; Von, 2009).

Ante la idea de la supervivencia del alma, es claro el por qué los parientes y amigos del muerto se daban a la tarea de proveer, en lo posible, las necesidades que éste pudiera llegar a tener en su vida futura. Así, por ejemplo, en las tumbas de las muchachas babilónicas se

les enterraba con una variedad de ornamentos, flores, frascos de esencias, peines, cosméticos, etc., y en otras sepulturas, que pudieran ser las de los niños, se colocaban juguetes; por otra parte, si un gran jefe pudiera necesitar en adelante sirvientes, esposa o animales, se tenía la costumbre de matar a estos en su tumba (Micklem, 1953). En Egipto, se procuraba la preservación de los cuerpos de los muertos mediante el embalsamamiento y la momificación, ya que se tenía la creencia de que algún día resucitarían y, de igual forma, se les proveía de instrumentos domésticos y alimentos para que les fueran de ayuda para emprender el misterioso tránsito de la muerte (Von, 2009). Sin duda, esto fue una de las primeras manifestaciones de lo religioso y de la probable creencia en la existencia de un mundo invisible (Lenoir, 2012).

Posterior a esto, fueron las civilizaciones del Medio Oriente del Mediterráneo quienes postularon la supervivencia eterna del alma, pensaban en un lugar temible y oscuro donde habitaban los buenos y los malos, ya que esta creencia excluía la idea de la justicia divina. Por otra parte, el judaísmo se interesa más tardíamente por la vida después de la muerte, surge la creencia en el *Sheol*¹ que es una especie de inmensa tumba situada en las profundidades de la tierra a donde van los muertos pero sin sufrir allí suplicios. Con el advenimiento del cristianismo surgen los términos de juicio final y resurrección, y luego de esto, las del paraíso, purgatorio e infierno, los cuales son lugares a donde va el alma en función de las acciones, buenas o malas, que se hayan llevado a cabo en la vida (ibíd.).

Otra cosmovisión es la que presentan las civilizaciones de Mesoamérica las cuales creían que los muertos iban a diferentes lugares de destino, ya fuera el Mictlán (destinado a los fallecidos de muerte sin gloria), el Tlalocan (lugar destinado para los que morían ahogados o por alguna enfermedad relacionada con el agua), el Tonatíuh Ilhuícatl (donde iban los muertos por guerra o mujeres fallecidas al dar a luz) o el Chichihualcuauhco (donde iban los niños lactantes que morían). Así mismo, creían que los dioses premiaban los actos buenos o malos y que les proporcionaban felicidad o sufrimiento según el

¹ *Sheol*: es una palabra hebrea que, según el judaísmo, hace referencia a la morada o lugar de los muertos en pecado. También puede aludir a la sepultura individual de los cuerpos de los muertos. La Biblia de Jerusalén (1975), cita este lugar en diversos pasajes (1 Samuel 2, 6; Job 17, 13-16; Salmos 16, 10; Proverbios 5, 5). Según las diferentes traducciones bíblicas se suelen también usar los términos de seol, hades, gehena, abismo, fosa, sepulcro, tumba o infierno.

cumplimiento moral del individuo. Con la aparición de la hibridación y el mestizaje cultural, el culto a los muertos cobra una especial importancia para la cultura mexicana (Martínez, 2012).

Por otra parte, Ducasse (1961) argumenta que la creencia en la vida después de la muerte no es en sí misma una creencia religiosa. Explica que la suposición de la existencia inmaterial de un mundo donde habitan las conciencias humanas desencarnadas, es independiente de la suposición a la existencia de un Dios o de otras deidades. Ahora bien, a lo largo de la historia, esta creencia encontró una estrecha relación con las ideas religiosas, quedando así constituida de la forma en que se conoce actualmente.

Von (2009) propone que las religiones se orientan a tomar como fundamento existencial la evitación de la muerte para construir sobre ella, y más allá de ella, un destino que convierta la oscuridad y lo incierto de la muerte en algo luminoso. La religión, entonces, “brinda a la persona humana la capacidad de comprensión del universo, y (le da) seguridad en su vivir. Es por ello, que la religión afecta hondamente las emociones de las personas, las conforma y las orienta; en una palabra, les da la capacidad de ser mucho más profundas en sus concepciones” (p. 6).

Cada una de las perspectivas y cosmovisiones ponen de manifiesto porqué el culto a los muertos tiene un papel importante en la mayoría de las religiones de la humanidad (Antaki, 2015) y en los diferentes contextos sociales; esto lleva considerar cada una de estas posturas en torno a la muerte y la vida después de la muerte desde una perspectiva científica y religiosa.

2.2 Perspectivas sobre la muerte y la vida después de la muerte

Los argumentos sobre la muerte y la posibilidad de la inmortalidad del alma involucran posturas filosóficas, metafísicas, psicológicas, religiosas y científicas, sin embargo, estas justificaciones nunca llegan a convencer plenamente ya que la muerte se presenta a todos como el final de la existencia tal y como se conoce, ya sea por la extinción o, al menos, por el pasaje a lo desconocido (Díaz, 2012).

Sheldrake y Fox (1999) sugieren que el concepto de muerte es un punto de partida en cualquier reflexión que se haga sobre la naturaleza de la vida; menciona que, cuando una persona muere, la cantidad de materia existente en el cadáver es la misma que en el cuerpo vivo (su forma corporal y sus elementos químicos), al menos en los momentos inmediatos de la muerte. Sin embargo, hay algo que cambia, la conclusión que salta a esto es que hay algo que abandonó el cuerpo, este algo es lo que se llama alma y cuya naturaleza es esencialmente inmaterial, ya que no genera ningún cambio de peso en el cuerpo muerto. Esta concepción se encuentra presente en los individuos de diferentes culturas debido a que el alma se relaciona con el aliento, la respiración, el aliento de aire que proporciona la vida.

La visión sobre la vida después de la muerte se fundamenta en una postura de sublevación que toma el hombre ante la muerte y por la cual trata de afirmar su existencia con una vida más allá de la real. De esta postura surge la percepción de la muerte como algo violento, angustiante, una desesperanza, y así, la imaginación de prolongar el ser más allá de la vida corporal. Como consecuencia del proceso anterior, aparece la idea dualista que se encuentra presente en los creyentes sobre la existencia del alma más allá de la muerte; esta representación dualista es la base de la mayoría de las religiones, la muerte es la separación entre un alma inmortal y un cuerpo muerto que le ha servido como morada (Málishév, 2003).

Por esta razón, resulta pertinente ahondar en las diferentes posturas que esbozan su concepción sobre lo que es la vida y la muerte, dado que cada una responde a las peculiaridades de sus contextos, a saber, la visión de la ciencia y la de la religión, las cuales se describen en el apartado siguiente.

2.2.1 Visión científica sobre la muerte

La increencia en la vida después de la muerte ha aumentado y destaca en países occidentales en comparación con épocas anteriores. Esto se explica en función de los cambios contextuales, económicos y políticos sobre la visión que se tiene del mundo, así

como por el auge de la investigación científica que ahora es desarrollada con un espíritu crítico y que demanda pruebas empíricas de lo que afirma. En consecuencia, se ha dado un pronunciado impulso de la visión materialista de la naturaleza humana restándole importancia a las enseñanzas de la religión (Ducasse, 1961).

Las consideraciones teóricas que afirman que es imposible la vida después de la muerte se fundamentan en los siguientes presupuestos (Ducasse, 1961):

- Los llamados estados de conciencia son simplemente los propios acontecimientos físicos que tienen lugar en los tejidos neuroquímicos del cerebro.
- Los procesos cerebrales y mentales son estrictamente estados causados por eventos físicos.
- Se aplica el principio de la conservación de la energía, luego entonces, hablar de sucesos inmatrimales significaría que alguna cantidad adicional de energía aparece de repente en el mundo físico de la nada. En este sentido, los procesos mentales son en sí mismos los procesos moleculares de las células nerviosas del cerebro y, por lo tanto, la cesación de estos procesos implica el cese de la conciencia.
- Se aplica el principio metodológico de la parsimonia. En este sentido, toda explicación dualista es totalmente innecesaria.
- Suponer la persistencia de la conciencia es también esperar la persistencia del carácter del individuo, los conocimientos adquiridos, sus habilidades culturales y sus intereses, hábitos, recuerdos, así como el conocimiento de su identidad personal. Por lo tanto, es imposible pensar en la vida sin un cuerpo y un ambiente sobre el cual actuar y recibir las impresiones que permiten el actuar mismo.

Estos argumentos constituyen los elementos principales sobre los cuales se basa la afirmación de que es imposible la conciencia y la vida del individuo después de la muerte de su cuerpo.

Desde la perspectiva científica se concibe la muerte como el término y el límite de la vida humana, en donde la función orgánica es incapaz de sostener la homeostasis del organismo, sobreviniendo el daño definitivo y el cese de todas las funciones vitales (García-Rillo, García-Pérez y Duarte, 2012).

2.2.1.2 Perspectiva biologicista

Desde las disciplinas como la medicina y la patología se han estudiado cómo ocurren las fases en que se manifiestan los mecanismos y cambios celulares que conducen a la enfermedad y terminan en la muerte, sin embargo, el fenómeno de la muerte se desconoce; la muerte se entiende en el sentido de que la vida acaba dando como resultado un organismo muerto (Anaya y Padilla, 2010). Por ello, definir la muerte desde la perspectiva biologicista ha sido difícil.

Según el Diccionario de la Real Academia Española (Real Academia Española, 2017) el término muerte se refiere a la cesación o término de la vida, mientras que en el pensamiento tradicional y coloquial se define como la separación del cuerpo y el alma.

Por su parte, Jaramillo-Magaña (1993, p. 81) expone:

La muerte es un proceso que generalmente comienza con la disminución del aporte de oxígeno hacia el cerebro y que continúa con la muerte neuronal y posteriormente la muerte somática, es decir el cese total e irreversible de todos los órganos y sistemas del organismo, que son consecuencia de daño en la membrana celular y que facilitan la necrosis y la putrefacción.

Desde una aproximación jurídica, el Derecho presenta una definición de lo que es la muerte o pérdida de la vida a partir de lo que le dictan otras disciplinas. El artículo 343 de la Ley General de Salud (Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos, 2017) declara que la pérdida de la vida ocurre cuando se presenta la muerte encefálica o el paro cardíaco irreversible.

La muerte encefálica se determina por los siguientes signos (ibíd., p. 136-137):

- I. Ausencia completa y permanente de conciencia.
- II. Ausencia permanente de respiración espontánea.
- III. Ausencia de los reflejos del tallo cerebral, manifestado por arreflexia pupilar, ausencia de movimientos oculares en pruebas vestibulares y ausencia de respuesta a estímulos nociceptivos.

Para Gert (1995, como se citó en Ortúzar, 1996) el criterio de muerte es biológico, ya que se basa en la muerte encefálica de donde viene la pérdida de las funciones integradas del organismo como un todo. Por lo tanto, al ser la muerte un fenómeno biológico, se encuentra presente en todos los miembros de todas las especies, es decir, todos los organismos vivos mueren y esta es permanente.

García-Rillo, García-Pérez y Duarte (2012, p. 600) exponen que la ciencia ha demostrado que una vez ocurrida la muerte el cuerpo, este se reincorpora a los ciclos biológicos de la materia, ya que:

las leyes de la naturaleza de todas las especies, nos indican el nacer, crecer, reproducirse y morir, transformación de la materia a su estado último, confirmado en la *postura heideggeriana del ser para la muerte. Nacemos para morir, vivimos para morir; ese es nuestro destino.*

Por consiguiente, la muerte al ser considerada como una parte del ciclo de la vida es definida como el acto de finalizar la vida al detenerse todas las funciones vitales. Es la última de las funciones propias de los seres vivos (Pastor, Escobar, Mayoral y Ruiz, 2014), por lo tanto, si una especie muere, ya no puede ser considerada como un organismo vivo en cuanto a que ya no tiene vida.

De ahí que debe entenderse que la muerte es un proceso irreversible. Los seres vivos pueden morir y no puede decirse que ocurra lo contrario, es decir, un organismo que ha muerto no puede volver a vivir debido a que la vida es un ciclo que termina con la muerte (Anaya y Padilla, 2010).

En orden a las ideas anteriores, la ciencia se ha cuestionado hasta cuántos años puede vivir un ser humano, a qué se deben las diferencias entre las personas sobre su longevidad, así como cuestiones que respectan a los “secretos” sobre el hecho de poder alargar la vida humana y, en caso de haberlos, cómo aprovecharlos. Estas interrogantes han quedado comprendidas dentro de muchos campos de estudio de diversas disciplinas científicas como lo son la medicina, la biología, la ingeniería y la genética (Kurtzman y Gordon, 1978), haciendo así que el ser humano use la ciencia y la tecnología para prologar los límites

actuales de la existencia de los seres vivos más allá de la duración que tendría la vida en un estado natural (Cereijido, 2012; Pérez, 2012).

A propósito de esto, algunos plantean que la conquista científica de la muerte es uno de los principales objetivos del progreso científico. En la actualidad, en Estados Unidos muchas empresas ofrecen sistemas de refrigeración muy avanzados con el propósito de congelar los cuerpos y que, en algún momento, la ciencia logre superar la muerte y resucitarlos (Sheldrake, 2013). Referente a esto, Kluber-Ross (2015, p. 31-32) afirma:

Una mirada al futuro nos muestra una sociedad en la que cada vez se “mantendrá la vida” a más y más gente, con máquinas que sustituirán a órganos vitales y con computadoras que comprobarán de vez en cuando el funcionamiento fisiológico de la persona para ver si hay que reemplazar algo (...). Puede que se hagan cada vez más populares los centros donde los muertos son congelados rápidamente y colocados en un edificio especial, mantenido a baja temperatura, en espera del día en que la ciencia y la tecnología hayan avanzado lo suficiente para descongelarlos, volverlos a la vida y a la sociedad.

Estos métodos son desarrollados por la criobiología, la cual es una rama de estudio de la biología y que se define como (Herráez, 2009, p. 478):

la ciencia que trata de conseguir la conservación de la vida a bajas temperaturas. La criobiología presenta la posibilidad de suspender la actividad celular por un tiempo indefinido y lograr una posterior “reanimación”, se muestra como una útil e importante herramienta para la ciencia en general y para la biología (...). Se basa en el hecho de que al reducir la temperatura se frena o ralentizan los procesos biológicos (...) (por) un plazo de cientos o miles de años.

Kurtzman y Gordon (1978) comentan que no es descabellado esperar a que sea posible que la ciencia llegue a perfeccionar estos métodos de congelación, de manera que se pueda conservar la vida en estado de latencia hasta que llegue a convertirse en una realidad el rejuvenecimiento del organismo humano, o incluso, el revivir a los muertos.

Algunos otros científicos (Willis, 2009) afirman que dentro de un par de décadas se podrá detener o revertir el proceso del envejecimiento y que los seres humanos podrán ser inmortales gracias a las nanotecnologías que permitirán la sustitución de órganos y tejidos vitales que funcionarán mil veces con mayor eficacia que los órganos mismos. De acuerdo con esto, existen postulados nuevos y diversas teorías sobre el control y la modificación genética, las causas del envejecimiento y la transformación celular, las cuales apuestan a que se podrá prevenir y hasta hacer reversibles estos procesos que aventajan a la humanidad (Kurtzman y Gordon, 1978).

El científico Ray Kurzweil (Hamilton, 2005) afirma que en un futuro no muy lejano, la ciencia tendrá la capacidad de ampliar la vida humana indefinidamente, e incluso prever las cuestiones del envejecimiento y la muerte misma. Agrega que para ello la ciencia utilizará los llamados “tres puentes” para la extensión de la vida:

1. El aprovechamiento máximo de los conocimientos actuales de biología con el fin de reducir el envejecimiento y los procesos de la enfermedad.
2. La Revolución Biotecnológica que proporcionará las herramientas para reprogramar la biología de los organismos y la información bioquímica de los procesos.
3. La Revolución de la Nanotecnología permitirá la reconstrucción de los cuerpos y cerebros a nivel molecular.

En un primer momento, uno de los más ambiciosos intentos de los biólogos es el describir las causas de problemas como el envejecimiento. La medicalización de la senectud y de algunas deficiencias cognitivas amplía el territorio de la medicina y, aunque no se ha encontrado propiamente un tratamiento para la vejez, el estudio de la descomposición del proceso de envejecimiento celular en parámetros metabólicos puede arrojar luz para tratamientos enfocados a proteger a las células de los daños del tiempo. Si se logran identificar los “rasgos del envejecimiento”, entonces será posible que sea considerado como una enfermedad evitable (McGee, 2003) logrando así la prolongación de la vida.

Así mismo, Klarsfeld y Revah (2002) reportan investigaciones que se han realizado sobre la sobreexpresión y la modificación de genes en levaduras, encontrándose que de

esta forma se incrementa la longevidad de estas hasta tres veces más. La pregunta es si esto se puede también aplicar a organismos multicelulares más complejos. Para ello, las investigaciones apuntan a la identificación de genes de longevidad y a sus funciones celulares, para así dar respuesta a estas preguntas.

Otra de las innovaciones médicas y que han despertado las expectativas de la ciencia es la investigación con células madre embrionarias, las cuales pueden utilizarse en cualquier tipo de célula y para reemplazar los tejidos que ya no funcionan. Si los científicos encontraran los elementos clave del desarrollo para predecirlo, entonces se podrían reconstruir los órganos dañados y surgiría la ingeniería de los tejidos para poder así acabar con la enfermedad y prolongar la vida (Klotzko, 2006).

De igual modo, si la genética llegara ser capaz de restituir las células somáticas para multiplicar y restaurar los órganos perdidos o lesionados, se podría llegar a neutralizar la muerte en su propio origen. De esta forma, Morin (1974) plantea que el hombre podrá llegar a ser “amortal”, y tendrá también el poder total sobre todas sus determinaciones específicas (sexualidad, morfología, cognición, moralidad, etc).

2.2.1.3 Perspectiva materialista

Los filósofos materialistas basan sus argumentos en los hechos descubiertos por la ciencia. Afirman que la vida es material al igual que todo lo que constituye el mundo y que no se requiere para su comprensión la aceptación de un origen divino o espiritual que no sea posible verificar mediante la investigación experimental. En este sentido, la materia, como realidad objetiva que se observa y que se puede estudiar experimentalmente, es en sí misma inanimada e inerte, no obstante, constituye la sustancia de la vida misma (Oparín, 1964, como se citó en Bedau y Cleland, 2016).

Haciendo alusión a los conceptos de vida y muerte, se tiene que la vida tiene un aspecto de fenómeno aleatorio y altamente improbable. La vida es entonces el producto de la compleja combinación de elementos inertes, a saber, sustancias como los aminoácidos, grasas, proteínas enzimas, carbohidratos, etc., es decir, sustancias de donde se obtiene la

vida (González, 2012). Langton (1996) concuerda con esto ya que define la vida como el resultado de la organización de la materia.

Gánti (2003, como se citó en Bedau y Cleland, 2016) establece desde esta misma perspectiva los conceptos de vida y muerte de la forma siguiente:

- La vida es una función de los sistemas materiales que se organizan de una manera particular. Así, la vida no es la propiedad de un tipo esencial de materia (...), es decir, de un compuesto químico, sino que es la propiedad de sistemas específicamente organizados.
- La muerte es un cambio irreversible que hace que el sistema sea irreversiblemente capaz de funcionar (p. 215).

Muchos científicos de esta postura coinciden con la idea de que la muerte definitiva sucede cuando la conciencia se ha apagado sin remedio, el cadáver se descompone y se disipa, esto es que el cuerpo sencillamente es reabsorbido por la biosfera (Díaz, 2012).

A propósito, es importante hacer mención de las dos posturas o teorías que explican las llamadas experiencias cercanas a la muerte (ECM) en cuanto a la conciencia y la función cerebral (Díaz, 2012; Doore, 2012):

- Postura materialista: afirma que la conciencia no puede separarse o desecharse de la función cerebral, esto significa que la conciencia es un mero subproducto del cerebro y, por lo tanto, no puede existir ni perdurar nada más allá de la extinción del cuerpo. Es así como las ECM son solo un estado estático y alucinatorio producido durante el trance agónico por cambios intensos producidos en la química y fisiología de las células y las áreas nerviosas involucradas en el proceso consciente.
- Postura dualista: afirma que la conciencia está ligada a la función cerebral, es decir, se considera la existencia del alma como una faceta espiritual de la persona, la cual es distinta e independiente del cuerpo y que sobrevive a la muerte del aspecto físico del ser. Por lo tanto, las ECM constituyen una evidencia empírica del proceso y del momento en que la conciencia se separa o se independiza de la función cerebral para así acceder al mundo espiritual o ultraterreno.

Con esto, puede decirse que las explicaciones cuya postura es dualista se refieren al plano de la religión, mientras que la postura materialista apuesta por la explicación científica.

Por tanto, la posición fundamental del materialismo es que la materia es la única realidad. La conciencia no es más que actividad cerebral (Sheldrake, 2013), de ahí que cuando el organismo muere ya no existe como entidad humana, puesto que no tiene conciencia ni inconciencia; podría pasar el caso que algunos órganos del cuerpo continúen funcionando con soportes funcionales, no obstante, el organismo biológico como entidad mente-cuerpo está muerto (Gómez, 2006, como se citó en Piélagos, 2014). De esta forma es que los neurólogos afirman que es imposible la vida psíquica en ausencia de actividad cerebral (Díaz, 2012).

2.2.2 Visión moral-religiosa sobre la vida después de la muerte

Existe una premisa común en las religiones: la vida ultraterrena o vida después de la muerte consiste en la continuación después de la muerte de la conciencia de uno mismo concebida como una autoconciencia trascendental, es decir, algo así como un “yo” en estado puro (Díaz, 2012). Debido a esto es que casi todos los credos enseñan, de una o de otra forma, que toda persona posee un “alma” o “espíritu” el cual no perece al momento de la muerte, sino que sigue viviendo en otro mundo (Ducasse, 1961; Málishev, 2003).

En efecto, la religión ha querido sistematizar su visión sobre la vida después de la muerte y las cosas que sucederán al final de los tiempos mediante la escatología. La escatología es una rama de la teología que se interesa por el estudio de la existencia después de la muerte. Regularmente la vida después de la muerte se ha asociado a un sistema de retribución, según el cual quien obra bien en vida es premiado, mientras que quien obra mal es castigado; estos planteamientos encuentran su base en una propuesta moral de las religiones salvacionistas (Tamayo, 2017).

Todas las religiones se han enfrentado al problema de la moral, cada uno de los pueblos tiene diferentes perspectivas en cuanto a lo más o lo menos de la gravedad moral de ciertos

actos, pero en todos existe la conciencia de que hay actos malos y actos buenos. De esta forma, el sistema de justicia de los pueblos no acepta que las personas llamadas malvadas se mantengan impunes, por ello, después de la muerte deben ser sometidas a un castigo por sus malos actos. De allí, que prácticamente todos los sistemas de credos religiosos establezcan un castigo o una recompensa después de la muerte (Von, 2009).

El principal y más difundido de todos los credos en torno a lo moral es el que establece la religión judeocristiana, ya que afirma que la muerte está relacionada con las acciones morales de los seres humanos a través de las cuales se podrá ganar la salvación del alma, para ello, se tendrán que realizar buenas acciones y se buscará el perdón de los pecados mediante los rezos y oraciones. Así mismo, la muerte es concebida como un designo de Dios en el que ocurre el desprendimiento de la propia vida hacia un nuevo lugar de recompensa o castigo (Piélagó, 2014).

2.2.2.1 El cristianismo

En el pensamiento occidental cristiano pueden destacar algunas de las siguientes características relacionadas con el hecho de la vida y la muerte (López, 2012):

- Existe una voluntad divina que ordena el sentido cósmico, dirigiéndolo a la perfección.
- El hombre es un ser compuesto por una parte perecedera, propia del mundo, y una parte eterna, propia del otro mundo.
- La humanidad se encuentra inmersa en una historia condicionada por la imperfección de este mundo y por la perfección del otro.
- La existencia del hombre está dividida en dos partes: el breve antecedente de la imperfección y la vida eterna.
- El sentido de la vida en este mundo se encuentra determinada por la vida en el otro mundo.
- La vida eterna del hombre queda condicionada por la brevedad de su vida mundana.

La muerte es una de las interrogantes más profundas del hombre y el máximo enigma de la vida humana, su máximo temor es el de la desaparición definitiva. Ante este deseo es que la Iglesia afirma que el hombre ha sido creado por Dios para tener un destino final más allá de las fronteras de la vida terrestre (Pablo VI, 1965, No. 10 y 18).

Una de las aproximaciones al hecho de la muerte es la que proporciona Santo Tomás de Aquino (Pieper, 1970, como se citó en Mateo-Seco, 1974) quien la define de dos formas, 1) como la pérdida de la vida y la privación de las funciones vitales y, 2) como la separación del alma del cuerpo, es decir, el principio vital abandona en el momento de la muerte el cuerpo que hasta entonces había vivificado. Por lo tanto, la muerte debe ser entendida como el final de la vida terrena (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, No. 1007).

Tomás de Aquino (Antaki, 2015) agrega que el alma sobrevive a la muerte, pero de forma separada a la materia, esto es, fuera de su cuerpo. De esta forma, el alma no puede sentir, ni querer, ni pensar ya que es impotente al no estar unida a la carne; la unificación de esta alma con su cuerpo es lo que se conoce como resurrección.

El Catecismo de la Iglesia Católica (2008) en el No. 365 afirma que, gracias al alma, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente, y en el No. 366 añade que el alma es inmortal, es decir, no perece en el momento de la muerte cuando ésta se separa del cuerpo, y que en el momento de la resurrección final se volverá a unir al cuerpo. El alma puede ser considerada como la “causa y principio del cuerpo viviente” (Aristóteles, 2010, como se citó en Bedau y Cleland, 2016, p. 49).

Desde esta perspectiva conocida como idealismo, el alma es la que crea al ser vivo, le da forma, le da la capacidad de respirar y de moverse, en términos generales, el alma da vida al organismo, de ahí que cuando el alma abandona al organismo viene la muerte, quedando solamente el envoltorio material sin vida, es decir, un cadáver que se descompone y pudre (Oparin, 1964, como se citó en Bedau y Cleland, 2016).

En la Biblia, diversos son los pasajes en donde se hace referencia a la vida eterna, el paraíso, la resurrección, la inmortalidad del alma y el regreso de ésta a Dios (Biblia de Jerusalén, 1975; Biblia Latinoamericana, 2004):

- (...) Dios creó al hombre (...) para que fuera inmortal (Sabiduría 2, 23).
- Los justos, en cambio, viven eternamente; en el Señor está su recompensa (...) (Sabiduría 5, 15).
- El polvo (el cuerpo) vuelve a la tierra de donde vino, el espíritu sube a Dios que lo dio (Eclesiastés 12, 7).
- No se pueden equiparar esas ligeras pruebas (...) con el valor formidable de la gloria eterna que se nos está preparando (2 Corintios 4, 17).
- (...) Dios mismo llevará consigo a quienes murieron en Jesús (1 Tesalonicenses 4, 16)
- (...) «Esta es la morada de Dios (...). Y enjugará toda lagrima de sus ojos, y no habrá muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Apocalipsis 21, 3-4).

El personaje bíblico de Jesús de Nazaret también hizo mención a esto (Biblia de Jerusalén, 1975):

- Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mateo 19, 17).
- (...) los justos (irán) a una vida eterna (Mateo 25, 46).
- (...) el que cree tiene vida eterna (Juan 6, 47).
- El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día (Juan 6, 54).
- Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás (Juan 10, 28).
- Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles (...) (Lucas 16, 22).
- Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.» (Lucas 23, 43).

Ante el hecho de la muerte, el Catecismo de la Iglesia Católica (2008) en el No. 1020 establece que todo cristiano debe ver en su propia muerte una ida hacia Jesús y su entrada a la vida eterna, solo después de la muerte es cuando el alma parte para estar con el Señor (Micklem, 1953). Martín (1997) invita a los creyentes a ver la muerte no como el final de la vida misma, sino como el inicio de la vida eterna donde el alma es inmortal y experimenta solo tranquilidad y alegría.

Las últimas palabras que pronuncia la Iglesia al moribundo mediante el sacramento de la unción de los enfermos le hablan acerca de la seguridad del perdón de sus pecados, de su ida hacia Dios y de su encuentro con los ángeles y santos. Dichas palabras son pronunciadas de la siguiente forma (Rito de la Unción de Enfermos y de su cuidado pastoral, 1972, como se citó en Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, p. 146-147):

Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con Santa María Virgen, Madre de Dios, con san José y todos los ángeles y santos (...) Te entrego a Dios, y, como criatura suya, te pongo en sus manos, pues es tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos (...) Que puedas contemplar cara a cara a tu Redentor.

En este sentido, se observa que para la perspectiva cristiana la muerte tiene un sentido positivo. La liturgia misma de la Iglesia lo declara en las siguientes palabras (Vigil, Romero y Moya, 2006, p. 11):

En (Cristo) (...) resplandece la esperanza de nuestra feliz resurrección; y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de nuestra inmortalidad. Pues, para quienes creemos en ti, Señor, la vida se transforma, no se acaba; y disuelta nuestra morada terrenal, se nos prepara una mansión eterna en el cielo.

Por su parte, Santa Teresa de Jesús (1919, como se citó en Buela, 2006) declara su deseo de querer ver a Dios “Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir” (p. 159).

Siguiendo esta línea, la Iglesia afirma que cada persona después de morir recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular como consecuencia de sus obras y de su fe, este juicio llevará su alma a un lugar o destino final el cual puede ser de condena eterna inmediata (infierno), de purificación (purgatorio) o de su entrada en la bienaventuranza del cielo (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, No. 1021 y 1022).

En la Biblia de Jerusalén (1975), Jesucristo afirma que “(...) el Hijo del Hombre (...) pagará a cada uno según su conducta” (Mateo, 16, 27), “E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna” (Mateo 25, 46); así mismo, el apóstol Pablo afirma que “(...) cada uno de vosotros dará cuenta de sí mismo a Dios” (Romanos 14, 12), “el salario del pecado es muerte; el don gratuito de Dios, la vida eterna en Cristo Jesús (...) (Romanos 3, 23).

Lo mismo confiesa San Atanasiano (s/f, como se citó en Echeverría, 2014, 38-39) en su Símbolo *Quicumque*, el cual es una profesión de fe muy antigua:

Todos los hombres resucitarán con sus cuerpos, y cada uno rendirá cuentas de sus propios hechos. Y los que hicieron el bien gozarán de vida eterna, pero los que hicieron el mal irán al fuego eterno.

De esta forma, la muerte es también vista como el “salario del pecado” en cuanto a que priva al hombre de la gloria de Dios (Biblia de Jerusalén, 1975, Romanos 6, 23; 3, 23).

Desde la teología de la Iglesia Católica, las afirmaciones de la vida después de la muerte se encuentran concentradas en la idea del infierno, el purgatorio y el cielo, cada uno de esos lugares están perfectamente estructurados de forma precisa y purista. La Biblia no presenta en su lenguaje literal estos lugares, sin embargo, en la mayor obra literaria con la que termina la Edad Media “la Edad de la Fe”, es *La Divina Comedia* de Dante Alighieri quien, desde una concepción cristiana, cuenta una historia en donde el personaje principal describe de forma muy precisa estos sitios (Von, 2009; Alighieri, 2015).

2.2.2.1.1 El infierno

Casi en todas las religiones, filosofías y literaturas aparece la idea del infierno. El infierno cumple una función de miedo sobre la idea de la condena por las malas acciones cometidas; los escritos judíos de la época de Cristo presentan el infierno como un lugar de castigo y de sufrimiento donde las penas sufridas debían alcanzar los cinco sentidos y corresponder a la naturaleza de los pecados (Antaki, 2015).

Desde la perspectiva cristiana, el infierno es definido como un estado de autoexclusión definitivo de la comunión con Dios y con los bienaventurados, esto significa que la persona muere en pecado mortal sin estar arrepentido y sin acoger la misericordia de Dios, por lo cual, inmediatamente tras la muerte desciende a los infiernos y allí sufre la pena del fuego eterno y la separación eterna de Dios de quien únicamente puede obtener la vida y la felicidad (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, No. 1033 y 1035).

En la Constitución Dogmática *Benedictus Deus*, el Papa Benedicto XII (1336) establece que las almas de todos aquellos que mueren en pecado mortal inmediatamente bajarán al infierno y serán atormentados con penas infernales.

Las afirmaciones anteriores se basan en varios pasajes prescritos por la Biblia (Biblia de Jerusalén, 1975) en donde Jesús habla sobre el “gehena de fuego” (Mateo 5, 22, 29), horno de fuego (Mateo 13, 42) o lugar del fuego que nunca se paga (Mateo 3, 12; Marco 9, 43-48) donde habita el Diablo y sus ángeles (Mateo 25, 41).

Aunque la Biblia no describe cómo es el infierno, existe la idea de que es un lugar dividido en siete estratos cada vez más temible a medida que se va hundiendo bajo la tierra, en donde los peores hombres ni siquiera tienen derecho al séptimo estrato, se cree también que es un lugar dotado de fuego purificador que quema sin consumir y que se encuentra habitado por demonios especializados quienes están encargados de sancionar a cada cual según un vicio específico. Sin embargo, el mayor de los suplicios es el cruel sufrimiento de la lejanía de Dios, es decir, la privación del Bien supremo (Lenoir, 2012).

2.2.2.1.2 El purgatorio

La Iglesia llama purgatorio a la purificación que sufren aquellos que murieron en gracia y en amistad con Dios, pero imperfectamente purificados. Esta purificación es completamente distinta a la de los condenados al infierno y tiene como fin obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, No. 1030-1031). La Iglesia también ha enseñado que el purgatorio es un lugar intermedio entre el cielo y el infierno, donde las almas de los difuntos, conocidas como ánimas, purgan

los pecados que cometieron mientras eran personas humanas. Otra forma más moderna de denominar la creencia en el purgatorio es la que asevera que es un estado en el cual el alma continúa penando (Matarín, 1997).

Parte de la enseñanza de la Iglesia se basa en la práctica de la oración por los difuntos, rito que es mencionado ya en el Antiguo Testamento (Biblia de Jerusalén, 1975) “Por eso mandó hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado” (2 Macabeos 12, 46) y que se mantuvo aún después de la época de Cristo y a lo largo de la historia de la Iglesia quien recomendó arduamente las oraciones, plegarias, mandar hacer misas, indulgencias, las obras, y las limosnas en favor de los difuntos. El Concilio de Florencia definió la existencia del purgatorio; aunque no dijo en qué lugar se encontraba ni de qué forma era, sí afirmó que es un estado en el que los muertos son “purgados” mediante una purificación que tiene el carácter de castigo y en el que los vivos pueden ayudar con sufragios a los difuntos para que alcancen pronto el cielo (Peña, 2010).

La Biblia (Biblia de Jerusalén, 1975) hace referencia al purgatorio mencionando que se trata de un lugar de fuego purificador donde la fe será probada (1 Corintios 3, 15; 1 Pedro 1, 7). Juan Pablo II (1999, No. 5) apoya estas ideas al declarar que esta purificación debe ser completa para que así se elimine todo vestigio de apego al mal y se corrija toda la imperfección del alma, ya que el encuentro con Dios requiere de una pureza absoluta.

A pesar de que la noción del purgatorio carece de sustento bíblico y debido a que apareció tardíamente en la historia de la Iglesia (hacia la Edad Media) esta se reforzó con los Concilios, los escritos de teología dogmática de los santos padres como San Agustín, la predicación, así como en los procesos de evangelización. Por ejemplo, el proceso de evangelización de las colonias españolas incluyó el purgatorio como una verdad que tenía que ser creída, la Iglesia entonces lo plasmó en su iconografía (pinturas, retablos, catecismos) utilizando los elementos propios del infierno, las llamas, el sufrimiento y la desnudez (Tamayo, 2017).

Matarín (1997) establece que son dos las principales penas que sufren las almas que van al purgatorio, una de daño y otra de sentido. La primera hace referencia a que el alma

es privada del goce de la visión de Dios lo que la lleva a una gran tristeza, mientras que la segunda alude a un agente extraño que actúa sobre el alma condenada, este agente ha sido casi siempre considerado como el fuego.

En el infierno y el purgatorio, las almas sufren también psicológicamente por sus recuerdos, por su miedo continuo hacia aquello que les atemorizaba en vida y por su propio arrepentimiento (Hijas de María Auxiliadora, Salesianas de San Juan Bosco, 1963, como se citó en Tamayo, 2017).

2.2.2.1.3 El cielo

El Papa Benedicto XII (1336) en la Constitución dogmática *Benedictus Deus* en la que habla sobre la visión beatífica en el cielo y el juicio universal, define que todas aquellas almas de los fieles que no tengan nada que purgar o las de aquellos que tengan algo que purgar al momento de morir y una vez que estén purificados después de la muerte, podrán estar en el reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, siendo admitidos en la compañía de los ángeles donde tendrán la capacidad de contemplar la divina esencia de Dios y, de esta forma, gozarán de esa misma esencia divina hasta la eternidad.

El cielo, es definido como un estado de comunión de vida perfecta y de amor con Dios, la virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados santos, es considerado como el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, un estado supremo y definitivo de felicidad. Igualmente, afirma que el cielo es un seguir viviendo, este vivir es un “vivir con Cristo y vivir en Él” que se traduce en una glorificación celestial de aquellos que creyeron en él y que cumplieron su voluntad (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, No. 1024-1026).

Esta glorificación celestial es lo que la Iglesia llama “visión beatífica” y que consiste en el arrebató de las almas al paraíso, único lugar donde se puede ver a Dios, la trascendencia de la contemplación y el encuentro real con él. Mediante este don, que solamente puede ser otorgado por Dios vía su gracia, radica la felicidad del hombre y su salvación ya que éste accede al gozo intenso de su unión con Él, es decir, una unión de espíritus (Basualto, 2012).

En otras palabras, la Iglesia enseña que lo que el hombre experimentará después de la muerte es un gozo por su encuentro y su unión definitiva con Dios en el que el individuo alcanzará su fin último y por el cual Dios mismo le creó: el que le haya servido en la Tierra con una vida según la virtud y que una vez muerto le goce en el cielo con una eterna felicidad (Rosignoli, 1843). Dios mismo le permite al hombre ser partícipe de su gloria, lo que en palabras de San Juan es “(...) seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (Biblia de Jerusalén, 1975, 1 Juan 3, 2).

La visión beatífica se encuentra condicionada por la forma en que las personas vivan la gracia en su alma durante su vida terrena, solo a través de la gracia es como se podrá llegar al conocimiento de Dios y de todas sus criaturas, se podrá contemplar un nuevo mundo de claridad y de la belleza de todo bien. Esto mismo es lo que enseña la teología al afirmar que el alma puede llegar a ser levantada a una perfección extraordinaria y sobrenatural muy superior a la de sus propias fuerzas naturales (Cusa, 1994).

2.2.2.1.4 La resurrección

En las oraciones del Credo de los Apóstoles y en el Credo Niceno-constantinopolitano, las cuales son la profesión de fe utilizadas por la Iglesia Católica, se hace referencia a la creencia en la resurrección de los muertos (o resurrección de la carne) al final de los tiempos y en la vida eterna (o vida del mundo futuro). Frente a estas afirmaciones, la Iglesia enseña que, así como Cristo resucitó de entre los muertos y vive para siempre, también los justos después de su muerte vivirán con Cristo resucitado y él también los resucitará en el último día. El término “carne” hace alusión a la condición de debilidad y mortalidad del hombre, condición que será transformada después de la muerte en cuanto a que no solo el alma será inmortal, sino que también los “cuerpos mortales” volverán a tener vida (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, No. 989-990).

Pero ¿cómo ocurrirá la resurrección? Ya se ha mencionado que se entiende a la muerte como la separación del alma del cuerpo, en este sentido, el cuerpo del hombre va a la corrupción mientras que el alma regresa y va a Dios en la espera de reunirse con su cuerpo

glorificado; la resurrección, entonces, dará a los cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a sus almas (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008, No. 997). La Biblia (Biblia de Jerusalén, 1975) apunta que en la resurrección “se transfigurará este (...) cuerpo (...) en un cuerpo glorioso (...)” (Filipenses 3, 21) y espiritual (1 Corintios 15, 44). Esta resurrección tendrá lugar en el último día o final del mundo (Juan 6, 39-40, 44, 54; 11, 24), lo que se conoce como la Parusía de Cristo o segunda venida del Señor (1 Tesalonicenses 4, 15-16) donde las personas aparecerán gloriosas como él (Colosenses 3, 4).

De esta forma, la resurrección viene a dar sentido a la muerte en cuanto a que ésta representa el cumplimiento de la esperanza humana de inmortalidad y trascendencia, que lleva la realización de la persona mediante una existencia eterna (Comité para el Jubileo del Año 2000, 1996).

González (2012) reafirma esto al exponer que para los cristianos las concepciones acerca de la vida después de la muerte tienen un curso en el tiempo de modo lineal y no circular, como es el caso de las religiones de oriente sobre la creencia en la reencarnación con una estación última en el Juicio Final. Para los cristianos no existe la muerte puesto que creen que irán a un más allá donde serán resucitados o re-creados, y donde se podrán reencontrar con su cuerpo, ya no como un cuerpo corruptible y perecedero, sino como un cuerpo “glorioso”. De esta forma, la muerte es identificada poética y bellamente con la idea de un nuevo nacimiento, en donde solo la intervención de Dios es la que genera una nueva vida ante la muerte (Rea, 2007).

Del mismo modo, Radhakrishnan, Raju y Campos (1888) plantean que la esperanza cristiana recae sobre la idea de la salvación, en donde la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo se traducen en el fin último del hombre, el cual es alcanzar su propia plenitud al convertirse en un nuevo hombre de totalidad en espíritu, inteligencia y cuerpo, y de esta forma, establecer nuevamente la imagen y semejanza que el hombre tiene con respecto a Dios.

2.2.2.2 El hinduismo y el budismo

Para los credos orientales, se podría decir que no hay muerte en cuanto al concepto de tiempo que es circular, para ellos las almas retornan al mundo en eternos ciclos de reencarnación o transmigración (González, 2012). Tanto el hinduismo como el budismo asumen tradicionalmente que las vidas y universos continúan en ciclos infinitos, es decir, son repetitivos en lugar de progresivos. Sin embargo, los seres humanos pueden escapar de estos ciclos si logran establecer una conexión con la mente o espíritu universal (Sheldrake, 2013).

La reencarnación o trasmigración del alma se define como el proceso a través del cual un *jiva* (alma) individual pasa por una secuencia de cuerpos, esto significa un ilimitado paso a través de ciclos de vida, muerte y resurrección (Smith, 2014).

Los budistas creen que el alma de los muertos necesita ser liberada de sus cuerpos con el fin de que pueda entrar dentro de su siguiente existencia (Sherr, 1992). Siguiendo esta línea, la idea de paraíso o de infierno se basa en el bien o el mal realizado durante la vida. El infierno no existe como un lugar de castigo, sino que más bien, existe en el propio yo y consiste en la reencarnación: la condena es renacer bajo otras formas animadas en seres vivientes de menor categoría si uno ha faltado a la virtud, o como un *brahmán* (divinidad absoluta, potencia cósmica superior a todos los dioses) si se ha sido virtuoso. El paraíso, entonces, se entiende como el único reposo verdadero, el deshacerse de uno mismo, o sea, ser un *brahmán* (Von, 2009; Antaki, 2015).

A partir de esto, surge la idea del karma, la rueda de las transmigraciones y la creencia en la liberación como identificación del sujeto con el *brahmán*, es decir, con el sujeto absoluto. El tiempo de la vida no es suficiente para purificar el karma acumulado, por eso se postulan nuevas oportunidades, nuevas reencarnaciones: según las conductas de las vidas anteriores serán las reencarnaciones posteriores, todo nuevo nacimiento depende del karma de la vida anterior. Pero ¿cómo se consigue la liberación? El acceso al verdadero ser, al absoluto, se obtiene mediante prolongados procesos de concentración y meditación, esto

es, la liberación del deseo, de los temores y e incluso de la esperanza, para que así cesen las reencarnaciones y se pueda penetrar en el *Brahmán* eterno e imperecedero (Fraijó, 2016).

Como se puede vislumbrar, aquí no se habla de una condena o recompensa dictada por un juez supremo, sino que más bien la propia naturaleza define la reencarnación de todos los seres vivos (Von, 2009).

2.2.2.3 El judaísmo

Para el judaísmo la muerte es un verdadero fin, los muertos sobreviven gracias a la memoria de los vivos. Dios es, mientras que el ser humano no es el ser, ya que muere por su propia culpa debido al primer pecado cometido en el Edén y que le llevó a su expulsión de ese paraíso. Lo más que se llega a mencionar es el *Sheol* a donde van las almas cualesquiera que sean sus méritos y es descrito como una simple fosa, la condena es eterna y el trato igualitario para toda alma (Antaki, 2015).

La resurrección es uno de los dogmas que han sido poco aceptados en el judaísmo, con el argumento de no tener autoridad mosaica, aunque comúnmente es un término que se asocia a la era mesiánica. El judaísmo más conservador vincula este concepto con la doctrina de la inmortalidad del alma, mientras que el judaísmo reformado niega el concepto literal de resurrección (Werblowsky y Wigoder, 1996, como se citó en Anderson, 2005).

2.2.2.4 El Islam

Según Von (2009), unos de los principios fundamentales del Islam es la creencia en la existencia de un paraíso o un infierno como conclusión de una vida buena o mala en cada persona.

En el Islam se plasma la idea del paraíso, del infierno y de la resurrección de los muertos. El Corán, libro sagrado del Islam, presenta la vida como una oportunidad breve de hacer una elección para siempre, ya que según los resultados de un juicio severo y justo

que tendrá, el alma se irá al cielo o al infierno los cuales son descritos como imaginaciones vívidas, concretas y sensuales. Los fieles, por su parte, consideran estos lugares como destinos reales: el cielo es descrito como un lugar en donde se ofrecen fuentes, frescos lugares sombríos y jardines de donde fluyen ríos, alfombras, cojines, copas de oro y comidas y bebidas espléndidas; en el infierno hay vestimentas de fuego, bebidas abrasadoras, mazas de hierro y llamas que parten rocas en fragmentos. Juntamente a esto, es importante mencionar la promesa hecha por Mahoma para los favorecidos quienes podrán ver el rostro de Dios día y noche por toda la eternidad, dándoles así una felicidad que superará todos los placeres del cuerpo (Smith, 2014).

Los infiernos son descritos en el Corán como un lugar de insoportable calor donde los condenados son quemados, mientras que el paraíso es un lugar de donde emanan fuentes del jardín de Alá. La resurrección de los muertos tiene una concepción escatológica, la cual afirma que el día del juicio final el ángel Israfil tocará su trompeta y entonces los muertos saldrán de sus tumbas para ser juzgados (Antaki, 2015).

También en el Islam se menciona un lugar intermedio, el *araf*, lugar de transición o purgatorio donde están situados aquellos cuyas obras malas pesan igual que las buenas. De igual forma, se piensa que tras la muerte tiene lugar el interrogatorio en la tumba, esto es, una resurrección temporal durante la cual dos ángeles preguntarán al difunto por su fe y sus obras y, tras el interrogatorio, el interrogado tendrá que regresar a la muerte y esperar la resurrección del último día en donde se cree que Mahoma intercederá por la humanidad (Fraijó, 2016).

En resumen a esto, la creencia que une a los musulmanes sobre la vida después de la muerte consiste en que cada alma tendrá que asumir la responsabilidad de sus actos en la tierra y que su futuro dependerá de cómo haya vivido y cumplido los mandatos de Dios (Smith, 2014).

A lo largo de los planteamientos hechos, se han expuesto la postura de la ciencia y de la religión en torno al tema de la muerte y la vida después de la muerte, las diferentes definiciones e incluso la controversia que suscitan, la diversidad de concepciones sobre la creencia en el más allá y los avances científicos que prometen controlar el fenómeno de la muerte. En el siguiente apartado se expondrán los estudios e investigaciones que involucran a dos sectores de la población cuyas creencias sobre la muerte y la vida después de la muerte giran en torno a contextos sociales diferentes: los jóvenes y los adultos mayores.

CAPÍTULO 3

ESTADO DEL ARTE

*“La muerte bordea nuestro nacimiento,
y nuestra cuna se halla sobre nuestra tumba (Joseph Hall)”.*

Cada ser humano percibe el fenómeno de la muerte de manera única y personal ya que cada historia de vida es particular y, aunque confluyen en tiempo y contextos similares, se vive esta experiencia de acuerdo con las herramientas que se hayan adquirido a lo largo del ciclo de vida. La muerte junto con las creencias que le atañen, permiten dar un sentido a la existencia, plantean cuestiones sobre la autorrealización, conducen a posturas en donde la vida es sobrevalorada, facilitan la aparición de miedos o incertidumbre, dan esperanza y alivio, o prometen el poder encontrarse con los seres ya fallecidos, etc. Sin embargo, estas creencias llevan a una conclusión particular de la que la humanidad no puede escapar: la muerte es inevitable e inminente (Méndez, 2015).

Al respecto, Oviedo, Parra y Marquina (2009) exponen que cada cultura enfrenta el fenómeno de la muerte de diferentes formas dado que es un suceso que sobreviene de forma repentina o gradual. Si bien, el proceso de la muerte no se modifica, pero sí las creencias, actitudes y conductas que lo rodean y que son tan variadas como los individuos mismos.

Los significados sobre la muerte son tan diversos ya que se aprenden culturalmente y son construidos de forma colectiva; la muerte está ligada al ámbito social y se acompaña siempre de ritos, experiencias, creencias y tradiciones religiosas, así como costumbres políticas, éticas y morales, que varían en cada contexto (Hernández, 2006; Somers, Wierzba, Maglio y Belli, 2016). Queda así claro porqué las prácticas religiosas en torno a la muerte y la creencia en la vida posterior a la muerte se encuentran en muchas culturas y se mantienen en un gran número de personas.

Por lo cual, para indagar respecto a las creencias sobre la muerte y la vida después de la muerte, resulta indispensable conocer la manera en que la investigación ha abordado este tema. Los estudios realizados en psicología sobre esta variable se han centrado en describir cómo operan en diversas poblaciones e identificar si tienen alguna relación con otras variables psicológicas.

Una investigación realizada por Bibby (2016) llamada *Life after Death: Data and Reflections on the Last Information Gap*, a partir de una muestra de 5 000 personas de los países de Canadá, Estados Unidos e Inglaterra durante el año 2014, halló que los participantes no solo mantienen la creencia en la vida después de la muerte, sino que también afirman que las personas que han muerto continúan siguiéndolos y que están al tanto de lo que ocurre en sus vidas, llegando incluso a creer la posibilidad de estar en contacto con ellos.

Por otra parte, Carr y Sharp (2014) exploraron si las creencias acerca de la existencia y la naturaleza de una vida después de la muerte afectan cinco diferentes síntomas psicológicos (ansiedad, ira, depresión, pensamientos intrusivos y anhelo) entre los cónyuges que experimentan un duelo reciente entre los 6 y los 18 meses después de la pérdida de su ser querido. En *Do Afterlife Beliefs Affect Psychological Adjustment to Late-Life Spousal Loss?* los autores encontraron que los aspectos de incertidumbre acerca de la vida futura se relacionan con múltiples aspectos como la angustia después de la pérdida y los pensamientos intrusivos; por otra parte, cuando uno de los cónyuges reportaba no creer que se volverán a reunir con sus seres queridos en la otra vida, presentaban más síntomas depresivos, ira y pensamientos intrusivos. De esta forma, las creencias en la vida después de la muerte pueden tener una función de mala adaptación para hacer frente a la pérdida

de un ser querido, esto cuando no se tiene seguridad acerca de la existencia de esta vida o cuando se tiene una visión negativa y pesimista de lo que implica esa vida.

Sin embargo, otros autores como Benore y Park (2004) refieren que las creencias en la vida después de la muerte junto al posible contacto o cercanía al momento de la muerte, permiten que las personas cuenten con explicaciones satisfactorias y reconfortantes sobre el futuro y que les ayudan a afrontar de una mejor forma las pérdidas de sus seres queridos.

Si bien, las creencias sobre la continuidad de la vida después de la muerte se encuentran relacionadas con las vivencias del sujeto a lo largo de su vida, tal es el caso del proceso del duelo ante la muerte. Las investigaciones han encontrado que las creencias religiosas relacionadas con la muerte modifican este proceso de una forma positiva (Becker, Xander, Blum, Lutterbach, Moom, Gysels y Higginson, 2007) mediante la aceptación (Allahdadian y Irajpour, 2015).

El duelo viene a ser una forma de vivencia social dramática ante la muerte de un ser querido mediante la expresión de la tristeza y el dolor por la desaparición física de la persona que ha fallecido. El duelo es también un sentimiento subjetivo que implica un conjunto de reacciones psicológicas y psicosociales (Malpica, Lanz, León, Planchart, Gómez y Castellanos, 1995; Auza y Caballero, 2016).

Así mismo, el proceso del duelo tiene que ver con la aceptación de la propia muerte. Al respecto, Gala, Lupiani, Raja, Guillen, González, Villaverde y Sánchez (2002) mencionan que las personas adultas, ante la posible llegada de su muerte, se preparan para resolver sus asuntos personales, sociales y religiosos, a su vez, se adquiere una actitud diferente ante el tema de la muerte la cual depende de la historia personal y cultural, así como de los cambios y los estilos de afrontamiento. Esto lleva a pensar en la forma en cómo la religión y la espiritualidad influye y tiene una importancia para mucha gente cuya etapa del ciclo vital se encuentra en la adultez mayor. Todo lo anterior se explica por la razón de que los adultos mayores reportan asistir todas las semanas a los servicios religiosos (Cornwell, Laumann y Schumm, 2008), así como el establecimiento de una fe en Dios, la percepción de apoyo social, la motivación en la vida, entre otros (Seybold y Hill, 2001).

Autores como Clarke, Hayslip, Edmondson y Guarnaccia (2003) ha estudiado la creencia religiosa en la vida después de la muerte en relación con el ajuste al duelo en población de jóvenes y adultos mayores. En su investigación *Religiosity, Afterlife Beliefs, and Bereavement Adjustment in Adulthood*, plantean que la religiosidad y la creencia en la vida después de la muerte pueden desempeñar un papel importante en relación con la forma en que es llevado el duelo ante la muerte. Aunque esta hipótesis no pudo ser probada del todo, se sugiere que el esfuerzo para ser frente al duelo, la edad, la causa de muerte, así como la salud física, pueden ser variables que se encuentren en relación con este ajuste.

Michael, Crowther, Schmid y Allen (2003) apoyan esto ya que afirman que la religión y la espiritualidad pueden ser utilizadas como métodos para el afrontamiento ante la pérdida conyugal. Entre los resultados de su investigación *Widowhood and spirituality: coping responses to bereavement*, encontraron que principalmente las mujeres adultas mayores de 65 años, en quienes se considera la viudez como un fenómeno principalmente femenino, utilizan los aspectos religiosos así como las creencias religiosas y los comportamientos espirituales con la finalidad de facilitar el ajuste positivo del duelo ante la pérdida del cónyuge. En este plano, las actitudes de aceptación ante la muerte puede decirse que se deben a una mayor religiosidad por parte de los adultos mayores (Tomás-Sábado y Gómez-Benito, 2004).

Uribe, Valderrama y López (2007) utilizaron el Perfil Revisado de Actitudes hacia la Muerte (PAM-R), donde se presentan diferentes dimensiones de la actitud, entre ellas, las creencias religiosas en cuanto a una vida feliz después de la muerte y una alternativa ante la vida dolorosa (aceptación de acercamiento a la muerte). En este estudio *Actitud y miedo ante la muerte en adultos mayores* se hace mención de cómo la edad y la etapa de desarrollo se relaciona con el afrontamiento a la muerte, la aceptación de acercamiento y las creencias religiosas, donde ésta última funciona como una variable beneficiosa para los adultos mayores en lo que respecta a su salud física y mental.

Siguiendo esta línea de investigación, Uribe, Valderrama, Durán, Galeano, Gamboa y López (2008) realizaron un estudio llamado *Diferencias evolutivas en la actitud ante la muerte entre adultos jóvenes y adultos mayores*, en donde se aplicó el Perfil antes mencionado, encontrándose que en la actitud hacia la muerte existen diferencias

significativas en función de la edad, esto entre un grupo de jóvenes y otro grupo de adultos mayores. Los autores refieren que estas diferencias significativas en cada una de las etapas evaluadas sugieren que el tema de la muerte ya se encuentra presente en los diferentes periodos del ciclo vital, debido a la tasa de mortalidad incluso en la población de jóvenes.

Sobre las observaciones anteriores, también se ha explorado la forma en cómo se relacionan las creencias sobre la vida después de la muerte con otras variables como la ansiedad y el miedo ante la muerte.

En *Religion, Death Attitudes, and Belief in Afterlife in the Elderly: Untangling the Relationships*, Falkenhain y Handal (2003) abordan la relación entre la religión, la creencia en otra vida y las actitudes ante la muerte (ansiedad y aceptación ante la muerte) en una población de personas adultas mayores. El autor discute la correlación existente entre la creencia en la vida después de la muerte y la religión intrínseca (es decir, el tipo de experiencia religiosa en el que la persona convierte la religión como la principal guía de sus vidas considerando los dogmas y valores) así como las relaciones estadísticamente significativas entre este tipo de religión y las actitudes de ansiedad y aceptación ante la muerte.

Sobre este contexto, *Death anxiety as a function of belief in an afterlife. A comparison between a questionnaire measure and a Stroop measure of death anxiety* es una investigación realizada por Lars-Gunnar y Vidka (1998) donde, mediante la comparación entre grupos de diferentes credos (creyentes religiosos, ateos y agnósticos), encontraron que los creyentes religiosos presentan menos ansiedad ante la muerte que los ateos y los agnósticos. A pesar de que las diferencias entre los grupos no fueron significativas, si se halló una diferencia significativa en cuanto a las creencias y la ansiedad a hacia la muerte con respecto a la edad.

Otras investigaciones en torno a la variable de creencias sobre la vida después de la muerte se han estudiado en poblaciones del ámbito clínico, como lo son médicos (Martínez, 2017), personas que han presentado intento o ideación suicida (Arenas, 2017) y mujeres diagnosticadas con cáncer de mama (Lince, 2017). En estas investigaciones se ha

encontrado diferencias en función de la edad: los jóvenes están en desacuerdo con las creencias religiosas, mientras que los de edades más adultas concuerdan con estas ideas.

En este mismo sentido, Quintanilla, Sánchez-Loyo y Pérez (2015) sugieren que la construcción de los conceptos y las creencias en torno a la muerte está mediada por la maduración biológica y cognitiva, así como por la influencia sociocultural, la religión, la formación educativa y las experiencias asociadas con la muerte. Si bien, las creencias religiosas son las que más se asocian a la forma en cómo se piensa acerca de la muerte.

En efecto, cada sociedad tiene una forma de reconocer, sumir y aceptar el fenómeno de la muerte. Lo mismo sucede con los grupos de edad en donde se presentan diferencias, tal es el caso de los jóvenes quienes ven la muerte como algo ajeno y sin sentido, mientras que los adultos, particularmente los adultos mayores, saben que la hora de su muerte está más próxima y eso hace que el tema cobre importancia (Méndez, 2015).

En concordancia con los planteamientos anteriores, Sandtrok (2006) plantea que la manera en que se piensa acerca de la muerte difiere conforme a la edad. Apunta que es en la adolescencia y juventud donde se desarrollan las concepciones filosóficas y religiosas acerca de la naturaleza de la muerte o sobre la cuestión de si existe la vida después de la muerte, mientras que los adultos mayores analizan más el significado de la vida con mayor frecuencia que los individuos de menor edad. Igualmente, cuando en los jóvenes se presenta ansiedad por el hecho de la muerte, éstos terminan asumiéndola con una actitud de aceptación.

Las personas mayores piensan más a menudo sobre la muerte que los jóvenes. En *Muerte, duelo y atención psicológica a enfermos terminales ancianos*, Menéndez (2014) expone que las personas mayores temen menos a la muerte que los jóvenes, esto puede explicarse quizá al hecho de que los primeros han vivido de una forma más cercana la muerte por el fallecimiento de sus seres queridos, lo que les lleva a convivir con la muerte y a prepararse a la suya propia. De igual forma, la concepción y significados sobre la muerte cambian en función de la edad; en la niñez es difícil entender el carácter irreversible de la muerte, sin embargo, con el paso de los años los niños comprenden este proceso y comienzan a cuestionarse sobre la forma en cómo sucede y de qué trata. Los adolescentes y

jóvenes conciben la muerte de una forma más abstracta, sin embargo, es vista como algo que les sucede a los otros y aún lejana para ellos; cuando se presenta el hecho de que tienen que enfrentarse a la propia muerte, entonces surgen reacciones de ansiedad y depresión, incluso de enfado, ya que consideran que estaban comenzando a vivir y que tenían un futuro por delante de promesas y expectativas que ahora se ven eliminadas. Para las personas adultas, las implicaciones más importantes ante la muerte es que abandonarán a los vivos, es decir, que dejarán de cumplir sus responsabilidades, se separarán de la familia y experimentarán un sentimiento de decepción por haber fallado a quienes los consideraban necesarios. Finalmente, el autor añade que para los adultos mayores, la concepción de la muerte depende del estado de salud y del grado de satisfacción que haya tenido con su vida; la muerte puede ser vista como una liberación o como un mal menor en comparación con el sufrimiento. La idea de muerte se hace menos temible y se acepta en la medida en que el individuo se sienta satisfecho con lo vivido y con el cumplimiento de sus expectativas pasadas. Sin embargo, cuando no sucede así, la persona experimenta angustia e incertidumbre ante el hecho de dejar de existir, así como una tristeza o enojo extremo por no haber cumplido sus metas.

Continuando con estos planteamientos, Vilches (2000) realizó una investigación llamada *Concepciones, creencias y sentimientos acerca de la muerte en adultos mayores de nivel educacional superior*, en la que exploró las concepciones, creencias y sentimientos acerca de la muerte en una muestra de adultos mayores entre 65 y 75 años de edad. Sus resultados se resumen en dos líneas principales: la primera que corte religioso en la que los adultos mayores piensan la muerte como un tránsito a la otra vida de naturaleza espiritual o de algún tipo de reencarnación; la otra línea corresponde a la concepción de la muerte que no tiene un sentido religioso, la muerte es simplemente vista como el término de la vida. Así pues, los participantes mostraron interés al colaborar en dicho estudio, por lo que el autor explica esta disposición debido a que los adultos mayores conciben la muerte como una experiencia significativa dentro del ciclo de la vida que constituye el desarrollo humano, junto a la procreación y el nacimiento, vivencias que varían en función de la edad y de las experiencias particulares.

Así, en el trabajo de González-Celis y Araujo (2010) cuyo título es *Estrategias de afrontamiento ante la muerte y calidad de vida en adultos mayores mexicanos*, se llevó a cabo una evaluación de las estrategias que emplean los adultos mayores para afrontar la muerte. A partir de una muestra de adultos mayores cuyas edades oscilaban entre los 60 y los 90 años, estos autores encontraron que los participantes expresan ver la muerte como un designio divino el cual debe ser aceptado porque es también un suceso natural. Esta aceptación de los adultos mayores está vinculada con las creencias que poseen sobre la trascendencia a una vida después de la muerte. La misma investigación da cuenta de un segundo grupo constituido por jóvenes, en el que se halló que las creencias religiosas no son importantes para el afrontamiento ante la muerte.

En relación con esto último, Thalbourne (1996) se dio a la tarea de investigar la creencia en la vida después de la muerte en una muestra de estudiantes universitarios de psicología de primer grado, observando que estos presentan una alta creencia en la vida después de la muerte y en la reencarnación, mismas que están relacionadas con el deseo de un más allá y de aminorar su ansiedad a la muerte. Su investigación *Belief in life after death: psychological origins and influences* da cuenta de cómo los jóvenes estudiantes universitarios presentan una adhesión a las filosofías dualistas que explican la posibilidad de seguir viviendo una vez que ocurre el fenómeno de la muerte, a pesar de ser una población perteneciente a un contexto científico.

En otro estudio, *Significado psicológico de vida y muerte en jóvenes*, cuyos autores son Hernández y Valdez (2002), se investigó el significado psicológico de la vida y la muerte en una muestra de 60 jóvenes. A partir de la técnica de redes semánticas, los resultados sugieren que las concepciones que se tienen sobre la vida y la muerte dependen del contexto cultural que viven las personas. Así mismo, se encontró que la vida y la muerte se conciben como polos puestos en el proceso de la vida; la vida implica una forma de disfrute a partir de los afectos, mientras que muerte se define a partir de los sufrimientos. Sin embargo, pese a que la muerte es vista como el final de la vida, también es definida como un estado de trascendencia. Llama también la atención la concepción que tienen los jóvenes en torno a conceptos como Dios, alma y milagro, los cuales son utilizados para definir lo que es la vida.

Siguiendo esta línea, Pinazo y Bueno (2004) investigaron las representaciones sociales de la muerte en personas jóvenes, adultas y adultas mayores. Los autores plantean que las representaciones sobre la muerte generan cambios de estrés y reajuste sobre la forma en cómo se enfrenta la muerte, así mismo, que éstas solo pueden entenderse desde una perspectiva longitudinal, ya que conforme avanza la edad tienden a llevar a una mejor comprensión sobre certeza de la propia muerte y la de los otros para así asumirla con serenidad. Los mismos autores agregan que el proceso de construcción de las representaciones sociales sobre la muerte varía en función del género y la edad y, de igual forma, estas variables modulan las estrategias de afrontamiento y las vivencias de duelo en las diferentes etapas de la vida. En esta investigación se encontró que las personas mayores representan una mayor aceptación ante la muerte, ya que lo consideran como algo cercano e inevitable, así mismo, éste sector presenta una mayor tendencia a la ritualización (actos fúnebres como el entierro), en comparación con los jóvenes quienes muestran una menor inclinación a realizar este tipo de prácticas.

Sin embargo, Quintanilla, Sánchez-Loyo y Pérez (2015) mencionan que en todas las edades la influencia religiosa es notoria en la explicación de la muerte, principalmente en el contexto mexicano donde la religión católica es el credo que más se profesa. De igual forma, otras instituciones, como la escuela, la familia y los medios de comunicación, ejercen un efecto en la forma en cómo se integra la información que se obtiene sobre la muerte.

A partir de la *Encuesta Nacional sobre Creencias y Prácticas Religiosas en México 2016* (Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en México, 2017), en donde se encuestó a 3000 personas de diferentes regiones de México sobre sus prácticas y creencias religiosas, se da cuenta de que el 72% de la muestra cree en la vida eterna, mientras que un 51% considera la posibilidad de la vivir otras vidas después de la muerte mediante la reencarnación. De una forma específica, en la Zona Metropolitana del Valle de México, el 96% de las personas creen en Dios, el 78.7% creen que la Biblia es la fuente de la verdad absoluta mediante la cual se dicta el destino del alma para una vida eterna (73.2%); de igual forma, el 50.2% creen en la reencarnación, 25.5% en los fantasmas y espíritus, y el 49.8% en la existencia del diablo, con lo cual se valida su creencia sobre la continuidad de la vida después de la muerte.

Aunando las ideas de las investigaciones citadas, se tiene que, el contexto social influye fuertemente en la forma en cómo se cree y se piensa sobre la muerte. Como las personas crecen y se desarrollan a lo largo de toda su vida en estos contextos, algunas de las creencias religiosas que aparecen en las primeras etapas del desarrollo persisten a pesar de la edad (Legare, Evans, Rosengren y Harris, 2012) y favorecen así la creencia sobre la vida después de la muerte, de forma particular la creencia de la existencia del alma y su vivir eterno en el cielo o en el infierno (Bering, Hernández y Bjorklund, 2005).

Lo mismo argumenta Esquivel y Patiño (2015), quienes plantean que las creencias religiosas se incrementan con la edad. En su investigación *La religiosidad en Aguascalientes: Comparación entre dos grupos de edad* analizaron las diferencias entre la religiosidad de dos grupos de edad, uno de 18 a 24 años y otro de 45 a 54 años. Los resultados sugieren que el grupo de mayor edad presenta un mayor apego a las creencias y prácticas religiosas.

En orden a estas ideas, Muriá (2000) sugiere que en el ser humano existe una necesidad psicológica por pensar que no todo se acaba con la muerte, sino que hay algo más allá después de la vida. Si bien, existe una diversidad de creencias sobre lo que constituye la muerte y la vida después de la muerte, las cuales no solo varían de acuerdo a la religión, sino que también dependen de la edad, del nivel de desarrollo y de la cultura a la que se pertenece, considerando también las diferencias individuales. A una mayor edad no solo aumentan la diversidad de creencias, sino también su complejidad, abstracción y la necesidad de cuestionar algunas de ellas.

Como se ha podido contemplar, las diferentes líneas de investigación en torno a la variable de creencias sobre la vida después de la muerte se presentan en términos de su medición, función, la descripción de su influencia en diversos fenómenos socioculturales y la relación que éstas guardan con otras categorías de estudio.

Dado que el ser humano necesita comprender su entorno social, el significado de las acciones de los otros, así como sus propias maneras de entender el mundo con la finalidad de poder interactuar con la realidad (Olivé, 2011b, como se citó en Herrera, 2014), es que se requieren de representaciones y explicaciones de esa misma realidad, las cuales se presentan a partir del sistema de creencias que se tiene. Al fungir estas como formas de

interpretar la realidad, poseen una forma de organización que conduce a dirigir el comportamiento, influyendo en la percepción y en el juicio, y afectando la forma en cómo se integra la información que proviene del entorno (Pajares, 1992; Díaz-Loving, Rivera, Villanueva y Cruz, 2011).

De tal argumento surge la inquietud de investigar ¿cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México? Sobre este contexto, los objetivos de la presente investigación no solo permiten conocer la parte de las creencias que poseen los jóvenes y los adultos mayores, sino también permite dar cuenta de aspectos sobre la forma en que estos dos grupos asumen su realidad, la interpretan, construyen significados y cómo interactúan con su medio dándole orientación y sentido al comportamiento social.

PARTE II

METODOLOGÍA



1. Planteamiento del problema

El tema de las creencias ha sido abordado por varias disciplinas, entre las que se encuentra la filosofía, la teología, la antropología y la psicología, siendo ésta última en la que se ha abordado el tema de una forma sistemática y empírica, y cuya investigación ha permitido desarrollar diversas teorías en el campo de la psicología social. Debido a la amplia variedad de concepciones al término de creencias, para los fines de esta investigación se ha considerado idóneo definir las como estructuras relativamente estables que representan lo que existe para el sujeto, más allá de su percepción directa y las cuales refieren a conceptos sobre la naturaleza, las causas y las cosas, personas, eventos y procesos, cuya existencia es asumida (Pepitone, 1991).

De manera particular, se han explorado las creencias sobre la vida después de la muerte en relación con aspectos como la aceptación de la muerte, el duelo, las estrategias de afrontamiento, las representaciones sociales de la muerte, el significado psicológico de la muerte, entre otras variables (Gala, Lupiani, Raja, Guillen, González, Hernández y Valdez, 2002; Villaverde y Sánchez, 2002; Pinazo y Bueno, 2004; Carr y Sharp, 2014). En este sentido, las creencias sobre la vida después de la muerte permiten que las personas cuenten con explicaciones satisfactorias y reconfortantes sobre el futuro y que les ayuden a afrontar de una mejor forma las pérdidas de los seres queridos (Benore y Park, 2004), cumpliendo así la función de las creencias de dar seguridad ante las situaciones de peligro, frustración o incertidumbre (Quintana, 2001) y de proporcionar un tipo de conocimiento que influye en los procesos de percepción de la realidad y de interpretación y categorización de los objetos del mundo (Burgoa, 2007).

De igual forma, las creencias sobre la vida después de la muerte han sido abordadas principalmente en jóvenes y en adultos mayores, ya que en éstos dos sectores de la población se pronuncian más las diferencias en cuanto a las concepciones que se tienen sobre la naturaleza de la vida, así como los significados y las cuestiones sobre si existe o no la vida después de la muerte (Sandtrok, 2006). La literatura refiere que en los jóvenes y los adultos mayores las creencias sobre la muerte y la vida después de la muerte cambian en función del grupo de edad (Muriá, 2000; Clarke, Hayslip, Edmondson y Guarnaccia, 2003; Pinazo y Bueno, 2004; González-Celis y Araujo, 2010; Menéndez, 2014; Esquivel y Patiño,

2015; Arenas, 2017; Lince, 2017; Martínez, 2017), aludiendo que los jóvenes están en desacuerdo con las creencias religiosas y de acuerdo con las creencias de tipo científico, mientras que los adultos mayores muestran un mayor apego por las creencias y las prácticas religiosas y una menor adhesión a las creencias científicas. Considerando esta situación es que se han elegido estas poblaciones para explorar las creencias que mantienen en torno a este tema.

Se abordarán las creencias científicas y religiosas: las primeras aluden a los lugares sagrados y a eventos sobrenaturales, tales como la resurrección o la vida del alma después de la muerte, así como a deidades, espíritus y otras entidades o poderes espirituales (Pepitone, 1991); por otra parte, las creencias científicas constituyen el fundamento del saber científico, en cuanto a que apoyan los postulados y axiomas de la ciencia. Estas creencias hacen referencia a todo lo que existe en el mundo material y que engloba aquello que puede definirse como material en función de un cierto nivel de análisis, es decir, tienen principios y fundamentos que poseen evidencia por sí mismos (Pepitone, 1991; De la Pienda, 1999). Ambos tipos de creencias han confluído en temas como lo son la muerte y la vida, y se han cuestionado sobre el sentido de la vida, la existencia, el origen del hombre y el fin último de la humanidad.

Por lo cual, la presente investigación pretende conocer cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte que tienen los jóvenes y adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México, y saber si éstas cambian según el grupo de edad. De esta forma, se puede tener un primer acercamiento a la forma en cómo las creencias median determinados comportamientos de estos dos sectores de la población, así mismo, permite conocer un panorama sobre la información que utilizan los individuos para responder a interrogantes sobre los fenómenos que les rodean, los cuales pueden ser de orden científico, religioso, cultural y social. En efecto, explorar las creencias de cada uno de estos grupos, lleva a una mejor comprensión sobre el proceder social humano y sus patrones sociales de interacción; las creencias operan como mecanismos y reglas de comportamiento, permiten la convivencia en grupo mediante la trasmisión de conocimientos y valores que resulten funcionales en un momento histórico particular (Díaz-Loving, Rivera, Villanueva y Cruz, 2011).

2. Preguntas de investigación

Pregunta general

¿Cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México?

Preguntas específicas

1. ¿Cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte de los jóvenes de la Zona Metropolitana del Valle de México?
2. ¿Cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte de los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México?
3. ¿Existe diferencia estadísticamente significativa entre las creencias (científicas y religiosas) sobre la vida después de la muerte en los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México?

3. Objetivos

Objetivo general

Conocer cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México.

Objetivos específicos

1. Conocer cuáles son las creencias científicas y religiosas sobre la vida después de la muerte que tienen los jóvenes de la Zona Metropolitana del Valle de México.
2. Conocer cuáles son las creencias científicas y religiosas sobre la vida después de la muerte que tienen los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México.
3. Conocer si existe diferencia estadísticamente significativa entre las creencias (científicas y religiosas) sobre la vida después de la muerte en los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México.

4. Hipótesis

Hipótesis general

Las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México se fundamentan en la ciencia y en la religión.

Hipótesis específicas

1. Los jóvenes de la Zona Metropolitana del Valle de México tienen creencias sobre la vida después de la muerte que se fundamentan en la ciencia.
2. Los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México tienen creencias sobre la vida después de la muerte que se fundamentan en la religión.
3. Existe diferencia estadísticamente significativa entre las creencias (científicas y religiosas) sobre la vida después de la muerte en los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México.

5. Variables de investigación

- Variable dependiente (VD): Creencias sobre la vida después de la muerte.

Definición conceptual: Las creencias son estructuras relativamente estables que representan lo que existe para el sujeto, más allá de su percepción directa. Hacen referencia a conceptos sobre la naturaleza, las causas, las cosas, personas, eventos y procesos cuyo existir es asumido (Pepitone, 1991).

Definición operacional: fueron medidas a través de las respuestas emitidas por los participantes en el instrumento.

- Variable independiente (VI): jóvenes y adultos mayores.

Definición operacional:

Jóvenes: hace referencia al grupo de individuos cuya etapa de desarrollo se ubica en la juventud como un periodo de vida en el que se completa el desarrollo físico del individuo y en el que ocurren una serie de transformaciones psicológicas y sociales, es decir, cuando éste abandona la infancia para entrar en el mundo adulto. Convencionalmente se ha utilizado el término juventud para designar el periodo de

vida ubicado entre los 15 y los 29 años de edad, dividiéndose a su vez en tres subtramos: de 15 a 19 años, de 20 a 24 años y de 25 a 29 años (Dávila, 2004). Por lo cual, en esta investigación será utilizado el rango de edad ubicado entre los 20 y los 24 años de edad.

Adultos mayores: hace referencia a un grupo de individuos cuya etapa de desarrollo se ubica en la adultez tardía y que va acompañada de un proceso de envejecimiento. Regularmente esta etapa de desarrollo se ubica a partir de los 65 años de edad (Papalia, Wendkos y Duskin, 2010).

- Variables sociodemográficas (VS): sexo, edad, religión, estado civil y escolaridad.
Definición operacional: fueron medidas por medio de las respuestas de los participantes en el instrumento.

6. Diseño y tipo de investigación

El tipo de investigación es descriptiva, de campo y transversal, con un diseño ex post facto, intragrupo y multivariado.

7. Población y muestra

Para fines de la presente investigación se eligió una muestra no probabilística, intencional e intra-grupo, conformada por 120 jóvenes y 120 adultos mayores.

- Criterios de inclusión: jóvenes cuyas edades se encuentren entre los 20 y los 24 años de edad, y adultos mayores cuya edad sea igual o mayor a los 65 años.
- Criterios de exclusión: personas que no entren en el rango de edad establecido.
- Criterios de eliminación: personas que no deseen participar en la investigación, que no contesten de forma completa el instrumento o que contesten todos los reactivos en una sola opción seleccionada.

8. Instrumento

El instrumento empleado para medición de las creencias sobre la vida después de la muerte (IMCVDM) se construyó a partir de la información respecto a las creencias que se pueden tener sobre la vida y la muerte desde dos perspectivas: la científica y la religiosa.

1. Categoría científica: conformada por 20 reactivos los cuales consideran la vida como la cesación o el término de la vida (Real Academia Española, 2017) y como un suceso irreversible en el cual se detienen todas las funciones vitales del organismo (Pastor, Escobar, Mayoral y Ruiz, 2014). Así mismo, hace alusión a la conciencia como una función exclusivamente producto de la actividad cerebral (Sheldrake, 2013). Finalmente, esta categoría incluye las posturas científicas que prometen la prolongación de la vida y la superación del fenómeno de la muerte (Hamilton, 2005; Willis, 2009; Cereijido, 2012; Pérez, 2012; Sheldrake, 2013).
2. Categoría religiosa: conformada por 20 reactivos en los que se consideran los preceptos de la religión cristiana desde un visión moral-religiosa a partir de la cual se afirma que es posible que el alma continúe viviendo en la vida eterna y que irá a algún lugar (cielo o infierno) como pago de retribución a los actos buenos o malos que haya realizado durante el transcurso de su vida (Catecismo de la Iglesia Católica, 2008; Von, 2009; Antaki, 2015). De igual forma se considera la resurrección como un suceso que sucederá al final de los tiempos (Biblia de Jerusalén, 1975; Catecismo de la Iglesia Católica, 2008; González, 2012; Echeverría, 2014).

A partir de estas categorías, se construyó una escala tipo Likert de 40 ítems con 5 opciones de respuesta: 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo, ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo (Véase ANEXO 1).

Antes de ser aplicado a la muestra, el instrumento fue sometido a validez de constructo y de experto, y posteriormente corregido según las indicaciones pertinentes.

9. Procedimiento

Dado que el principal objetivo de este trabajo fue el conocer cuáles son las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y adultos mayores, se visitaron lugares concurridos en donde se pudiese tener acceso a la población estudiada, tal es el caso de escuelas, facultades, parques, centros comerciales, mercados o las propias casas de los participantes.

Para lograr tener comunicación con los jóvenes y los adultos mayores que se pretendía contestaran el IMCVDM, se les hacía mención de los objetivos de la investigación, sus características y la confidencialidad de la información brindada (en caso de aceptar ser participantes de la investigación) y se procedía a pedirles respondieran el instrumento.

La aplicación del IMCVDM se llevó a cabo en un periodo aproximado de cuatro a cinco semanas, y una vez recolectada la información se procedió al análisis de los datos obtenidos.

PARTE III

RESULTADOS



Con la intención de responder a los objetivos de esta investigación, se recurrió al análisis de datos mediante diversas pruebas estadísticas, para lo cual se utilizó el Paquete Estadístico SPSS-Versión 20 encontrándose los siguientes resultados.

1. Estadístico de Fiabilidad: Alpha de Cronbach

Se realizó el análisis de fiabilidad Alpha de Cronbach para obtener la consistencia interna entre los reactivos que conforman el instrumento de medición. Se obtuvo un valor de $\alpha=.855$ lo cual indica que existe consistencia interna entre los 40 ítems del IMCVDM, es decir, existe uniformidad entre los reactivos que miden las creencias científicas y religiosas sobre la vida después de la muerte presentes en los jóvenes y los adultos mayores (Ver, TABLA 1a y TABLA 1b).

TABLA 1a. Estadísticos de Fiabilidad: Alpha de Cronbach
Resumen del procesamiento de los casos

		N	%
Casos	Válidos	240	100.0
	Excluidos (a)	0	.0
	Total	240	100.0

a. La eliminación por lista se basa en todas las variables del procedimiento.

TABLA 1b. Estadísticos de Fiabilidad:
Alpha de Cronbach

Alfa de Cronbach	N de elementos
.855	40

2. Estadísticos Descriptivos

Análisis de Variables Sociodemográficas

Se puede observar que los participantes encuestados son en su mayoría mujeres con un 57.9%, mientras que los hombres conforman el 42.1% de la muestra; el 51.7% son casados en comparación a un 48.3% de solteros. En cuanto a los dos grupos de edad, los porcentajes son equitativos, 50.0% son jóvenes entre los 20 y 24 años de edad y el otro 50% lo forman los adultos mayores cuyas edades son mayor o igual a los 65 años.

Para la variable escolaridad, 36.7% tienen estudios básicos, seguido del nivel superior con 34.6% y el nivel medio superior con 26.3%. Finalmente, 2.5% del total de la muestra (6 personas) reportan no tener escolaridad.

Por otra parte, una mayor proporción de los encuestados reporta profesar algún credo (86.7%) en comparación con quienes no tiene religión o son ateos (13.3%) (Ver, TABLA 2).

	Variable sociodemográfica	Frecuencia	Porcentaje
Sexo	Hombre	101	42.1
	Mujer	139	57.9
Edad	20 a 24 años	120	50.0
	65 años en adelante	120	50.0
Estado civil	Casado	124	51.7
	Soltero	116	48.3
Escolaridad	Básica	88	36.7
	Media Superior	63	26.3
	Superior	83	34.6
	Sin escolaridad	6	2.5
Religión	Creyente	208	86.7
	No creyente	32	13.3

Análisis de Variable Dependiente

La variable dependiente creencia se encuentra dividida en dos categorías de estudio: creencias científicas y creencias religiosas sobre la vida después de la muerte. Los resultados descriptivos de cada una de ellas se presentan a continuación.

La TABLA 3 muestra los resultados obtenidos de acuerdo a los porcentajes, frecuencias y medias de los reactivos que conforman la categoría de creencias científicas (Ver, TABLA 3).

TABLA 3. Estadísticos descriptivos de la categoría de estudio: Creencias Científicas												
Ítems Creencias Científicas	Totalmente en desacuerdo		En desacuerdo		Ni de acuerdo, ni en desacuerdo		De acuerdo		Totalmente de acuerdo		Media	
	Frec	%	Frec	%	Frec	%	Frec	%	Frec	%		
2. A mi parecer, es imposible que un organismo que ha muerto vuelva a vivir.	51	21.3	50	20.8	38	15.8	47	19.6	54	22.5	3.01	
4. En el futuro la ciencia tendrá la capacidad de prolongar la vida humana de manera indefinida.	71	29.6	61	25.4	42	17.5	50	20.8	16	6.7	2.50	
8. A mi parecer, los avances científicos podrán hacer que los seres humanos sean inmortales.	113	47.1	56	23.3	41	17.1	13	5.4	17	7.1	2.02	
10. A mi parecer, la muerte es un hecho inevitable del cual ya no hay retorno.	28	11.7	15	6.3	18	7.5	87	36.6	92	38.3	3.83	
13. Pienso que los avances científicos permitirán al hombre nunca morir.	123	51.3	51	21.3	37	15.4	18	7.5	11	4.6	1.93	
15. Considero que los progresos científicos permitirán resucitar a los muertos.	119	49.6	54	22.5	29	12.1	26	10.8	12	5.0	1.99	
16. Pienso que la muerte es algo propio de la naturaleza humana.	12	5.0	6	2.5	12	5.0	81	33.8	129	53.8	4.29	
17. Tras la muerte, el cadáver se descompone y es reabsorbido por la naturaleza.	8	3.3	10	4.2	10	4.2	100	41.7	112	46.7	4.24	
20. Considero que la cesación de los procesos cerebrales implica el fin de la vida.	31	12.9	41	17.1	33	13.8	65	27.1	70	29.2	3.43	
24. Considero que los estudios científicos podrán detener el proceso del envejecimiento.	75	31.3	54	22.5	37	15.4	52	21.7	22	9.2	2.55	
27. Pienso que es imposible la vida después de la muerte.	47	19.6	56	23.3	63	26.3	47	19.6	27	11.3	2.80	

29. Considero que la conciencia es exclusivamente producto de los procesos cerebrales.	26	10.8	40	16.7	41	17.1	85	35.4	48	20.0	3.37
30. Creo que la muerte es el final de la existencia.	19	7.9	41	17.1	34	14.2	73	30.4	73	30.4	3.58
31. A mi parecer, después de la muerte es imposible que la conciencia continúe existiendo.	23	9.6	42	17.5	51	21.3	61	25.4	63	26.3	3.41
32. Estar muerto significa que todo el organismo ha dejado de funcionar.	15	6.3	7	2.9	10	4.2	101	42.1	107	44.6	4.16
33. Considero que la muerte es el término de la vida.	18	7.5	19	7.9	28	11.7	77	32.1	98	40.8	3.91
34. La congelación de cuerpos es un recurso que permitirá revivir a los muertos.	98	40.8	57	23.8	40	16.7	38	15.8	7	2.9	2.16
35. Creo que mediante los avances científicos se podrán sustituir los órganos con la finalidad de evitar la muerte.	48	20.0	27	11.3	31	12.9	105	43.8	29	12.1	3.17
37. Considero que la muerte es un suceso natural.	10	4.2	3	1.3	6	2.5	92	38.3	129	53.8	4.36
40. Considero que los avances científicos permitirán a la humanidad superar el fenómeno de la muerte.	81	33.8	85	35.4	44	18.3	18	7.5	12	5.0	2.15

Se puede observar que los jóvenes y los adultos mayores participantes presentan una tendencia a estar *en desacuerdo* hacia las creencias de corte científico; sin embargo, las diferencias a esta postura son notorias en que están *de acuerdo* en que la muerte es algo propio de la naturaleza humana ($\bar{X} = 4.29$) por cuanto que es un suceso natural ($\bar{X} = 4.36$) y que sucede cuando el organismo se descompone y es reabsorbido por la naturaleza ($\bar{X} = 4.24$).

Por otra parte, muestran su *desacuerdo* a creer que la ciencia puede ser capaz de superar el fenómeno de la muerte ($\bar{X} = 2.15$), sea mediante el hecho de nunca morir ($\bar{X} = 1.93$) de resucitar a los muertos ($\bar{X} = 1.99$) o mediante los procesos científicos de la criobiología ($\bar{X} = 2.16$) y del detenimiento del envejecimiento ($\bar{X} = 2.55$). De esto, se desprende la creencia que tienen de que es imposible la vida después de la muerte ($\bar{X} = 2.80$) ya que asocian este fenómeno con las funciones del organismo, muestran estar *de acuerdo* en que la muerte se define como la pérdida de las funciones del organismo ($\bar{X} = 4.16$).

De acuerdo a los porcentajes y frecuencias, los ítems que representan una carga hacia el *desacuerdo* son aquellos que señalan una postura contraria a los objetivos y postulados de diversas disciplinas científicas en torno al fenómeno de la muerte. Considerando los que se encuentran *en desacuerdo* y *totalmente en desacuerdo* se tiene que el 72.6% de los jóvenes y los adultos mayores no creen que la ciencia pueda ser capaz de hacer que el hombre nunca muera, debido a que el 70.4% descarta la idea de que el hombre pueda ser inmortal. Contrario a esto, si se suman los porcentajes de los *de acuerdo* y *totalmente de acuerdo*, el 92.1% piensan que la muerte es un suceso natural y el 87.6% lo creen así a causa de que sostienen que la muerte es algo propio del ser humano.

La categoría siguiente aborda las creencias sobre la vida después de la muerte desde una visión religiosa. Los resultados de los análisis descriptivos de esta categoría se muestran en la TABLA 4 (Ver, TABLA 4).

Ítems Creencias Religiosas	Totalmente en desacuerdo		En desacuerdo		Ni de acuerdo, ni en desacuerdo		De acuerdo		Totalmente de acuerdo		Media
	Frec	%	Frec	%	Frec	%	Frec	%	Frec	%	
1. Creo que las personas que hicieron el bien gozarán de la vida eterna.	51	21.3	16	6.7	51	21.3	64	26.7	58	24.2	3.26
3. Creo que el alma es inmortal.	26	10.8	26	10.8	54	22.5	58	24.2	76	31.7	3.55
5. Pienso que el infierno es un lugar de condena por las malas acciones cometidas por las personas.	55	22.9	41	17.1	62	25.8	49	20.4	33	13.8	2.85
6. Dios premia los actos buenos con la felicidad eterna en el cielo.	33	13.8	35	14.6	61	25.4	47	19.6	64	26.7	3.31
7. Creo que al morir las personas pueden reencontrarse con sus seres queridos ya fallecidos.	37	15.4	34	14.2	60	25.0	60	25.0	49	20.4	3.21
9. Considero que la muerte es la separación del cuerpo y del alma.	22	9.2	26	10.8	40	16.7	77	32.1	75	31.3	3.65
11. Creo que al final de los tiempos los cuerpos de los muertos resucitarán.	59	24.6	56	23.3	39	16.3	51	21.3	35	14.6	2.78
12. Considero que la muerte es un designio de Dios.	43	17.9	38	15.8	57	23.8	48	20.0	54	22.5	3.13
14. A mi parecer, la muerte es la entrada a la vida eterna.	44	18.3	39	16.3	43	17.9	62	25.8	52	21.7	3.16

18. Considero que para quienes tienen fe en Dios la vida no se acaba.	41	17.1	29	12.1	62	25.8	48	20.0	60	25.0	3.24
19. La resurrección consistirá en la reunificación del alma con su respectivo cuerpo.	56	23.3	58	24.2	59	24.6	39	16.3	28	11.7	2.69
21. Creo que después de la muerte el alma continúa viviendo en otro mundo.	51	21.3	27	11.3	59	24.6	58	24.2	45	18.8	3.08
22. Pienso que en el cielo las personas se encontrarán con Dios.	36	15.0	21	8.8	64	26.7	51	21.3	68	28.3	3.39
23. A mi parecer, el alma es lo que da vida a los seres humanos.	22	9.2	34	14.2	64	26.7	54	22.5	66	27.5	3.45
25. A mi parecer, vivir en el cielo es un estado de suprema felicidad.	44	18.3	21	8.8	69	28.8	56	23.3	50	20.8	3.20
26. Creo que al cielo van quienes cumplieron los mandamientos de Dios.	45	18.8	38	15.8	59	24.6	38	15.8	60	25.0	3.13
28. Dios castiga los actos malos con el sufrimiento eterno.	76	31.7	42	17.5	67	27.9	35	14.6	20	8.3	2.50
36. En el infierno los demonios castigan a los condenados según los pecados que cometieron.	68	28.3	52	21.7	56	23.3	38	15.8	26	10.8	2.59
38. Creo que en el momento de la resurrección se dará a las personas un cuerpo glorioso.	61	25.4	56	23.3	63	26.3	24	10.0	36	15.0	2.66
39. Pienso que las personas que hicieron el mal serán castigadas con el fuego eterno del infierno.	76	31.7	58	24.2	40	16.7	33	13.8	33	13.8	2.54

A partir de los resultados de esta categoría se tiene que los participantes muestran una tendencia hacia el *desacuerdo* con respecto a las creencias religiosas sobre la vida después de la muerte. Piensan que la muerte no es un designio de Dios ($\bar{X} = 3.13$), ni tampoco que la muerte es la entrada a la vida eterna ($\bar{X} = 3.16$). Con respecto a la idea de la vida después de la muerte en la que el alma va a algún lugar de premio o castigo por las acciones realizadas, manifiestan estar *en desacuerdo* en que las personas que hicieron el mal van al infierno ($\bar{X} = 2.54$) considerándolo como un castigo de Dios que se paga con el sufrimiento eterno ($\bar{X} = 2.50$). De igual forma, parece existir cierto *desacuerdo* en las afirmaciones acerca del cielo como un lugar a donde van quienes cumplieron los mandamientos de Dios

($\bar{X} = 3.13$); tampoco creen que sea un estado de suprema felicidad ($\bar{X} = 3.20$) ni que sea un premio de Dios por los actos buenos realizados ($\bar{X} = 3.31$).

En este mismo sentido, los jóvenes y los adultos mayores dicen estar *en desacuerdo* con la idea de la resurrección al final de los tiempos ($\bar{X} = 2.78$) en la que se les dará a las personas un cuerpo glorioso ($\bar{X} = 3.66$) y se reunificará el alma con su respectivo cuerpo ($\bar{X} = 2.69$).

Sin embargo, mantienen creencias en torno a la existencia del alma y la cualidad de ésta de ser inmortal ($\bar{X} = 3.55$), consecuencia de esto es por lo que creen que la muerte se define como la separación del cuerpo y del alma ($\bar{X} = 3.65$). A pesar de reportar esto, los encuestados presentan una inclinación a estar *en desacuerdo* con la idea de que el alma continúa viviendo en otro mundo ($\bar{X} = 3.08$) y de que ésta es lo que da vida a las personas ($\bar{X} = 3.45$).

De acuerdo a la suma de los porcentajes de *en desacuerdo* y *totalmente en desacuerdo* de los ítems acerca de la visión religiosa de la vida después de la muerte, en los reactivos 28 y 38 se muestra un porcentaje de 49.2% y 48.7% respectivamente, en los cuales los participantes en general no consideran la idea de ir al infierno ni de resucitar después de la muerte. Por otra parte, el 55.9% de los encuestados piensa que el alma es inmortal, en concordancia con el 63.4% que está *de acuerdo* con la idea de que al separarse ésta del cuerpo es cuando ocurre la muerte.

3. Análisis Factorial

Este tipo de análisis permite realizar una correspondencia empírica respecto al marco teórico de la presente investigación mediante la reducción de los datos a partir del agrupamiento de las variables que son homogéneas y así encontrar el número mínimo de dimensiones que permitan explicar las respuestas de los participantes (Dorantes, 2010; Herrera, 2014; Galán, 2015). Esta prueba muestra los siguientes resultados:

Matriz de componentes rotados

Esta prueba permite conocer la información sobre la correlación de todas las variables, con el objetivo de identificar las variables que no parezcan estar correlacionadas con las demás (Herrera, 2014). El método de extracción se dio a partir del análisis de los componentes principales; utilizando el método de rotación de normalización Varimax con Kaiser se convergió en 18 iteraciones.

Varianza total explicada

Mediante el valor de esta prueba se tiene que el IMCVDM explica el 34.001 de la varianza total, es decir, la capacidad de explicación del fenómeno de la variable dependiente.

Con base en los análisis anteriores, el agrupamiento de las variables dio como resultado 9 factores, de los cuales 5 de ellos contenían reactivos que no alcanzaron el criterio de pesos factoriales, o bien, porque compartieron peso factorial en otro factor. Con este procedimiento fueron eliminados los ítems 28, 39, 19, 9, 16 y 35.

De esta forma, el agrupamiento de las variables quedó conformado por 4 factores en donde se encontraron variables que tienen homogeneidad y que explican las creencias de los participantes encuestados (Ver, TABLA 5):

TABLA 5. Matriz de componentes rotados varianza total explicada y Alpha de Cronbach por factores

Reactivo	Carga factorial			
	FACTOR 1	FACTOR 2	FACTOR 3	FACTOR 4
	CR	CC: AC	CC: DM	CC: FV
1. Creo que las personas que hicieron el bien gozarán de la vida eterna.	.534			
3. Creo que el alma es inmortal.	.712			
5. Pienso que el infierno es un lugar de condena por las malas acciones cometidas por las personas.	.459			
6. Dios premia los actos buenos con la felicidad eterna en el cielo.	.762			
7. Creo que al morir las personas pueden reencontrarse con sus seres queridos ya fallecidos.	.450			
11. Creo que al final de los tiempos los cuerpos de los muertos resucitarán.	.529			
12. Considero que la muerte es un designio de Dios.	.699			
14. A mi parecer, la muerte es la entrada a la vida eterna.	.720			

18. Considero que para quienes tienen fe en Dios la vida no se acaba.	.770			
21. Creo que después de la muerte el alma continúa viviendo en otro mundo.	.759			
22. Pienso que en el cielo las personas se encontrarán con Dios.	.760			
23. A mi parecer, el alma es lo que da vida a los seres humanos.	.696			
25. A mi parecer, vivir en el cielo es un estado de suprema felicidad.	.745			
26. Creo que al cielo van quienes cumplieron los mandamientos de Dios.	.824			
36. En el infierno los demonios castigan a los condenados según los pecados que cometieron.	.593			
38. Creo que en el momento de la resurrección se dará a las personas un cuerpo glorioso.	.526			
4. En el futuro la ciencia tendrá la capacidad de prolongar la vida humana de manera indefinida.		.607		
8. A mi parecer, los avances científicos podrán hacer que los seres humanos sean inmortales.		.750		
13. Pienso que los avances científicos permitirán al hombre nunca morir.		.775		
15. Considero que los progresos científicos permitirán resucitar a los muertos.		.780		
24. Considero que los estudios científicos podrán detener el proceso del envejecimiento.		.721		
34. La congelación de cuerpos es un recurso que permitirá revivir a los muertos.		.799		
40. Considero que los avances científicos permitirán a la humanidad superar el fenómeno de la muerte.		.750		
2. A mi parecer, es imposible que un organismo que ha muerto vuelva a vivir.			.201	
10. A mi parecer, la muerte es un hecho inevitable del cual ya no hay retorno.			.469	
17. Tras la muerte, el cadáver se descompone y es reabsorbido por la naturaleza.			.752	
29. Considero que la conciencia es exclusivamente producto de los procesos cerebrales			.683	
31. A mi parecer, después de la muerte es imposible que la conciencia continúe existiendo.			.562	
32. Estar muerto significa que todo el organismo ha dejado de funcionar.			.712	
33. Considero que la muerte es el término de la vida.			.568	
37. Considero que la muerte es un suceso natural.			.672	
20. Considero que la cesación de los procesos cerebrales implica el fin de la vida.				.602
27. Pienso que es imposible la vida después de la muerte.				.757
30. Creo que la muerte es el final de la existencia.				.731
Total de reactivos	16	7	8	3
% de Varianza Total explicada	15.999	7.000	8.002	3.000
Valor de coeficiente Alpha de Cronbach	.932	.876	.764	.666

FACTOR 1. Creencias religiosas (CR): la muerte como un designio divino que marca la entrada del alma a la vida eterna y en donde las personas serán premiadas o castigadas en función de las acciones realizadas, yendo al cielo o al infierno, y participando de la resurrección al final de los tiempos. Este factor contiene 16 ítems de los 34 que conforman el IMCVDM, teniendo como valor absoluto .824 correspondiente al reactivo 26 “Creo que al cielo van quienes cumplieron los mandamientos de Dios”. El valor del coeficiente de Cronbach de este factor es de $\alpha=.932$ con un valor de la varianza total explicada de 15.999.

FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC): la ciencia y sus avances como elementos que permitirán superar el fenómeno de la muerte mediante la prolongación indefinida de la vida, el detenimiento del proceso del envejecimiento y la posibilidad de revivir a los muertos y. Este factor contiene 7 ítems del total, con un valor absoluto de .799 que corresponde al reactivo 34 “La congelación de cuerpos es un recurso que permitirá revivir a los muertos”. El valor del coeficiente de Alpha de Cronbach es de $\alpha=.876$ con un valor de la varianza total explicada de 7.000.

FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM): la muerte como un hecho natural e inevitable, a partir del cual el organismo pierde la conciencia y todas sus funciones vitales, llegando así al término de la vida. El número de reactivos que contiene este factor es de 8 afirmaciones de las 34 totales. El mayor valor absoluto es de .752 que corresponde al reactivo “Tras la muerte, el cadáver se descompone y es reabsorbido por la naturaleza”. El valor de su coeficiente de fiabilidad es de $\alpha=.764$ con una varianza total explicada de 8.002.

FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV): el hecho de la muerte como imposibilidad de que la vida pueda continuar una vez ocurrida ésta, ya que constituye el final de la existencia y de la vida misma. Este factor contiene 3 ítems de un total de 34, en donde el valor absoluto es de .757 que corresponde al reactivo 27 “Pienso que es imposible la vida después de la muerte”. El valor del coeficiente de Cronbach de este factor es de $\alpha=.666$ con un valor de la varianza total explicada de 3.000.

Como se puede observar, los cuatro factores se conforman de acuerdo al contenido de cada uno de los reactivos. El FACTOR 1. CR presenta homogeneidad entre sus reactivos al estar agrupados en torno a la categoría de creencias religiosas. A diferencia de este factor, el FACTOR 2. CC: AC, junto con el FACTOR 3. CC: DM y el FACTOR 4. CC: FV están compuestos por ítems que pertenecen a la categoría de creencias científicas.

Con base en los análisis precedentes, el IMCVDM quedó finalmente conformado por 34 reactivos agrupados en los 4 factores explicados, con un alpha de Cronbach de $\alpha=.828$ que explican un 34.001 de la varianza total.

4. Análisis Correlación de Pearson

La prueba de Correlación de Pearson es un coeficiente que proporciona un índice (valor) que habla del nivel de relación que tienen dos variables, señala la dirección de la asociación y permite conocer su significancia, de forma que se pueda saber si la hipótesis se comprueba o no (Rivera y García, 2005). Con el objetivo de identificar la presencia de relaciones entre los factores obtenidos, se procedió a realizar esta prueba.

Los resultados señalan que el FACTOR 1. Creencias religiosas (CR) interactúa con el FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC), no así, entre el FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM) y el FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV). De igual forma, el FACTOR 3. CC: DM, interactúa con el FACTOR 4. CC: FV (Ver, TABLA 6).

TABLA 6. Análisis de factores correspondientes a los resultados de la correlación de Pearson

		FACTOR 1	FACTOR 2	FACTOR 3	FACTOR 4
		CR	CC: AC	CC: DM	CC: FV
FACTOR 1	CR	1			
FACTOR 2	CC: AC	-.220**	1		
FACTOR 3	CC: DM	-.093	.114	1	
FACTOR 4	CC: FV	.005	.030	.522**	1

** La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

Al interactuar el FACTOR 1. CR con el FACTOR 2. CC: AC, se tiene que existe una relación de coexistencia entre las creencias científicas y las creencias de tipo religioso. Estos resultados indican que los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México consideran el aspecto religioso para explicar la vida después de la muerte, creen en la existencia del alma la cual puede continuar viviendo en otro mundo (cielo o infierno) y sostienen que es Dios quien ordena los aspectos relacionados en torno al fenómeno de la vida y la muerte. Así mismo, creen que los avances de la ciencia permitirán retrasar, o incluso superar el fenómeno de la muerte, mediante los diferentes procesos que pueden conservar la vida. El coeficiente de correlación obtenido entre estos dos factores es de $-.220^{**}$, resultado que indica una correlación *baja y negativa*, esto es que a mayor creencia religiosa, menor creencia científica, y viceversa.

En este sentido, tanto la ciencia como la religión norman y guían el comportamiento de los encuestados. Por ello, se acepta la hipótesis general de esta investigación, la cual plantea que “Las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México se fundamentan en la ciencia y en la religión”. De igual forma, se aceptan las afirmaciones de las hipótesis 1 y 2.

La correlación significativa obtenida entre el FACTOR 3. CC: DM y el FACTOR 4. CC: FV dio como resultado un coeficiente de correlación de $.522^{**}$ que indica una relación *moderada y positiva*. Esto señala que los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México definen el fenómeno de la muerte desde una perspectiva

científica, por cuanto la conciben como el fin de la vida considerando la imposibilidad de una vida después de la muerte.

También piensan que la muerte es un hecho que no se puede evitar debido a que es un suceso natural en el cual la materia del cadáver se descompone y vuelve a reintegrarse a la naturaleza, marcando de esta forma el final de la existencia. Por lo tanto, creen que los procesos cerebrales, como lo es la conciencia, son únicamente producto de la compleja combinación y organización de la materia que da como resultado la vida (Langton 1996; González, 2012), y que una vez que estos procesos cesan es cuando viene la muerte.

5. Análisis *t* de Student

La prueba *t* de Student para muestras independientes es un método de análisis estadístico que se utiliza para comparar las medias entre dos grupos distintos respecto los factores de estudio y así establecer las diferencias estadísticamente significativas entre ambos (Galán, 2015; Ramírez y Caballero, 2015).

Con respecto a la variable sociodemográfica de edad, los resultados obtenidos en esta prueba indican que existen diferencias significativas entre las medias del grupo de los jóvenes y el grupo de los adultos mayores en relación a 3 de los 4 factores de estudio (Ver, TABLA 7).

TABLA 7. Análisis de los Factores correspondientes a los resultados del análisis *t* de Student de la variable sociodemográfica EDAD

Factor	Edad	Media	t	Sig.
FACTOR 1. Creencias religiosas (CR)	20 a 24 años	2.6068	-9.801	.000
	Más de 65 años	3.6406		
FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC)	20 a 24 años	2.6083	7.867	.000
	Más de 65 años	1.7619		
FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM)	20 a 24 años	3.8438	1.176	.241
	Más de 65 años	3.7313		
FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV)	20 a 24 años	3.0639	-3.143	.002
	Más de 65 años	3.4722		

El FACTOR 1. Creencias religiosas (CR) marca una diferencia estadísticamente significativa de 1.0338 unidades que refleja que los jóvenes tienden a estar *en desacuerdo* con las creencias religiosas ($\bar{X} = 2.6068$), mientras que los adultos mayores se inclinan más hacia el *acuerdo* ($\bar{X} = 3.6406$). Esto indica que para los jóvenes la creencia religiosa no es relevante para explicar el fenómeno de la muerte, ya que en ellos impera una explicación científica para definirla ($\bar{X} = 3.8438$).

En el FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC) se encontró también una diferencia estadísticamente significativa de .8464 unidades. La postura de los jóvenes con respecto a los avances científicos sobre la prolongación de la vida y la superación de la muerte es de *desacuerdo* ($\bar{X} = 2.6083$), en tanto que los adultos mayores dicen estar *totalmente en desacuerdo* con esta idea ($\bar{X} = 1.7619$).

Por otra parte, en el FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV) la diferencia estadísticamente significativa entre ambos grupos fue de .4083 unidades. Tanto los jóvenes como los adultos mayores muestran una tendencia a estar *en desacuerdo* a esta creencia, con una $\bar{X} = 3.0639$ y $\bar{X} = 3.4722$, respectivamente.

Finalmente, no se encontraron diferencias estadísticamente significativas en el FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM). La diferencia fue de .1125 unidades, en donde los jóvenes ($\bar{X} = 3.8438$) y los adultos mayores ($\bar{X} = 3.7313$) mencionan estar *de acuerdo* a creer que la muerte puede ser explicada desde una visión científica, en cuanto la piensan como un fenómeno natural e inevitable, en donde determinados parámetros biológicos marcan el cese de la vida.

Dados estos resultados, se acepta la hipótesis 3 de esta investigación la cual menciona que existen diferencias estadísticamente significativas entre las creencias (científicas y religiosas) sobre la vida después de la muerte en los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México. Cada uno de estos grupos alude a un contexto diferente, es decir, en los jóvenes hay una tendencia a inclinarse por las explicaciones con enfoque científico, mientras que los adultos mayores prefieren las explicaciones religiosas.

6. Análisis de Varianza (ANOVA)

El análisis de varianza es un método que permite contrastar dos o más medias de las muestras estudiadas con respecto a una variable, con la finalidad de encontrar diferencias estadísticamente significativas entre dichas medias (Rivera y García, 2005; Galán, 2015).

Se hizo uso de esta prueba para conocer si los valores de las variables sociodemográficas de sexo, edad, estado civil, escolaridad y religión eran significativamente distintas en las personas que conformaron la muestra. Se presentan a continuación los resultados para cada una de ellas.

Variable Sociodemográfica: Sexo

Los resultados obtenidos para esta variable muestran que no existen diferencias estadísticamente significativas entre la variable de sexo y los factores que conforman las creencias científicas y religiosas sobre la vida después de la muerte (Ver, TABLA 8).

TABLA 8. ANOVA para la variable sociodemográfica SEXO					
Factor	Sexo	Media	gl.	F	Sig.
FACTOR 1. Creencias religiosas (CR)	Hombres	3.1225	1	.000	.987
	Mujeres	3.1246			
FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC)	Hombres	2.1287	1	.636	.426
	Mujeres	2.2261			
FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM)	Hombres	3.8403	1	.885	.348
	Mujeres	3.7491			
FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV)	Hombres	3.3003	1	.172	.678
	Mujeres	3.2446			

Por ello, se procedió a realizar el análisis por reactivo, con lo cual se obtuvieron diferencias estadísticamente significativas para los reactivos 21, 24 y 26 (Ver, TABLA 9).

TABLA 9. ANOVA por reactivo para la variable sociodemográfica SEXO					
Reactivo	Sexo	Media	gl.	F	Sig.
21. Creo que después de la muerte el alma continúa viviendo en otro mundo.	Hombres	2.81	1	6.516	.011
	Mujeres	3.27			
24. Considero que los estudios científicos podrán detener el proceso del envejecimiento.	Hombres	2.30	1	6.117	.014
	Mujeres	2.73			
26. Creo que al cielo van quienes cumplieron los mandamientos de Dios.	Hombres	3.36	1	4.604	.033
	Mujeres	2.96			

Para la afirmación 21 “Creo que después de la muerte el alma continúa viviendo en otro mundo”, ($F= 6.516$, $gl= 1$, $p\leq .011$) y la 26 “Creo que al cielo van quienes cumplieron los mandamientos de Dios” ($F= 4.604$, $gl= 1$, $p\leq .033$) los resultados indican que los hombres

($\bar{X} = 2.81$) ($\bar{X} = 3.36$) y las mujeres ($\bar{X} = 3.27$) ($\bar{X} = 2.96$) presentan estar *en desacuerdo* con esta afirmación.

En cuanto a las diferencias significativas encontradas en el reactivo 24 “Considero que los estudios científicos podrán detener el proceso del envejecimiento”, los hombres ($\bar{X} = 2.30$) y las mujeres ($\bar{X} = 2.73$) mostraron *desacuerdo* con esta afirmación, en cuanto a que consideran la imposibilidad de la ciencia de poder hacer más longeva la vida humana.

Variable Sociodemográfica: Edad

En concordancia con el análisis de la prueba *t* de Student, mediante el análisis de varianza se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre la variable sociodemográfica edad y las creencias que conforman el FACTOR 1. CR, el FACTOR 2. CC: AC y el FACTOR 4. CC: FV (Ver, TABLA 10).

Factor	Edad	Media	gl.	F	Sig.
FACTOR 1. Creencias religiosas (CR)	20 a 24 años	2.6068	1	96.068	.000
	Más de 65 años	3.6406			
FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC)	20 a 24 años	2.6083	1	61.893	.000
	Más de 65 años	1.7619			
FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM)	20 a 24 años	3.8438	1	1.383	.241
	Más de 65 años	3.7313			
FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV)	20 a 24 años	3.0639	1	9.876	.002
	Más de 65 años	3.4722			

En el FACTOR 1. Creencias religiosas (CR) ($F= 96.068$, $gl= 1$, $p\leq .000$) se tiene que los adultos mayores ($\bar{X} = 3.6406$) sostienen creencias sobre la vida después de la muerte que se fundamentan en una visión religiosa. Por su parte, los jóvenes ($\bar{X} = 2.6068$), no conciben

que estas explicaciones puedan ser válidas para describir la vida o la muerte. De acuerdo con este resultado, se puede decir que la creencia religiosa se incrementa de forma gradual con la edad.

El FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC) ($F= 61.893$, $gl= 1$, $p\leq .000$) muestra cómo es que los jóvenes ($\bar{X} = 2.6083$) y los adultos mayores ($\bar{X} = 1.7619$) no reflejan creencias sobre la posibilidad de prolongar la vida humana mediante la tecnología científica y de esta forma hacer verás la idea de la vida después de la muerte.

Por otra parte, en el FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV) ($F= 9.876$, $gl= 1$, $p\leq .002$) la diferencia estadísticamente significativa señala que tanto los jóvenes ($\bar{X} = 3.0639$) como los adultos mayores ($\bar{X} = 3.4722$) muestran una tendencia a estar *en desacuerdo* a esta creencia.

En efecto, estos resultados sugieren que ambos grupos de edad se encuentran *en desacuerdo* con las creencias de tipo científico, sin embargo, en el FACTOR 2. CC: AC se evidencia cómo es que el grupo de los adultos mayores apoyan menos estas nociones científicas con una diferencia de medias entre ambos grupos de 0.8464 unidades.

Variable Sociodemográfica: Estado Civil

Se muestra una diferencia estadísticamente significativa el FACTOR 1. CR, el FACTOR 2. CC: AC y el FACTOR 4. CC: FV con respecto a esta variable sociodemográfica (Ver, TABLA 11).

TABLA 11. ANOVA para la variable sociodemográfica ESTADO CIVIL

Factor	Estado Civil	Media	gl.	F	Sig.
FACTOR 1. Creencias religiosas (CR)	Casado	3.4194	1	26.609	.000
	Soltero	2.8077			
FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC)	Casado	1.8641	1	34.614	.000
	Soltero	2.5283			
FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM)	Casado	3.7379	1	1.148	.285
	Soltero	3.8405			
FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV)	Casado	3.5887	1	27.939	.000
	Soltero	2.9253			

Para el FACTOR 1. Creencias religiosas (CR) ($F= 26.609$, $gl= 1$, $p\leq .000$), los casados ($\bar{X} = 3.4194$) y los solteros ($\bar{X} = 2.8077$) se encuentran *en desacuerdo* con este tipo de creencia. Los casados resultan ser más creyentes en cuestiones de tipo religioso que tienen que ver con los eventos que ocurren después de la muerte, marcando una diferencia .6117 unidades con respecto de los solteros.

Las diferencias que se observaron en el FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC) ($F= 34.614$, $gl= 1$, $p\leq .000$) indican que quienes se encuentran casados ($\bar{X} = 1.8641$) presentan una postura de estar *totalmente en desacuerdo* con las creencias científicas sobre la inmortalidad del ser humano o la posibilidad de resucitar a los muertos a través de métodos de la ciencia, en concordancia con los solteros ($\bar{X} = 2.5283$) que mencionan estar únicamente *en desacuerdo* con estas afirmaciones.

En cuanto a la diferencia encontrada en el FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV) ($F= 27.939$, $gl= 1$, $p\leq .000$) las personas casadas ($\bar{X} = 3.5857$) reflejan creencias científicas sobre la vida después de la muerte, manifestando la imposibilidad de esta. A diferencia de los solteros ($\bar{X} = 2.9253$) que mencionan estar *en desacuerdo* con esta creencia.

Estos resultados sugieren que en las personas casadas hay una tendencia a inclinarse por las creencias de tipo religioso sobre la vida después de la muerte, mientras que los solteros prefieren explicaciones sobre la base de las creencias científicas.

Variable Sociodemográfica: Escolaridad

La diferencia es estadísticamente significativa en la variable sociodemográfica escolaridad respecto a la variable dependiente del FACTOR 1. CR y el FACTOR 2. CC: AC (Ver, TABLA 12).

TABLA 12. ANOVA para la variable sociodemográfica ESCOLARIDAD					
Factor	Escolaridad	Media	gl.	F	Sig.
FACTOR 1. Creencias religiosas (CR)	Básica	3.6477	3	26.110	.000
	Media Superior	2.8869			
	Superior	2.6559			
	Sin escolaridad	4.3958			
FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC)	Básica	1.7760	3	16.528	.000
	Media Superior	2.4308			
	Superior	2.5181			
	Sin escolaridad	1.000			
FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM)	Básica	3.6946	3	2.019	.112
	Media Superior	3.7401			
	Superior	3.9413			
	Sin escolaridad	3.5208			
FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV)	Básica	3.4318	3	1.339	.262
	Media Superior	3.1746			
	Superior	3.1526			
	Sin escolaridad	3.4444			

Los grupos de escolaridad básica ($\bar{X} = 3.6477$) y sin escolaridad ($\bar{X} = 4.3958$) mantienen una postura *de acuerdo* con las creencias que representan el FACTOR 1. Creencias religiosas (CR) ($F= 26.110$, $gl= 3$, $p\leq .000$); no así el grupo de las personas con escolaridad media superior ($\bar{X} = 2.8869$) y superior ($\bar{X} = 2.6559$) quienes tienden hacia el *desacuerdo*.

De manera similar, en el FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC) ($F= 16.528$, $gl= 3$, $p\leq .000$), el grupo sin escolaridad ($\bar{X} = 1.000$), escolaridad básica ($\bar{X} = 1.7760$), media superior ($\bar{X} = 2.4308$) y superior ($\bar{X} = 2.5181$) mantienen una postura que va desde el *desacuerdo* hasta *totalmente en desacuerdo* con las creencias de este factor.

Los resultados del FACTOR 1. CR ponen en evidencia cómo es que las personas sin escolaridad y escolaridad básica resultan ser más creyentes a los aspectos religiosos (con una diferencia de medias entre ambos grupos de 0.7481 unidades) en comparación con las personas con escolaridad media superior y superior (con una diferencia de medias de 0.2310 unidades) quienes no se muestran a favor de esta creencia. Lo mismo sucede con lo encontrado en el FACTOR 2. CC: AC en donde la postura de los encuestados va del *totalmente en desacuerdo* al *desacuerdo*, mostrando que a menor escolaridad se está *en desacuerdo* con las creencias científicas de este factor; la diferencia de medias entre los grupos de escolaridad superior y sin escolaridad fue de 1.5181 unidades.

De acuerdo con estos resultados, se puede decir que la creencia religiosa se incrementa de forma gradual a menor grado o nivel de escolaridad, mientras que la creencia científica aumenta si también es mayor el nivel de escolaridad.

Variable Sociodemográfica: Religión

Al realizar el análisis de varianza para esta variable, los resultados reportaron diferencias estadísticamente significativas en el FACTOR 1. CR, el FACTOR 3. CC: DM y el FACTOR 4. CC: FV (Ver, TABLA 13).

Factor	Religión	Media	gl.	F	Sig.
FACTOR 1. Creencias religiosas (CR)	Creyente	3.3197	1	87.476	.000
	No creyente	1.8496			
FACTOR 2. Creencias científicas: avances científicos (CC: AC)	Creyente	2.1470	1	2.622	.107
	No creyente	2.4330			
FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM)	Creyente	3.7284	1	10.303	.002
	No creyente	4.1719			
FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV)	Creyente	3.1859	1	10.418	.001
	No creyente	3.8021			

Para la variable sociodemográfica de religión y el FACTOR 1. Creencias religiosas (CR) ($F= 87.476$, $gl= 1$, $p\leq .000$) los resultados indican que las personas que dijeron no tener algún tipo de filiación religiosa ($\bar{X} = 1.8496$) no presentan creencias religiosas sobre la vida después de la muerte basadas en la existencia del alma, Dios, el cielo o el infierno, así como en la resurrección, a diferencia de las personas que profesan alguna religión y que se consideran como creyentes ($\bar{X} = 1.8496$) quienes sí manifestaron tener este tipo de creencias ya que les permite interpretar lo que sucede con las personas después de la muerte.

En el FACTOR 3. Creencias científicas: definición de muerte (CC: DM) ($F= 10.303$, $gl= 1$, $p\leq .002$) se encontró las personas creyentes ($\bar{X} = 3.7284$) así como los no creyentes ($\bar{X} = 4.1719$) creen que la muerte se puede explicar a través de la ciencia, por cuanto ésta

constituye un fenómeno natural que no puede ser evitado y que marca la pérdida de la funcionalidad del organismo junto con todos sus procesos.

Aun cuando en el FACTOR 3. CC: DM los dos grupos presentan una tendencia hacia el *acuerdo*, existe entre cada uno de ellos una diferencia significativa de medias. Los creyentes muestran estar *de acuerdo* en menor medida que los no creyentes con esta creencia, marcando así una diferencia de 0.4435 unidades.

Eventualmente, el FACTOR 4. Creencias científicas: fin de la vida (CC: FV) ($F= 10.418$, $gl= 1$, $p\leq .001$) marca una diferencia estadísticamente significativa entre los que profesan alguna religión y los que no se consideran dentro de algún credo. Las personas creyentes ($\bar{X} = 3.1859$) muestran un *desacuerdo* a la imposibilidad de la vida después de la muerte, mientras que los no creyentes ($\bar{X} = 3.8021$) se oponen a esta idea puesto que se manifiestan *de acuerdo* con esta creencia.

PARTE IV

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES



DISCUSIÓN

Las creencias son sistemas interpretativo-explicativos de la realidad a partir de los cuales las personas realizan juicios y evaluaciones sobre sí mismos, los demás y el mundo que los rodea. Al ser un conjunto de realidades metaempíricas y de ideas que una persona o grupo aceptan, reconocen y afirman como principio de cuanto deben pensar, hacer y esperar, satisfacen la necesidad del hombre de comprender el sentido de su vida y dan cohesión y dinámica al grupo social al que se pertenece (Quintana, 2001; Dilts, 2003; Fernández, 2006).

Desde la perspectiva de Pepitone (1991), las creencias son conceptos que representan lo que existe para el individuo más allá de la percepción directa y cuya existencia es asumida, es decir, la creencia versa sobre la aceptación de algún objeto sin importar su veracidad. De igual forma, las creencias aparecen frente a aquello que resulta verdadero y relevante para las personas y se fijan como una disposición a la acción, es decir, se manifiestan como un conjunto coherente de respuestas que está determinado por el objeto o la situación aprehendida (Villoro, 2008).

El pensar en la muerte, y particularmente en el tema de la vida después de la muerte, es un tópico que ha despertado siempre el interés del ser humano, ya que es un proceso inherente a su propia existencia y que constituye esencialmente un fenómeno enigmático y hasta contradictorio. La vida y la muerte son fenómenos que la humanidad sabe cómo ocurren, pero que no ha logrado comprender (Málishhev, 2003; Anaya y Padilla, 2010). Por

ello es que en esta investigación se abordaron las creencias científicas y religiosas sobre la vida después de la muerte como un marco interpretativo a través del cual las personas pueden solventar su necesidad de comprensión y resolución a las interrogantes sobre el fin último de su vida.

La hipótesis general de este trabajo: Las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México se fundamentan en la ciencia y en la religión, se planteó sobre el supuesto de que en ambos grupos de edad existe una coexistencia de creencias científicas y religiosas. Si bien, los resultados indican que esta coexistencia es de tipo negativo, por lo que se puede observar que los jóvenes presentan una tendencia hacia el desacuerdo por las creencias religiosas, mientras que los adultos mayores concuerdan con estas ideas. Así mismo, la teoría señala que los jóvenes se inclinan por las explicaciones científicas, no así los adultos mayores quienes optan por las concepciones religiosas (Muriá, 2000; Vilches, 2000; Clarke, Hayslip, Edmondson y Guarnaccia, 2003; Pinazo y Bueno, 2004; Tomás-Sábado y Gómez-Benito, 2004; Sandtrok, 2006; Uribe, Valderrama, Durán, Galeano, Gamboa y López, 2008; González-Celis y Araujo, 2010; Menéndez, 2014; Esquivel y Patiño, 2015; Méndez, 2015; Arenas, 2017; Martínez, 2017).

Este resultado obtenido mediante la correlación de Pearson señala que a mayor creencia religiosa, menor creencia científica y, viceversa. Dicha divergencia puede explicarse por lo que se menciona con respecto al conflicto entre la ciencia y la religión, dado que el credo religioso difiere de la teoría científica porque pretende mantener una verdad eterna y absolutamente cierta, a diferencia de la ciencia en la que sus explicaciones teóricas conservan una utilidad mientras se hacen posibles nuevas observaciones que modificarían las teorías existentes o crearían nuevas (Fernández, 1998, como se citó en Calleja y Gómez, 2001), tal es el caso de los avances científicos que buscan prolongar la vida humana de manera indefinida y lograr así la inmortalidad; pese a que esta idea suena como no científica, muchos campos de estudio ya se encuentran trabajando en cómo convertir este objetivo en una realidad empírica palpable (Kurtzman y Gordon, 1978; Klarsfeld y Revah, 2002; Hamilton, 2005; Willis, 2009; Sheldrake, 2013).

De igual forma, el científico Dawkins (Giberson y Artigas, 2012) opina que la ciencia y la religión son empresas opuestas e incompatibles, al igual que Sturges (2011, como se citó en Herrera, 2014) quien esboza que aunque ambas pueden considerarse dos instituciones que explican la realidad, en la práctica divergen de sus efectos.

Agazzi (2014) agrega que la ciencia debe entenderse como una compleja caracterización epistemológica y metodológica de conocimientos articulados sistemáticamente, mientras que la religión es una actitud que consiste en admitir la existencia de un poder sagrado del cual depende la realidad; en efecto, la religión ha permitido a la humanidad enfrentar los problemas existenciales sobre la vida y ha propuesto una constelación de normas y valores destinados a señalar a las personas el modo idóneo para vivir su existencia.

Al respecto, Gould (2000, como se citó en Herrera, 2014) menciona que la ciencia se encarga de dar explicación empírica a la constitución del universo, mientras que la religión aborda la búsqueda de los valores éticos adecuados y el significado espiritual de la vida.

De igual forma, no se debe perder de vista que la ciencia y la religión son fenómenos sociales. Ambas instituciones interaccionan con la sociedad mediante la generación de explicaciones para los fenómenos, aportando soluciones y respuestas que pueden ser de aceptación, rechazo, prestigio e influencia; así mismo, contienen normas y supuestos que regulan la actividad de las personas y la forma en que éstas se relacionan y formulan su conocimiento (Garcés, 2013).

Significa entonces que es la cultura, el grupo social y el contexto específico quienes ejercen influencia en cuanto a lo que se debe de creer, ya que operan a través de las creencias como mecanismos de control y de reglas de comportamiento, los cuales permiten la convivencia y la sobrevivencia del grupo con base en la transmisión de valores y conocimientos (Díaz-Loving, Rivera, Villanueva y Cruz, 2011). Es decir, el grupo social influye en las creencias y en el contenido de estas.

Ahora bien, no hay que olvidar que las creencias son formas de entender el mundo, en cuanto que la ciencia vas más allá de la racionalidad científica (López, 2014) y busca

elaborar imágenes de la realidad para construir conocimientos que sean objetivos, provisionales, contrastables, lógicos y empíricos (Bunge, 2013).

Martínez (2017) apunta que las creencias no se fundamentan en la racionalidad, sino que sus fundamentos se hallan sobre los sentimientos, las experiencias y la ausencia de conocimientos específicos sobre el tema con el que se relacionan.

Siguiendo estos planteamientos, los resultados indicaron correlación entre dos de los factores de las creencias científicas, lo cual sugiere que los jóvenes y los adultos mayores definen el hecho de morir desde los conocimientos que la ciencia proporciona, ya que la piensan como un suceso natural e inevitable que marca el término de la vida y que puede ser evidenciado a partir de los parámetros biológicos del cese de las funciones del organismo. Puede decirse que la muerte es entendida como una parte del ciclo de la vida; las especies nacen, crecen, se reproducen y mueren, llegando así al momento en el cual el cadáver se reincorpora a los ciclos biológicos de la materia (García-Rillo, García-Pérez y Duarte, 2012; Pastor, Escobar, Mayoral y Ruiz, 2014).

Referente a esto, Agazzi (2014) sostiene que las explicaciones científicas tienen una prioridad sobre las tradiciones religiosas en el sentido de que la ciencia presenta descripciones precisas sobre los fenómenos que estudia, mientras que la religión provee representaciones descriptivas cosmológicas sobre la realidad que funcionan como una herramienta cognitiva que saldan los límites del conocimiento falible.

Con referencia a la hipótesis 1 “Los jóvenes de la Zona Metropolitana del Valle de México tienen creencias sobre la vida después de la muerte que se fundamentan en la ciencia” y la hipótesis 2 “Los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México tienen creencias sobre la vida después de la muerte que se fundamentan en la religión”, las cuales fueron aceptadas, Park (2012) establece que la creencia religiosa se identifica con una dimensión central en la religiosidad, por ello, al ser diferentes los factores culturales y sociales de ambos grupos estudiados, las creencias también difieren entre estos.

Son los adultos mayores quienes mediante la adhesión a las creencias religiosas encuentran un estado de bienestar que potencia su salud y que facilita el proceso de su envejecimiento de una forma activa y feliz (Flórez, 2015). Reyes-Ortíz (1998) se pronuncia

al respecto al afirmar que la religión tiene un alto impacto en los adultos mayores, por cuanto que casi 95% de esta población realiza actos religiosos como lo es el orar regularmente y usan la religión como recurso ante la ansiedad o la depresión por la muerte. Así mismo, Koenig, Moberg y Kvale (1988) señalan en su investigación *Religious activities and attitudes of older adults in a geriatric assessment clinic*, que 98% de los ancianos creen en Dios, 95% oran con regularidad y 81% piensan que las actividades religiosas les ayudaban durante las épocas críticas.

Las investigaciones citadas dejan en evidencia la razón por cuál las personas adultas mayores acuden y practican la religión, haciendo que de esta forma se adhieran a un marco interpretativo de tipo religioso.

Los adultos mayores encuentran también en la religión y en las creencias religiosas una herramienta de consuelo y seguridad por el futuro. Sobre esto, Freud (1982, como se citó en Muriá, 2000) menciona que una de las funciones de la religión es calmar la angustia que el hombre tiene ante las crueldades de la vida y el destino inevitable de la muerte; la religión viene a ser el consuelo ante la desdicha y la seguridad de un buen final.

De hecho no se puede hablar de la muerte sin mencionar la búsqueda de la trascendencia, es lo que afirma Hernández (2006). La religión tiene el papel importante de dar consuelo ante el hecho inevitable de morir, proporcionar esperanza y dar un significado a este acontecimiento.

Ahora bien, las creencias también cumplen su función de dar orientación a la vida de las personas y proporcionándoles sentimientos de paz y alegría (Quintana, 2001), lo que les lleva también a la disposición a actuar con referencia a aquello que se cree sobre una situación u objeto aprehendidos (Sola, 1999; Villoro, 2008), que en este caso es el llevar a cabo diversas prácticas o ritos religiosos.

Por su parte, los resultados referentes a los jóvenes concuerdan con lo reportado por Elzo (1999) quien señala que las creencias y las prácticas religiosas se encuentran presentes en menor medida entre los jóvenes. Así mismo, González-Anleo (2006) agrega que la mayor parte de los jóvenes no piensa ni profundiza sobre la solidez de sus creencias religiosas, debido a que en la mayoría de ellos la religión no es un aspecto que les interese.

La tendencia de los jóvenes a estar en desacuerdo con la creencia religiosa puede ser explicado por lo que discute Corpus (2013), quien argumenta que no es que los jóvenes hayan dejado de creer en las concepciones religiosas, sino que han encontrado otras formas de socialización donde comparten los bienes simbólicos de salvación, es decir, hay una emergencia de nuevas modalidades de agregación juvenil mediante una gran variedad de prácticas culturales en donde se hallen los medios para legitimar sus maneras de religiosidad.

Otro argumento con respecto a lo anterior es el que expone Luengo (1993, como se citó en Vega, 2014). Este autor explica que el hecho de que exista un descenso en la creencia sobre lo religioso por parte de los jóvenes se debe a que las generaciones anteriores asumían éstas como verdades absolutas y las tenían más presentes en sus conceptualizaciones religiosas. Esta situación lleva a pensar que ha ocurrido un cambio en la transmisión cultural entre generaciones; los jóvenes ya no comparten las creencias de los adultos.

Quizá estas diferencias también se deben a lo que explica López (2014) quien expone que, a pesar de que la ciencia y la religión no son paralelas, ambas confluyen en la forma en cómo cada una observa los hechos. La ciencia aporta el *cómo* en la tarea de comprender la realidad, mientras que la religión comprende esa misma realidad mediante la búsqueda del sentido a través del *porqué* y el *para qué*. Por ello, es que las creencias religiosas sobre la vida después de la muerte explican el sentido de la vida, dan esperanza sobre una vida feliz después de la muerte y una alternativa ante lo doloroso de la vida (Uribe, Valderrama y López, 2007), es decir, el *porqué* y el *para qué*; no así las creencias científicas que únicamente explican la muerte desde su naturaleza material, mediante la descripción del fenómeno (Pepitone, 1991; Jouvé, 2014), lo que consistiría en el *cómo*. De esta forma, los jóvenes buscan una explicación racional al fenómeno de morir, mientras que los adultos mayores persiguen la comprensión de su sentido.

Hernández (2006) apunta que las creencias sobre la vida después de la muerte obedecen a una funcionalidad de dar consuelo ante la muerte, proporcionarle significado y darle un sentido a la vida misma. Este autor también plantea que las diferentes perspectivas para abordar la muerte y las creencias asociadas a ellas si se entrelazan unas

con otras, dan como resultado una visión más completa para su interpretación. Razón de esto es por qué a pesar de considerar la ciencia como una mejor explicación ante el fenómeno de la muerte, esta puede llegar a considerarse como carente de información ya que no proporciona elementos explicativos que sí pueden estar contenidos en otras visiones; ante esta situación sobresalen las creencias sobre una continuidad de la vida que primordialmente se basa en la curiosidad que surge ante lo desconocido y el miedo que aparece por un suceso que se sabe que no puede ser evitado (Arenas, 2017).

Las creencias que mantienen los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México resuelven para estos dos grupos la necesidad de comprensión de la naturaleza, así como la búsqueda sobre la finalidad y el significado del mundo; las creencias científicas explican el fenómeno natural (propiedades, estructura y funcionamiento del objeto de investigación), en cambio, las creencias religiosas, a través de la religión, buscan la finalidad y el significado para así añadir un punto de vista más optimista sobre el futuro de la vida del ser humano (Jouvé, 2014).

Dado que cada uno de los grupos estudiados se encuentra dentro de un orden cultural distinto, este contexto es el que les dicta la forma de pensar y concebir el mundo, así como la forma mediante la cual construir su interacción social (Pepitone, 1991; Pajares, 1992).

La hipótesis 3 de esta investigación “Existe diferencia estadísticamente significativa entre las creencias (científicas y religiosas) sobre la vida después de la muerte en los jóvenes y los adultos mayores de la Zona Metropolitana del Valle de México” se explica también en razón de los argumentos y las investigaciones presentadas. Los resultados de las pruebas *t* de Student y análisis de varianza para la variable sociodemográfica de edad indican que los jóvenes tienden a estar en desacuerdo con las creencias religiosas, mientras que los adultos mayores están de acuerdo con éstas; para los jóvenes la creencia religiosa no es empleada con el fin de explicar el fenómeno de la muerte, ya que en ellos se presenta una cosmovisión de tipo científica.

Los resultados estadísticos muestran cómo es que la creencia religiosa se incrementa de forma gradual con la edad. Esto mismo es señalado por Sandtrok (2006) y Menéndez (2014) quienes plantean que la manera en que se piensa acerca de la muerte difiere

conforme avanza la edad; son las personas mayores quienes piensan más sobre la muerte en comparación con los jóvenes. A pesar de que es en la juventud cuando se construyen las posturas en torno al destino último del hombre y la posible existencia de la vida después de la muerte, estas creencias no toman significado relevante sino hasta que la propia muerte o la de otros es inminente o cercana. Si bien, los aspectos religiosos adquieren mayor importancia a medida que la gente envejece (Papalia, Wendkos y Duskin, 2010).

Igualmente y apoyando estas nociones, Hernández (2006) afirma que estas tendencias pueden deberse a que las personas mayores se encuentran cercanas a la muerte, surgiendo así la necesidad de satisfacer su curiosidad y comprender el suceso inevitable de la muerte, lo cual no necesariamente ocurre en los jóvenes.

Resulta relevante el resultado que señala que ni los jóvenes ni los adultos mayores creen que la ciencia, mediante sus avances científicos puede ser capaz de prologar la vida humana más allá de la duración que tendría en un estado natural, mediante el uso de la biotecnología de las disciplinas como lo son la medicina, la ingeniería y la genética (Kurtzman y Gordon, 1978; Cereijido, 2012; Pérez, 2012). Sin embargo, a pesar de que la muerte, propiamente dicha, no ha sido aún superada por la ciencia, existen ramas de la biología, como la criobiología, que se ha esmerado en encontrar la forma de frenar o ralentizan los procesos biológicos por cientos o miles de años con la esperanza de “reanimarlos” en algún momento (Herráez, 2009). El caso de la prolongación del envejecimiento y hacer más longeva la vida es un hecho, solo que la ciencia planea llegar más lejos al punto de revivir a los muertos y lograr la inmortalidad (Kurtzman y Gordon, 1978; Willis, 2009). Pese a que estas ideas pertenecen al campo de lo científico, la población estudiada en esta investigación cree que esto no puede llegar a ser posible, aun cuando define la muerte y la vida desde la perspectiva de la ciencia.

El análisis de las variables sociodemográficos mediante el análisis de varianza, permitió encontrar diferencias estadísticamente significativas entre éstas y la variable de creencias sobre la vida después de la muerte. Una de estas variables corresponde a la escolaridad. La creencia basada en los postulados religiosos sobre la existencia del alma y la vida de esta en algún lugar o destino escatológico (cielo o infierno, y la resurrección) fue apoyada en su mayoría por las personas sin escolaridad y las personas con escolaridad básica; de manera

contraria, aquellas que tenían escolaridad media superior y superior no se mostraron en apoyo a esta creencia.

Dichos resultados referentes al grado académico, coinciden con lo que afirma Cereijido (2012) quien argumenta que una postura en contra de los dogmas, como lo son las creencias que enseña la religión, se adquiere mediante una educación de conocimientos científicos y el rechazo a especulaciones que no tienen evidencia empírica. Desde esta perspectiva, es la ciencia la que permite la producción de conocimiento objetivo que permita dar respuesta a las interrogantes de los fenómenos sociales y culturales; Leuba (2005, como se citó en Silva y Herrera, 2014) afirma que cuando los conocimientos son basados en la ciencia, se esperaría que las personas fueran menos religiosas, es decir, que con el paso de tiempo y a mayor educación académica, las creencias religiosas de las personas disminuirán y por lo tanto será menos probable que sean religiosos.

Estas conclusiones son apoyadas por un estudio efectuado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en España y publicada por la revista ABC News (2004, como se citó en Pérez-Agote y Santiago, 2005) en el que se realizó un análisis descriptivo de distintos indicadores y aspectos relacionados a las creencias y prácticas religiosas. La principal conclusión a la que se llegó fue que conforme aumenta el nivel de estudios de las personas, disminuye su creencia en Dios.

Por otra parte, los resultados del análisis de varianza para la variable sociodemográfica de estado civil concluyeron que las personas casadas se inclinan por las creencias religiosas sobre la vida después de la muerte, en comparación con los solteros quienes presentan una tendencia hacia las creencias científicas. Esto es abordado por Arenas (2017), quien refiere que las personas casadas, al encontrarse unidas en matrimonio religioso, presentan una interacción entre sus prácticas y sus creencias, es decir, dado que se encuentran en concordancia con los preceptos morales y religiosos, también lo están con referencia a las creencias religiosas sobre la vida después de la muerte.

En la investigación de Vega (2014) *Creencias religiosas y científicas en diferentes niveles socioeconómicos*, los resultados son semejantes a los obtenidos en la presente investigación; los casados creen más en la religión que los solteros, y por el contrario, los

solteros creen más en explicaciones científicas. Garcés (2013) propone que esto ocurre porque los solteros no comparten las prácticas ni los valores que enseña la religión con respecto a la convivencia entre personas, a diferencia de los casados quienes mediante las prácticas religiosas se adscriben a un contexto de convivencia social. El estado civil es influyente en las creencias científicas o religiosas.

De acuerdo con los resultados del análisis de varianza para la variable sociodemográfica de religión, en las personas que no cuentan con algún tipo de filiación religiosa no se presentan creencias religiosas sobre la vida después de la muerte basadas en la existencia del alma, Dios, el cielo o el infierno, a diferencia de las personas que dijeron profesar algún credo religioso y en quienes sí se identificaron este tipo de creencias. Igualmente, los creyentes muestran estar de acuerdo en menor medida que los no creyentes en algunas de las creencias científicas sobre la vida después de la muerte, tal es el caso de la creencia en la imposibilidad de la vida después de la muerte, la cual es rechazada por los creyentes y aceptada por los no creyentes.

Arenas (2017) explica que la coherencia entre ser no creyente de algún credo religioso y no presentar creencias religiosas sobre la vida después de la muerte se debe a que estas personas creen que, de existir ésta, sería imposible saberlo mediante los métodos de la ciencia y que, mientras no se encuentren indicios que demuestren evidencia sobre la continuidad de la vida, se puede aseverar que sencillamente no existe.

De igual forma, Sperber (1990) explica que la filiación religiosa, o el carecer de ella, se entiende en función de las creencias, dado que éstas tienen influencia sobre la conducta; el creer se traduce en un actuar sobre la base de lo que se asume que es verdadero (Pepitone, 1991).

Es evidente entonces cómo la pertenencia a un grupo religioso refuerza las creencias y las manifiesta en sociedad; los grupos religiosos presentan mayores creencias fundamentadas en la idea de Dios, mientras que los no creyentes y los grupos de ateos buscan explicaciones de corte científico (Vega, 2014).

Los resultados de esta investigación derivan de forma satisfactoria, ya que se encontró que las creencias sobre la vida después de la muerte en jóvenes y adultos mayores de la

Zona Metropolitana del Valle de México son de tipo científico y religioso; por una parte, los jóvenes optan por las creencias de tipo científico, mientras que los adultos mayores prefieren la visión religiosa sobre la cual versan sus creencias.

Es necesario señalar que la asociación entre la creencia y la presencia de elementos religiosos o científicos, es válida en aquellos individuos para los cuales la creencia viene a ser algo importante y necesario en sus vidas. No se trata de cuestionar o evidenciar qué es lo piensan y creen los dos grupos estudiados, sino más bien, conocer cuáles son las creencias que norman y dirigen su comportamiento y conocer el fundamento sobre el cuál se mueven éstas.

Como se ha podido constatar, las creencias permiten al ser humano dirigir su comportamiento con respecto a su conocimiento, valores, juicios, disposiciones, teorías personales, estrategias de acción, normas y principios prácticos, por nombrar solo algunas de las acciones que le permiten moverse en su vida diaria (Silva y Herrera, 2014). Por ello es que las creencias científicas y religiosas sobre la vida después de la muerte proporcionan a las personas una perspectiva conceptual y pragmática que ejerce una influencia sobre su comportamiento.

CONCLUSIONES

Dado que las creencias cumplen diversas funciones, es imposible dejar de tenerlas. Se construyen en sistemas de significado que son elaborados y transmitidos por el hombre en contextos significativos que dan sentido a su comportamiento social; si bien, las creencias constituyen el elemento cultural que da historia y dinámica al grupo y otorgan sentido a las conductas que se realizan (Quintana, 2001; Fernández, 2006).

Por ello, en la presente investigación el objetivo principal fue el de conocer las creencias sobre la vida después de la muerte presentes en jóvenes y adultos mayores de la Zona Metropolitana de Valle de México. Al respecto, se puede concluir que los jóvenes y los adultos mayores consideran que la vida después de la muerte puede ser explicada desde la visión de la ciencia y la religión. Por un lado, consideran la muerte como un suceso a partir del cual se llega al término de la vida, marcado por el cese irreversible de las funciones biológicas del organismo y la continuación del ciclo biológico de la vida mediante la reintegración de la materia a la naturaleza, sin embargo, no creen que la ciencia mediante sus avances biotecnológicos sea capaz de prolongar la vida humana o, en un futuro, lograr la inmortalidad. Lo anterior se encuentra influenciado por las creencias religiosas que mantienen, las cuales tienen su fundamento en la Biblia y en las enseñanzas que la religión les inculca.

De igual forma, se pudo constatar que cada grupo ostenta creencias de acuerdo al contexto en el que se encuentra inmerso, los jóvenes creen más en la ciencia como explicación idónea a los fenómenos de la realidad, mientras que los adultos mayores consideran las explicaciones religiosas como el sustento que hay que creer y a partir del cual orientar sus vidas. Sin bien, la edad influye en el establecimiento de las creencias.

Según lo que plantea Aguilera (2005), la gente cree lo que las generaciones pasadas le han enseñado (sean sus padres, maestros, sacerdotes, etc.), razón por la cual las creencias religiosas se encuentran presentes en la mayoría de la población acompañadas de una fuerte carga emocional y con una funcionalidad importante en la manera en que se debe pensar y vivir (Pepitone, 1991; Burgoa, 2007).

Las creencias también refieren a verdades incontrovertibles que son aceptadas incluso sobre la realidad física (Nespor, 1987, como se citó en Pajares, 1992), es decir, los conceptos relacionados con algún objeto y que son asumidos como verdaderos (Pepitone, 1991). Por ello, las creencias en torno a los temas sobre la vida y la muerte son creencias que la mayoría de la gente posee y que se arraigan en las sociedades por el contexto y el grupo que las enseña.

Otro aspecto a señalar, es lo encontrado con respecto a la variable sociodemográfica de escolaridad: a mayor nivel o grado de escolaridad, aumenta la creencia científica, a diferencia de la creencia religiosa que aumenta conforme es menor la escolaridad. En efecto, la formación científica con evidencia empírica lleva al rechazo de las especulaciones que no tienen objetividad en el plano de los fenómenos naturales, los cuales solo pueden ser explicados mediante en función de sus características materiales y sus propiedades mismas.

Desde estas conclusiones, puede también decirse que las creencias religiosas llegan a ser eliminadas por la ciencia, sin embargo otras pueden permanecer. De la Pienda (1999), dice que la misma increencia en Dios está condicionada por otras creencias religiosas, esto porque culturalmente las personas son sujetos creyentes. Por lo tanto, no tener algún tipo de creencia sobre algún tema específico es simplemente algo relativo, puesto que incluso la incredulidad se debe a otras creencias relacionadas.

Por su parte, las creencias sobre la vida después de la muerte también se ven condicionadas por el estado civil de la persona; los casados se inclinan por las explicaciones religiosas, en comparación con los solteros quienes optan por las científicas. En este sentido, las creencias religiosas dictan también contextos de convivencia social que deben ir acorde con los preceptos morales y la religión que se practica.

Ciertamente, las creencias se dan en contextos significativos de convivencia social, razón por la cual el pertenecer a un grupo religioso refuerza las creencias de tipo religioso. Esta investigación también ha dado cuenta que las personas que dicen no profesar algún tipo de religión no presentan creencias religiosas sobre la vida después de la muerte, mientras que los creyentes pueden llegar a estar de acuerdo en menor medida que los no creyentes en relación a las creencias científicas. La persona que se considera no creyente o atea buscará evidencias empíricas que puedan validar sus creencias y basará estas en los conocimientos de la ciencia; el creyente y el religioso actuarán con base en las creencias que la religión les ha proferido y su comportamiento se verá influenciado en gran medida por estas enseñanzas.

Como se ha podido advertir a lo largo de los planteamientos de este trabajo, la investigación en torno al tema de las creencias es de suma importancia, ya que el vivir de la humanidad en cada uno de sus contextos gira alrededor de ellas. La forma de actuar depende en su mayoría de las creencias que se tienen (Vega, 2014).

A partir de esto, esta investigación partió desde dos grandes conjuntos de creencias en torno a la muerte y la vida después de la muerte: las creencias científicas y las religiosas. Sin embargo, existen muchas otras expresiones de la creencia, como lo son las creencias seculares sobrenaturales, las psicológicas y las morales (Pepitone, 1991). Se recomienda que en estudios posteriores puedan ser abordadas la diversidad de las mismas en torno a la variable de estudio de este trabajo.

Por otra parte, esta investigación también presentó limitaciones y cuestiones que escaparon del control científico. En caso particular se presentaron dificultades en acceder a la muestra de los adultos mayores, en cuanto a que no se precisó previamente un encuentro en espacio y tiempo; los encuestados de este grupo de edad se mostraban

indispuestos, señalaban no saber leer o no poder hacerlo por cuestiones concernientes a su visión. En contraste, la muestra de los adultos mayores se mostraba dispuesta a colaborar, solo que en ellos se presentaron dudas al momento de contestar, a causa que entraban en juego sus creencias dentro del ámbito científico y académico, en contraposición con lo creído en su contexto familiar y social que les ha enseñado la idea de lo religioso.

Así mismo, se alienta que en posteriores investigaciones se busque un acercamiento previo a la población que se requiere estudiar con la finalidad de encontrar a los participantes más dispuestos a colaborar. En efecto, muchas veces las investigaciones se planean objetivos que pueden ser inalcanzables o muy complicados de lograr, si bien, las metodologías pueden estar bien formuladas, pero el acceso a las muestras que se pretenden estudiar puede resultar difícil.

Otra de las recomendaciones que se hacen es comparar más grupos de edad con respecto a la variable de creencias sobre la vida después de la muerte, con el fin de hacer más notorias las diferencias por edad y agregar nuevos conocimientos a la literatura científica. Un estudio longitudinal, por ejemplo, podría identificar el cambio de las creencias en una misma población en función del tiempo; aunque estos estudios conllevan un mayor control y ocupan más tiempo y recursos que una investigación de corte transversal, pueden proporcionar una riqueza teórica interesante que formule más interrogantes y aliente a una mayor investigación sobre el tema.

De igual forma, en relación con las variables sociodemográficas consideradas para explicar el fenómeno de esta investigación, estudios posteriores podrían abarcar otros datos relevantes como son el nivel socioeconómico, la condición de salud, o realizar comparativos entre grupos de población ubicados en diferentes áreas geográficas.

Se invita también a estudiar otros credos religiosos, como lo pueden ser las ideas del budismo que no fueron abordadas en este estudio. La idea de la reencarnación o trasmigración es una creencia frecuente en la población mexicana (Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en México, 2017); pese a que es una idea contraria al cristianismo, la gente reporta creer en eso o haber escuchado de sus antepasados la idea de que la vida continúa en un ciclo interminable a partir del cual se regresa a la vida de forma repetitiva

una y otra vez (González, 2012; Sheldrake, 2013; Smith, 2014; Antaki, 2015). Vale la pena conocer cómo se mueve la vida de las personas cuando creen que irán a un lugar de condena o castigo, en comparación con aquellas que mantienen la idea de que regresarán a la vida solo que constituidas en algún otro ser vivo. El mantenimiento de ciertos credos influye sobre la moralidad que se tenga, de ahí que las conductas sociales consideradas como buenas o malas se verían limitadas o incluso se alentarían.

Siguiendo estos planteamientos, para la evaluación de las creencias, las posteriores investigaciones podrían utilizar escalas de medición con opciones de respuesta dicotómicas estableciendo las respuestas de los sujetos como verdaderas o falsas. En este sentido, las creencias constituyen afirmaciones cuyo sentido las personas no considerarían erróneo, es decir, se encuentran integradas por un elemento de firmeza (De la Pienda, 1999). Así mismo, se podrían realizar estudios cualitativos que exploren las creencias objeto de interés y que puedan llegar a facilitar la selección de aquellas más importantes para la construcción de instrumentos de medición.

Un tema tan subjetivo como lo es la vida después de la muerte lleva consigo una fuerte carga de conocimiento informal, posturas diversas para abordarlo, contextos distintos para poder dirigirse en la convivencia social. Si bien, el acercamiento a este tema desde la categoría de estudio de creencias ha permitido dilucidar la forma en que el ser humano comprende y asume su realidad, así como esclarecer las posturas tan controversiales que llegan a presentarse entre la ciencia y la religión.

En consecuencia, el comportamiento humano siempre se verá dirigido y determinado por lo que el sujeto cree; las creencias influyen en la percepción y el juicio afectando lo que se dice y hace, así como la forma en que las personas interpretan la información proveniente del entorno y la traducen en acciones (Pajares, 1992; Díaz-Loving, Rivera, Villanueva y Cruz, 2011).

Resulta necesario que la psicología continúe indagando en torno al tema de las creencias y las actitudes. Muchas veces estas variables han sido ignoradas debido a su complejidad, su imprecisión o la dificultad de operacionalizarlas. Sin embargo, la investigación siempre se aborda en un continuo, de donde la creencia es uno de los primeros conceptos que habría que estudiar con mayor exhaustividad para así llevar a la exploración de las actitudes en conjunto con la conducta misma. El ser humano es básicamente siempre objeto de estudio, entender la forma en cómo piensa y actúa es propio del campo de estudio de las creencias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agazzi, E. (2014). Conocimiento científico y fe cristiana, con especial consideración a las teorías de la evolución. En J. Casas y A. Anguiano (Eds.), *Memorias del Seminario Interinstitucional sobre el diálogo ciencia-fe I* (pp. 9-34). España: Universidad Pontificia de México.
- Aguilera, J. (2005). La Ciencia frente a las creencias religiosas. Ciencia y religión en los albores del Nuevo Milenio. *Mientras tanto*, 95, 125-153. Recuperado el 20 de agosto de 2017, desde: http://www.ugr.es/~jmochon/Opin/Opin_archivos/Cfcr.pdf
- Alighieri, D. (2015). *La Divina Comedia*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Allahdadian, M. y Irajpour, A. (2015). The role of religious beliefs in pregnancy loss. *Journal of Education and Health Promotion*, 30 (4), 99. Recuperado el 05 de junio de 2017, desde: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4946273/>
- Anaya, F. y Padilla, F. (2010). Conceptos y definiciones de la vida y la muerte celular. *Acta Universitaria*, 20 (3), 9-15. Recuperado el 18 de mayo de 2017, desde: www.actauniversitaria.ugto.mx/index.php/acta/article/download/45/32
- Anderson, N. (2005). *Las religiones del mundo*. Colombia: Mundo Hispano.
- Antaki, I. (2015). *Religión*. México: Debolsillo.
- Arenas Ramírez, G. (2017). *Creencias acerca de la vida después de la muerte en personas que han presentado intento o ideación suicida*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arias, F. (1980). *Actitudes, opiniones y creencias*. México: Trillas.
- Auza Ruíz, J. y Caballero Leguizamón, H. (2016). *Psicología y muerte digna: aportes para la construcción de políticas públicas*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Psicología: Pontificia Universidad Javeriana, Colombia.
- De la Pienda, J. (1999). Filosofía de las creencias. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 37 (92), 239-248.

- Bachman, D., Osses, S. y Schiefelbein, E. (2012). Las Creencias de los profesores rurales: una tarea pendiente para la investigación educativa. *Estudios Pedagógicos*, 38 (1), 297-310. Recuperado el 20 de abril de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=173524158019>
- Bar-Tal, D. (1990). *Group Beliefs. A Conception for Analyzing Group Structure, Processes, and Behavior* [En línea]. New York: Springer-Verlag.
- Basualto, L. (2012). La gracia como posibilidad del encuentro entre Dios y el hombre en la obra *De visione Dei* de Nicolás de Cusa. *Veritas*, 26, 35-56. Recuperado el 15 de abril de 2017, desde: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-92732012000100002
- Becker, G., Xander, C., Blum, H., Lutterbach, J., Moom, F., Gysels, M. y Higginson, I. (2007). Do religious or spiritual beliefs influence bereavement? A systematic review. *Palliative Medicine*, 21 (3), 207-217. Recuperado el 05 de junio de 2017, desde: https://www.researchgate.net/publication/6197705_Do_religious_or_spiritual_beliefs_influence_bereavement_A_systematic_review
- Bedau, M. y Cleland, C. (2016). *La esencia de la vida. Enfoques clásicos y contemporáneos de Filosofía y Ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benedicto XII (1336). *Constitución dogmática Benedictus Deus. Pontificia definitio dogmatis de visione beatifica Sanctorum ante iudicium universale in caelo fruentium*. Vaticano: Libreria Editrice Vaticana. Recuperada de <https://w2.vatican.va/content/benedictus-xii/la/documents/constitutio-benedictus-deus-29-ian-1336.html>
- Benore, E. y Park, C. (2004). Death-Specific Religious Beliefs and Bereavement: Belief in an Afterlife and Continued Attachment. *The International Journal for the Psychology of Religion*, 14 (1), 1-22. Recuperado el 04 de junio de 2017, desde: http://dx.doi.org/10.1207/s15327582ijpr1401_1
- Bering, J., Hernández Blasi, C. y Bjorklund, D. (2005). The development of 'afterlife' beliefs in religiously and secularly schooled children. *British Journal of Developmental Psychology*, 23 (4), 587-607.

- Biblia de Jerusalén (1975). *Biblia de Jerusalén*. España, Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Biblia Latinoamericana (2004). *La Biblia* (108a. Ed.). España: Verbo Divino.
- Bibby, R. (2016). Life after Death: Data and Reflections on the Last Information Gap. *Studies in Religion/Sciences Religieuses*, 1-12. Recuperado el 30 de mayo de 2017, desde: <http://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1177/0008429816655574>
- Bowker, J. (2008). *Creer. Una historia de las religiones*. [En línea]. España: Paidós.
- Briñol, P., Falces, C. y Becerra, A. (2007). Actitudes. En J. Morales, M. Moya, E Gaviria y I. Cuadrado (Coord.), *Psicología Social* (3a. Ed.) (pp. 457-490). España: McGraw-Hill.
- Buela, C. (2006). *El catecismo de los jóvenes*. New York: IVE Press
- Bunge, M. (2013). *La Investigación Científica*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Burgoa, L. (2007). *Las creencias: estudio filosófico del conocimiento credencial*. España: San Esteban.
- Calleja, N. y Gómez, G. (2001). *La religión en la socialización del mexicano. Psicología social: investigación y aplicaciones en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Carr, D. y Sharp, S. (2014). Do Afterlife Beliefs Affect Psychological Adjustment to Late-Life Spousal Loss? *Journals of Gerontology Series B: Psychological Sciences and Social Sciences*, 69B (1), 103-112. Recuperado el 06 de junio de 2017, desde: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3894123/pdf/gbt063.pdf>
- Catecismo de la Iglesia Católica (2008). *Catecismo de la Iglesia Católica*. México: Buena Prensa.
- Cereijido, M. (2012). Biología de la muerte. En R. Pérez (Ed.), *La muerte* (pp. 7-56). México: El Colegio Nacional.
- Cereijido, M. y Blanck-Cereijido, F. (2002). *La muerte y sus ventajas* (3a. Ed.). México: Fondo de Cultura Económica.

- Clarke, S., Hayslip, B., Edmondson, R. y Guarnaccia, C. (2003). Religiosity, Afterlife Beliefs, and Bereavement Adjustment in Adulthood. *Journal of Religious Gerontology*, 14 (2), 207-224. Recuperado el 06 de junio de 2017, desde: https://www.researchgate.net/publication/254382664_Religiosity_Afterlife_Beliefs_and_Bereavement_Adjustment_in_Adulthood
- Comité para el Jubileo del Año 2000 (1996). *Jesucristo, salvador del mundo* (3a. Ed.) España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos (2017) *Ley General de Salud de 1984 en el título décimo cuarto: Donación, trasplante y calidad de vida. Capítulo IV, artículo 343*. Recuperado el 02 de mayo de 2017, desde: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/142_270117.pdf
- Cornwell, B., Laumann, E. y Schumm, L. (2008). The Social Connectedness of Older Adults: A National Profile. *American Sociological Review*, 73 (2), 185-203. Recuperado el 16 de enero de 2017, desde: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/19018292>
- Corpus, A. (2013). Religión "por la libre": un estudio sobre la religiosidad de los jóvenes. *Alteridades*, 23 (45), 147-151. Recuperado en 17 de agosto de 2017, desde: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172013000100013
- Cusa, N. (1994). *La visión de Dios*. Pamplona: EUNSA.
- Dávila, O. (2004). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última década*, 12 (21), 83-104. Recuperado el 10 de enero de 2017, desde: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362004000200004
- Defez, A. (2005). ¿Qué es una creencia? *LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica*, 38, 199-221.
- De Orbaneja, F. (2013). *Breve historia de las religiones*. España: B.
- Díaz, E. (2012). *El duelo y su proceso para superarlo*. (Tesis de diplomado en Tanatología). Asociación Mexicana de Tanatología A. C., México.
- Díaz, J. (2012). La conciencia y la muerte. En R. Pérez (Ed.), *La muerte* (pp. 279-312). México: El Colegio Nacional.

- Díaz-Loving, R., Rivera, S., Villanueva, G. y Cruz, L. (2011). Las premisas histórico-socioculturales de la familia mexicana: su exploración desde las creencias y las normas. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 3 (2), 128-142. Recuperado el 05 de junio de 2017, desde: <http://www.medigraphic.com/pdfs/revmexinvpsi/mip-2011/mip112b.pdf>
- Dilts, R., Hallbom, T. y Smith, S. (1996). *Las creencias. Caminos hacia la salud y el bienestar*. España: Urano.
- Dilts, R. (2003). *El poder de la palabra. La magia del cambio de creencias a través de la conversación*. Barcelona: Urano.
- Dorantes, C. (2010). *El proyecto de investigación en psicología: De su génesis a la publicación*. México: Universidad Iberoamericana.
- Dorantes, M. (2009). El papel de las creencias en el proceso de titulación. *Revista electrónica de Psicología Iztacala*, 12 (1), 142-162. Recuperado el 26 de febrero de 2017 de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/repi/article/view/17709/16884>
- Doore, G. (2012). *¿Vida después de la muerte?* Barcelona: Kairós.
- Ducasse, J. (1961). *A Critical Examination of the Belief in a Life After Death*. New York: Springfield. Recuperado el 20 de febrero de 2017, desde: <http://www.survivalafterdeath.info/library/ducasse/critical/contents.htm>
- Echebarría, A. y Valencia, J. (1991). Teorías de la utilidad esperada: Valor esperado y de las expectativas. En, A. Echebarría (Ed.), *Psicología Social Sociocognitiva* (pp. 61-76). España: Desclée de Brouwer.
- Echeverría, J. (2014). *Creo, creemos*. Madrid: RIALP.
- Elzo, J. (1999). Jóvenes y religión: comportamientos, creencias, actitudes y valores. *Estudios de Juventud*, 53 (1), 19-32. Recuperado el 05 de agosto de 2017, desde: <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista53-2.pdf>

- Esquivel, M. y Patiño, M. (2015). La religiosidad en Aguascalientes: Comparación entre dos grupos de edad. *Entreciencias: diálogos en la Sociedad del Conocimiento*, 3 (8), 377-391. Recuperado el 22 de agosto de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/pdf/4576/457644946009.pdf>
- Falkenhain, M. y Handal, P. (2003). Religion, Death Attitudes, and Belief in Afterlife in the Elderly: Untangling the Relationships. *Journal of Religion and Health*, 42 (1), 67-76. Recuperado el 06 de junio de 2017, desde: <https://link.springer.com/article/10.1023/A:1022216828508>
- Fernández, C. (2012). *Afrontar la muerte en ciencias de la salud*. (Tesis doctoral). Departamento de Ciencia Humanas y Sociales, Universidad de Almería. España.
- Fernández, M. (2006). Creencia y sentido en las ciencias sociales. *Sesión privada extraordinaria de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*. Recuperado el 30 de abril de 2017, desde: <http://www.ciencias.org.ar/user/files/fernandez.pdf>
- Fishbein, M. (1963). An Investigation of the Relationships between Beliefs about an Object and the Attitude toward that Object. *Human Relations*, 16 (3), 233-239.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1975). *Belief, Attitude, Intention, and Behavior: An Introduction to Theory and Research*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Flórez, J. (2015). *Felicidad, salud y longevidad*. [En línea]. España: Club Universitario.
- Fraijó, M. (2016). *Avatares de la creencia en Dios*. España: Trotta.
- Franzoi, S. (2007). *Psicología Social* (4a. Ed.). México: McGraw-Hill.
- Gala, F., Lupiani, M., Raja, R., Guillen, C., Gonzáles, J., Villaverde, M. y Sanchez, A. (2002). Actitudes psicológicas ante la muerte y el duelo. Una revisión conceptual. *Cuadernos de Medicina Forense*, 30, 39-50. Recuperado el 15 de enero de 2017, desde: <http://scielo.isciii.es/pdf/cmfn30/original4.pdf>
- Galán Arana, L. (2015). *Creencias sobre el sentido de la vida en jóvenes alcohólicos con estudios y sin estudios universitarios*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Garcés Pérez, L. (2013). *Creencias respecto al origen de la vida de los habitantes de la delegación Iztapalapa*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.
- García-Rillo, A., García-Pérez, L. y Duarte, J. (2012). La muerte como experiencia de vida y la labor humanística de anunciar la muerte en medicina. *Medicina Interna de México*, 28 (6), 598-602. Recuperado el 20 de abril de 2017, desde: www.medigraphic.com/pdfs/medintmex/mim-2012/mim126l.pdf
- Geoffrey, S. (1990). *Mind, body and culture. Anthropology and the biological interface*. [En línea]. Cambridge: Cambridge University Press.
- Giberson, K. y Artigas, M. (2012). *Oráculos de la ciencia. Científicos famosos contra Dios y la religión*. España: Encuentro.
- González-Anleo, J. (2006). Sentimientos y creencias religiosas de los jóvenes españoles. *Bordón*, 58 (4-5), 477-491.
- González-Celis, A. y Araujo, A. (2010). Estrategias de afrontamiento ante la muerte y calidad de vida en adultos mayores mexicanos. *Revista Kairós Gerontología*, 13 (1), 167-190. Recuperado el 30 de mayo de 2017, desde: <https://revistas.pucsp.br/index.php/kairos/article/viewFile/4868/3450>
- González, F. (2012). El hombre y la muerte. En, R. Pérez (Ed.), *La muerte* (105-128). México: El Colegio Nacional.
- Hamilton, C. (2005). *Chasing Immortality. The Technology of Eternal Life: An Interview with Ray Kurzweil*. Recuperado el 05 de mayo de 2017, desde: http://www.singularity.com/WIEnlightenment_KurzweilArticle.pdf
- Hernández, F. (2006). El significado de la muerte. *Revista Digital Universitaria*, 7 (8). Recuperado el 21 de agosto de 2017, desde: http://www.revista.unam.mx/vol.7/num8/art66/ago_art66.pdf
- Hernández, M. y Valdez, J. (2002). Significado psicológico de vida y muerte en jóvenes. *Ciencia Ergo Sum*, 9 (2), 162-168. Recuperado el 30 de mayo de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/pdf/104/10402405.pdf>

- Herráez, M. (2009). Criopreservación de gametos y embriones. En M. Carrillo (Ed.), *La reproducción de los peces: aspectos básicos y sus aplicaciones en acuicultura* (pp. 475-495). Madrid: Cima Press.
- Herrera Escobar, N. (2014). *Relación entre creencias científicas y epistemológicas, y las religiosas presentes en científicos de la UNAM*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jaramillo-Magaña, J. (1993). Muerte clínica, muerte somática y muerte encefálica. *Revista Mexicana de Anestesiología*, 16, 81-84. Recuperado el 05 de mayo de 2017, desde: www.medigraphic.com/pdfs/rma/cma-1993/cma932d.pdf
- Jouvé, N. (2014). Ciencia y fe. Un diálogo entre la realidad y el significado del mundo. En, C. Valiente (Coord.), *Trece académicos ante el diálogo ciencia-fe. Religión y ciencia interdisciplinaria* (pp. 35-54). España: Síntesis.
- Juan Pablo II (1999, 4 de agosto). *Catequesis: El purgatorio: Purificación necesaria para el encuentro con Dios*. Recuperado el 20 de abril de 2017, desde: https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1999/documents/hf_jp-ii_aud_04081999.html.
- Klarsfeld, A. y Revah, F. (2002). *Biología de la muerte*. España: Complutense.
- Klotzko, A. (2006). *¿Quieres clonarte? Ciencia y ética de la clonación humana*. [En línea]. España: Universidad de Valencia.
- Kluber-Ross, E. (2015). *Sobre la muerte y los moribundos* (2a. Ed.). México: Penguin Random House.
- Koenig, H., Moberg, D. y Kvale, J. (1988). Religious activities and attitudes of older adults in a geriatric assessment clinic. *Journal of the American Geriatrics Society*, 36 (4), 362-374. Recuperado el 02 de agosto de 2017, desde: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1532-5415.1988.tb02365.x/abstract>
- Kurtzman, J. y Gordon, P. (1978). *Homo longevus. La prolongación de la vida humana*. México: Lasser Press Mexicana.

- Langton, C. (1996). Artificial Life. En, M. Boden (Comp.), *The Philosophy of Artificial Life* (pp. 34-94). Oxford: Oxford University Press.
- Lars-Gunnar, L. y Vidka, R. (1998). Death anxiety as a function of belief in an afterlife. A comparison between a questionnaire measure and a Stroop measure of death anxiety. *Personality and Individual Differences*, 25 (3), 487-494. Recuperado el 30 de mayo de 2017, desde: <https://pdfs.semanticscholar.org/83da/367b57cc0c572fed4bedfd27c4cfb30dd71e.pdf>
- Legare, C., Evans, E., Rosengren, K. y Harris, P. (2012). The coexistence of natural and supernatural explanations across cultures and development. *Child Development*, 83 (3), 779-793.
- Lenoir, F. (2012). *Dios*. España: Kairós.
- Léonar, F. (1975). Un modelo del sujeto: el equilibrio de Heider. En S. Moscovici (Coord.), *Introducción a la psicología social* (pp. 135-178). España: Planeta.
- Lince Campos, K. (2017). *Creencias acerca de la vida después de la muerte en mujeres diagnosticadas con cáncer de mama según su estadificación*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lindgren, H. (1990). *Introducción a la psicología social* (3a. Ed.). México: Trillas.
- López, A. (2012). La muerte en el mundo náhuatl. En R. Pérez (Ed.), *La muerte* (pp. 57-82). México: El Colegio Nacional.
- López, N. (2014). El origen último de cada hombre en el Génesis y en la biología humana. En, C. Valiente (Coord.), *Trece académicos ante el diálogo ciencia-fe. Religión y ciencia interdisciplinar* (pp. 69-96). España: Síntesis.
- Málishev, M. (2003). El sentido de la muerte. *Ciencia Ergo Sum*, 10 (1), 51-58. Recuperado el 03 de mayo de 2017, desde: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5167015.pdf>
- Malpica, C., Lanz, R., León, A., Planchart, A., Gómez, J. y Castellanos, D. (1995). *Filosofía en la Medicina II*. Universidad de Carabobo, Venezuela.

- Martín, B. (1997). *¿Existe la vida eterna? Al final de la vida terrena empieza la vida eterna*. España: Azahara.
- Martínez Cortés, M. (2012). *De cara a la muerte: Tanatología, un acercamiento a la ciencia de la muerte*. (Reportaje de licenciatura en Ciencias de la Comunicación). Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez Juárez, Z. (2017). *Creencias sobre el origen de la vida y la vida después de la muerte presentes en médicos de la Zona Metropolitana*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez, J. y Silva, J. (2010). Creencias psicológicas. En, J. Durand y I. Grande-García (Coord.), *Psicología y Ciencias Sociales: Teoría y Alcances* (pp. 113-130). México: FES-Z, UNAM.
- Matarín, M. (1997). Creencia popular en las ánimas del purgatorio en los Valles de los Ríos Andarax y Nacimiento. *El Eco de Alhama*, 6, 75-90. Recuperado el 20 de abril de 2017, desde: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2243683.pdf>
- Mateo-Seco, L. (1974). El concepto de muerte en la doctrina de Santo Tomás de Aquino. *Scripta Theologica*, 6, 173-208. Recuperado el 19 de abril de 2017, desde: https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/12576/1/ST_VI-1_06.pdf
- McGee, G. (2003). *El bebé perfecto. Tener hijos en el nuevo mundo de la clonación y la genética*. España: Gedisa.
- Méndez, M. (2015). ¿Vivir para morir o morir para vivir? Perspectivas desde el desarrollo humano. En, A. Navarro (Comp.), *Reflexiones en torno a la muerte* (pp. 93-112). México: Universidad Iberoamericana.
- Menéndez, C. (2014). Muerte, duelo y atención psicológica a enfermos terminales ancianos. En, C. Triadó y F. Villar (Coord.), *Psicología de la vejez* (pp. 311-339). Madrid: Alianza.

- Michael, S., Crowther, M., Schmid, B. y Allen, R. (2003). Widowhood and spirituality: coping responses to bereavement. *Journal of Women & Aging*, 15 (2-3), 145-165. Recuperado el 05 de junio de 2017, desde: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/14604006>
- Micklem, N. (1953). *La religión*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morales, J. (1999). Actitudes. En, J. Morales (Coord.), *Psicología Social* (2a. Ed.) (pp. 193-206). España: McGraw-Hill.
- Morales, J. (1999). Relaciones entre actitud y conducta. En, J. Morales (Coord.), *Psicología Social* (2ª. Ed.) (pp. 207-214). España: McGraw-Hill.
- Morin, E. (2007). *El hombre y la muerte* (5a. Ed.). Barcelona: Kairós.
- Muriá, I. (2000). La concepción religiosa de la muerte: un estudio evolutivo. *Revista Digital Universitaria*, 1 (1). Recuperada el 17 de agosto de 2017, desde: <http://www.revista.unam.mx/vol.1/art2/introd.html>
- Myers, D. (1991). *Psicología social* (2a. Ed.). Madrid: Médica Panamericana.
- Myers, D. (2000). *Psicología Social* (6a. Ed.). Colombia: McGraw-Hill.
- Ortúzar, M. (1996). La definición de muerte desde las perspectivas filosóficas de Bernard Gert y Daniel Wikler. *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 31-32, 112-124. Recuperado el 02 de mayo de 2017, desde: www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2563/pr.2563.pdf
- Oviedo, S., Parra, F. y Marquina, M. (2009). La muerte y el duelo. *Revista Electrónica Cuatrimestral de Enfermería*, 15. Recuperado el 16 de agosto de 2017, desde: <http://scielo.isciii.es/pdf/eg/n15/reflexion1.pdf>
- Pablo VI (1965). *Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la iglesia en el mundo actual*. Recuperado el 18 de abril de 2017, desde: http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

- Pajares, M. (1992). Teachers' beliefs and educational research: cleaning up a messy construct. *Review of Educational Research*, 62 (3), 307-322.
- Pallí, C. y Martínez, L. (2004). Naturaleza y organización de las actitudes. En, T. Ibáñez (Coord.), *Introducción a la psicología social* (pp. 183-256). Barcelona: UOC.
- Papalia, D., Wendkos, O. y Duskin, F. (2010). *Desarrollo Humano*. México: McGraw-Hill.
- Park, C. (2012). Attending to the construct of beliefs in research on religion/spirituality and health: Commentary on 'Beyond belief'. *Journal of Health Psychology*, 17 (7), 969-973.
- Párres, R. (2005). La muerte en el pensamiento occidental. En, E. Dallal (Coord.), *Caminos del Desarrollo Psicológico, Vol. V "La Muerte"* (pp. 79-120). México: Plaza y Valdés.
- Pastor, A., Escobar, D., Mayoral, E. y Ruiz, F. (2013). Ciencias aplicadas I. [En línea]. España: Parainfo.
- Peña, J. (2010). *La gracia sobrenatural y la visión beatífica* (pp. 101-112). Recuperado el 20 de abril de 2017, desde: http://www.apostoladomariano.com/pdf/617_3.pdf
- Pepitone, A. (1991). El mundo de las creencias: un análisis psicosocial. *Revista de psicología social y de personalidad*, 3 (1), 61-79.
- Pérez-Agote, A. y Santiago, J. (2005). *La situación de la religión en España a principios del siglo XXI*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pérez, R. (2012). La muerte de la célula. En R. Pérez (Ed.), *La muerte* (pp. 83-104). México: El Colegio Nacional.
- Perlman, D. y Cozby, C. (1987) *Psicología social*. México: Nueva Editorial Interamericana.
- Piélago, L. (2014). *Muerte y conspiración del silencio*. (Tesina de diplomado en Tanatología). Asociación Mexicana de Tanatología A. C., México.

- Pinazo, S. y Bueno, J. (2004). Reflexiones acerca del final de la vida: un estudio sobre las representaciones sociales de la muerte en mayores de 65 años. *Revista Multidisciplinar de Gerontología*, 14 (1), 22-26. Recuperado el 07 de junio de 2017, desde: https://www.researchgate.net/publication/28080475_Reflexiones_acerca_del_final_de_la_vida_un_estudio_sobre_las_representaciones_sociales_de_la_muerte_en_mayores_de_65_anos
- Quintana, J. (2001). *Las Creencias y la Educación. Pedagogía Cosmovisional*. España: Herder.
- Quintanilla, R., Sánchez-Loyo, L. y Pérez, I. (2015). Conceptos de muerte y suicidio en una muestra de menores mexicanos de 5 a 14 años de edad. *Acta Universitaria*, 25 (NE-2), 24-28. Recuperado el 03 de agosto de 2017, desde: www.actauniversitaria.ugto.mx/index.php/acta/article/download/887/pdf_76
- Radhakrishnan, S., Raju, P. y Campos, J. (1888). *El concepto del hombre: estudio de Filosofía comparada*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez Hernández, E. y Caballero González, P. (2015). *Creencias sobre la naturaleza humana en estudiantes universitarios y jóvenes asistentes a la Iglesia de san Hipólito*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rea, J. (2007). *Cristología desde los Evangelios. La praxis de Jesús de Nazaret*. México: Paulinas.
- Real Academia Española (2017). *Muerte*. Recuperado el 05 de mayo de 2017, desde: <http://dle.rae.es/srv/fetch?id=Q0MaZUb>
- Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en México (2017). *Encuesta Nacional sobre Creencias y Prácticas Religiosas en México*. Recuperado el 16 de agosto de 2017, desde: <http://www.rifrem.mx/wp-content/uploads/2017/04/INFORME-DE-RESULTADOS-EncuestaNacionalMexicoCreenciasyPracticReligiosas-2017-04.pdf>
- Reyes-Ortíz, C. (1998). Importancia de la religión en los ancianos. *Colombia Médica*, 29 (4), 155-157. Recuperado el 03 de agosto de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/pdf/283/28329409.pdf>

- Rivera, S. y García, M. (2005). *Aplicaciones de la estadística a la psicología*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Zaragoza. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Rodríguez, W. (2002). Reflexiones en torno al 11 de septiembre y el ineludible deber de elegir. *Revista Interamericana de Psicología*, 36(1), 25-39. Recuperado el 01 de mayo de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/pdf/284/28436204.pdf>
- Rosignoli, C. (1843). *Verdades eternas explicadas en lecciones, ordenadas principalmente para los días de los ejercicios espirituales*. México: Imprenta Luis Abadiano y Valdés. Recuperado el 17 de abril de 2017, desde: http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080022823/1080022823_MA.PDF
- Sandtrok, J. (2006). *Psicología del desarrollo. El ciclo vital*. España: McGraw-Hill.
- Seybold, K. y Hill, P. (2001). The Role of Religion and Spirituality in Mental and Physical Health. *Current Directions in Psychological Science*, 10 (1), 21-24. Recuperado el 14 de enero de 2017, desde: https://www.jstor.org/stable/20182684?seq=1#page_scan_tab_contents
- Sheldrake, R. y Fox, M. (1999). *Ciencia y espiritualidad. La nueva visión*. Argentina: Kier.
- Sheldrake, R. (2013). *El espejismo de la ciencia*. España: Kairós.
- Sherr, L. (1992). *Agonía, muerte y duelo*. México: El Manual Moderno.
- Silva, J. y Herrera, N. (2014). Creencias de académicos de la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza respecto al origen de la vida y la naturaleza humana. *VERTIENTES Revista Especializada en Ciencias de la Salud*, 17 (1), 3-16.
- Smith, H. (2014). *Las religiones del mundo* (7a. Ed.). España: Kairós.
- Sperber, D. (1990). The epidemiology of beliefs. En C. Fraser y G. Gaskell (Eds.), *The social psychological study of widespread beliefs* (pp. 25-44). New York: Oxford University Press.

- Sola, M. (1999). El análisis de las creencias del profesorado como requisito de desarrollo profesional. En A. Pérez, J. Barquín y J. Angulo (Eds.), *Desarrollo profesional del docente. Política, investigación y práctica* (pp. 661-683). Madrid: Akal.
- Somers, M., Wierzba, S., Maglio, I. y Belli, L. (2016). El derecho en los finales de la vida y el concepto de muerte digna. *Revista Americana de Medicina Respiratoria*, 16 (1), 71-77. Recuperado el 17 de agosto de 2017, desde: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-236X2016000100008&lng=es&tlng=es.
- Tamayo, R. (2017). Características y utilización de la noción escatológica del purgatorio en Colombia. *Historia y Sociedad*, 32, 259-284.
- Thalbourne, M. (1996). Belief in life after death: psychological origins and influences. *Personality and Individual Differences*, 21 (6), 1043-1045. Recuperado el 30 mayo de 2017, desde: www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0191886996001675
- Tomás-Sábado, J. y Gómez-Benito, J. (2004). Ansiedad, depresión y obsesión ante la muerte. Aproximación conceptual e instrumentos de evaluación. *Psicología Conductual*, 12 (1), 79-100. Recuperado el 30 de mayo de 2017, desde: https://www.researchgate.net/publication/262727262_Ansiedad_depresion_y_obsesion_ante_la_muerte_Aproximacion_conceptual_e_instrumentos_de_evaluacion
- Uribe, A., Valderrama, L. y López, S. (2007). Actitud y miedo ante la muerte en adultos mayores. *Pensamiento Psicológico*, 3 (8), 109-120. Recuperado el 15 de enero de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/pdf/801/80130809.pdf>
- Uribe, A., Valderrama, L., Durán, D., Galeano, C., Gamboa, K. y López, S. (2008). Diferencias evolutivas en la actitud ante la muerte entre adultos jóvenes y adultos mayores. *Acta Colombiana de Psicología*, 11 (1), 119-126. Recuperado el 15 de enero de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=79811112>
- Usó, L. (2007). Creencias de los profesores de E/LE sobre la enseñanza/aprendizaje de la pronunciación. Tesis para obtener el Doctorado en Filosofía y Ciencias de la Educación. Universidad de Barcelona. Obtenido el 27 de febrero de 2017 de http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/1295/LUV_TESIS.pdf;js

- Vega Jiménez, E. (2014). *Creencias religiosas y científicas en diferentes niveles socioeconómicos*. (Tesis de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vigil, C., Romero, M. y Moya, R. (Comp.) (2006, junio). *Misal Mensual con las oraciones propias de cada día del mes*. Año 39, No. 455. México: Buena Prensa.
- Vilches, L. (2000). Concepciones, creencias y sentimientos acerca de la muerte en adultos mayores de nivel educacional superior. *Revista de Psicología*, 9 (1), 91-103. Recuperado el 02 de julio de 2017, desde: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26409106>
- Villoro, L. (2008). *Creer, saber, conocer* (18a. Ed.). México: Siglo Veintiuno.
- Von, H. (2009). *Y la religión ¿para qué? Mensaje e impacto de las grandes religiones*. México: Porrúa.
- Willis, A. (2009, 22 de septiembre). *Immortality only 20 years away says scientist*. Diario The Telegraph. Recuperado el 29 de abril de 2017, desde: <http://www.telegraph.co.uk/news/science/science-news/6217676/Immortality-only-20-years-away-says-scientist.html>

ANEXOS

ANEXO 1. IMCVDM que se utilizó en la medición de las creencias sobre la vida después de la muerte de los jóvenes y adultos mayores.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA
CARRERA PSICOLOGÍA



La presente encuesta es para recabar datos con fines de investigación. La información proporcionada será tratada de forma anónima y confidencial. Agradecemos su participación.

Sexo: Mujer () Hombre () Edad: _____ años Estado Civil: _____

Escolaridad: _____ Religión: _____

INSTRUCCIONES: A continuación se le presentan una serie de afirmaciones. Marque con una **X** la opción que se acerque más a su criterio.

- (1) Totalmente en desacuerdo
- (2) En desacuerdo
- (3) Ni de acuerdo, ni en desacuerdo
- (4) De acuerdo
- (5) Totalmente de acuerdo

No.	Afirmación	1	2	3	4	5
1	Creo que las personas que hicieron el bien gozarán de la vida eterna.					
2	A mi parecer, es imposible que un organismo que ha muerto vuelva a vivir.					
3	Creo que el alma es inmortal.					
4	En el futuro la ciencia tendrá la capacidad de prolongar la vida humana de manera indefinida.					
5	Pienso que el infierno es un lugar de condena por las malas acciones cometidas por las personas.					
6	Dios premia los actos buenos con la felicidad eterna en el cielo.					
7	Creo que al morir las personas pueden reencontrarse con sus seres queridos ya fallecidos.					
8	A mi parecer, los avances científicos podrán hacer que los seres humanos sean inmortales.					
9	Considero que la muerte es la separación del cuerpo y del alma.					
10	A mi parecer, la muerte es un hecho inevitable del cual ya no hay retorno.					
11	Creo que al final de los tiempos los cuerpos de los muertos resucitarán.					
12	Considero que la muerte es un designio de Dios.					
13	Pienso que los avances científicos permitirán al hombre nunca morir.					
14	A mi parecer, la muerte es la entrada a la vida eterna.					
15	Considero que los progresos científicos permitirán resucitar a los muertos.					
16	Pienso que la muerte es algo propio de la naturaleza humana.					
17	Tras la muerte, el cadáver se descompone y es reabsorbido por la naturaleza.					
18	Considero que para quienes tienen fe en Dios la vida no se acaba.					
19	La resurrección consistirá en la reunificación del alma con su respectivo cuerpo.					
20	Considero que la cesación de los procesos cerebrales implica el fin de la vida.					
21	Creo que después de la muerte el alma continúa viviendo en otro mundo.					
22	Pienso que en el cielo las personas se encontrarán con Dios.					
23	A mi parecer, el alma es lo que da vida a los seres humanos.					

- (1) Totalmente en desacuerdo
 (2) En desacuerdo
 (3) Ni de acuerdo, ni en desacuerdo
 (4) De acuerdo
 (5) Totalmente de acuerdo

No.	Afirmación	1	2	3	4	5
24	Considero que los estudios científicos podrán detener el proceso del envejecimiento.					
25	A mi parecer, vivir en el cielo es un estado de suprema felicidad.					
26	Creo que al cielo van quienes cumplieron los mandamientos de Dios.					
27	Pienso que es imposible la vida después de la muerte.					
28	Dios castiga los actos malos con el sufrimiento eterno.					
29	Considero que la conciencia es exclusivamente producto de los procesos cerebrales.					
30	Creo que la muerte es el final de la existencia.					
31	A mi parecer, después de la muerte es imposible que la conciencia continúe existiendo.					
32	Estar muerto significa que todo el organismo ha dejado de funcionar.					
33	Considero que la muerte es el término de la vida.					
34	La congelación de cuerpos es un recurso que permitirá revivir a los muertos.					
35	Creo que mediante los avances científicos se podrán sustituir los órganos con la finalidad de evitar la muerte.					
36	En el infierno los demonios castigan a los condenados según los pecados que cometieron.					
37	Considero que la muerte es un suceso natural.					
38	Creo que en el momento de la resurrección se dará a las personas un cuerpo glorioso.					
39	Pienso que las personas que hicieron el mal serán castigadas con el fuego eterno del infierno.					
40	Considero que los avances científicos permitirán a la humanidad superar el fenómeno de la muerte.					

¡Gracias por su colaboración!

Una temporada en el infierno

Ayer, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde corrían todos los vinos.

Una noche, senté a la Belleza en las rodillas. Y la encontré amarga. Y la injurié.

Me armé contra la justicia.

Huí. ¡Oh miseria, oh, hechiceras, oh odio, a ustedes mi tesoro les confié!

Logré desvanecer de mi espíritu toda la esperanza humana. A toda alegría, para estrangularla, di el salto sordo de la bestia feroz.

Llamé a los verdugos para morder, agonizando, la culata de sus fusiles. Invoqué las plagas para ahogarme con la arena, la sangre. La desdicha fue mi dios. Me revolqué en el fango y me sequé con el aire del crimen. Y le jugué buenas trampas a la locura.

Y la primavera me trajo el horrible reír del idiota.

Y ahora, últimamente, encontrándome muy cerca de proferir el último *¡cuac!*, he pensado buscar la llave del festín antiguo, donde volvería tal vez a tomar apetito.

Esta llave es la caridad. ¡Esta inspiración demuestra que soñé!

"Serás hiena, etcétera...", exclama el demonio que me coronó de dulces adormideras. "Gana la muerte con todos tus apetitos y tu egoísmo y los pecados capitales".

Ah, estoy harto: Pero amado Satán, te conjuro que me veas con menos irritación, y a la espera de pequeñas infamias retrasadas, a ustedes que aman en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas, desprendo estas hojas horribles de mi carnet de condenado.

Arthur Rimbaud